



*Diez
corazones.*



ÍNDICE

Presentación 3	
Nunca se sabe	4
Una rosa cada semana	73
La noche de los huevos estrellados	79
El mago y la criada	103
Perdida entre las sombras	187
Una nota de la autora	291
Desconocidos - Fragmento	292
Créditos	299

Presentación

Querida lectora, querido lector,

Tienes entre tus manos una recopilación de cinco relatos románticos que, a lo largo del año 2019, he regalado a los suscriptores y suscriptoras de mi página web. Son cinco relatos de diferentes géneros (drama, comedia, histórico, suspense), todos ellos escritos con mucho cariño durante los tiempos libres que encontraba en la vorágine del día a día. Seguro que sabes de qué te hablo.

Deseo de todo corazón que estos relatos también te ayuden a desconectar de la vorágine de tu día a día, que te hagan sonreír, que te emocionen, que te hagan vibrar.

Cinco relatos, cinco parejas, diez corazones.

Espero que disfrutes de su lectura tanto como yo disfruté de su escritura.

Emma

NUNCA SE SABE

1

—¿Te arrepientes?

Alexandra resopló y se apoyó contra la pared del ascensor. Estaba sudada y le dolía cada célula del cuerpo.

—¿Si me arrepiento de haber acudido al encuentro anual de la empresa? Sí, claro. Tengo cuarenta años, mi cuerpo ya no está para ciertos trotes —dijo, aunque sabía que Eva no le estaba preguntando por eso.

—Nadie te ha obligado a meterte en el circuito rojo, bonita. La próxima vez, elige el azul —dijo Eva—. Además, sabes que no me refería a eso.

—¿Ah, no? Pues no, no sé a qué te refieres —dijo Alexandra, poniendo cara de ignorancia.

Se masajeó los riñones doloridos. Al instante, las pantorrillas y las plantas de los pies se quejaron, exigiendo también un poco de atención.

Desde hacía tres años, la multinacional en la que trabajaban Eva y ella organizaba un encuentro anual de trabajadores de su país. Era una de esas tácticas empresariales para mejorar el ambiente entre trabajadores y fomentar el aprecio hacia la empresa y bla bla bla.

Aunque ahora renegara, Alexandra debía admitir que la idea era buena y los compañeros de recursos humanos conseguían su propósito. El encuentro duraba un fin de semana entero, durante el que los alojaban en un hotel de cuatro estrellas. El sábado lo pasaban en un “bosque suspendido”, un parque de aventuras situado en un bosque, que estaba repleto de tirolinas, redes elásticas, puentes colgantes de todos los tipos posibles y un largo etcétera. El mismo sábado por la noche se organizaba una fiesta con barra libre, y el domingo podían disfrutar de la playa privada del hotel y sus tumbonas.

Y, a pesar de sus comentarios, Alexandra se lo había pasado bomba haciendo el circuito rojo del parque, el más difícil. Merecía la pena estar molida. Hasta ahora nunca se había atrevido a hacerlo, como muchas otras cosas, pero había valido la pena dejar de lado sus miedos y vergüenzas y lanzarse a por el circuito que suponía un reto mayor.

—Desde que os separasteis, David se ha puesto... —dijo Eva.

—He visto cómo se ha puesto, Eva —la interrumpió

Alexandra.

Sí, en menos de seis meses, David había adelgazado y desarrollado una generosa cantidad de musculatura en brazos, pectorales y abdomen.

—Sabes que lo ha hecho por ti, ¿no? Se nota que el pobre... Eva enmudeció cuando Alexandra la fulminó con la mirada.

—No me separé de David porque tuviera sobrepeso —espetó, molesta porque una de sus mejores amigas le hiciera esos comentarios.

Desde que Alexandra tomó la decisión de separarse, había tenido que soportar todo tipo

de comentarios y opiniones, como si su vida matrimonial fuera de incumbencia de los demás. Al parecer, todo el mundo opinaba que David y ella formaban la pareja perfecta, y que era evidente que él la quería con locura. Todas las parejas pasan por malas temporadas, ¿no se estaría precipitando al tomar esa decisión? Y además, con dos niños de menos de diez años por en medio...

Al menos, ahora, Eva tuvo la decencia de mostrarse arrepentida.

—Perdona. Es que al pobre se le nota tanto que te echa de menos... Supongo que me da pena —confesó.

Alexandra sintió el habitual pinchazo de culpabilidad cada vez que hablaba de David.

—A mí también me da pena —confesó—, pero tuvo once años para demostrarme cómo de importante era para él. Ahora ya es tarde.

Puede que Alexandra se sintiera mal por David, porque era un buen hombre y estaba sufriendo, pero, si algo no albergaba, eran dudas. Durante once años, Alexandra siempre había estado por detrás del trabajo, del cansancio por el trabajo y del estrés por el trabajo. Ella siempre había estado allí, pero David ni siquiera parecía consciente del esfuerzo que para ella suponía. Ella también trabajaba. Y, a pesar de todas las promesas de David, al final el día a día en casa y con los niños había recaído en ella. Es decir, ella iba tan o más cansada que él. Con el tiempo, el amor que Alexandra había sentido por David acabó por diluirse y desaparecer en las horas, días, semanas, meses y años de frustración, cansancio y soledad. Y solo cuando dijo “basta” había reaccionado David.

Pero ya era tarde. Daba igual que David hiciera muchas promesas y que hubiera aplicado cambios en su vida. A Alexandra le sabía mal, pero ya no le amaba, y no se arrepentía de su decisión. Sí, entre el trabajo y los niños seguía muy cansada, pero se sentía mucho mejor consigo misma y estaba disfrutando de su nueva soledad sentimental.

Sin embargo, el resto del mundo parecía creer que había tomado una decisión errónea. Lo peor de todo, y lo que lograba enfurecerla, era que sabía que, si hubiera sido David quién la hubiera abandonado, nadie habría cuestionado su decisión. Porque, al parecer, tener una polla entre las piernas era sinónimo de no equivocarse.

En fin.

—Lo siento, lo siento. Prometo no volver a decirte estas cosas —dijo Eva.

Alexandra se esforzó por sonreír a su amiga.

—Está bien. Ahora solo necesito una ducha y descansar un poco antes de la fiesta —dijo.

Eva sonrió con picardía.

—¿Crees que vendrán los buenorros del bosque suspendido?

—Teniendo en cuenta cómo te miraban dos de ellos y que los has invitado varias veces, me atrevo a decir que sí —dijo Alexandra. Después añadió con prudencia—: Pero creía que esta noche te verías con Carlos.

Eva se encogió de hombros.

—Carlos tiene no sé qué cena de negocios y estará ocupado hasta las tantas. Además, ¿qué hay de malo en flirtear un poco? Solo es eso. Y tampoco es que Carlos y yo tengamos exclusividad.

Alexandra era perfectamente capaz de ver qué había detrás de la supuesta indiferencia de su amiga.

Mucho dolor.

Eva era una de sus mejores amigas y una de las personas más inteligentes que conocía. Sin embargo, en lo que a su vida sentimental se refería, caía en la horrible casilla del tópico: era la secretaria y amante del gerente de la empresa, que estaba infelizmente casado. La promesa de divorciarse para que pudieran estar juntos siempre estaba sobre la mesa, pero nunca se cumplía. Eva se había quejado muchas veces de la situación, y Alexandra la había animado a pasar página en lo que a Carlos se refería, pero su amiga nunca se decidía a dar el paso. Alexandra solo podía cruzar los dedos y desear que algún día Eva se hartara y enviara a Carlos donde se merecía.

—¿Has visto cómo te miraba el más joven? Creo que le has gustado —dijo Eva, recuperando su aire pillo.

—¿El que no debe de llegar a los treinta? —preguntó Alexandra, fingiendo incredulidad.

Claro que se había fijado en él. No era mucho más alto que ella, pero era ancho de espaldas y tenía los brazos y pectorales de un bombero. Cabello negro, barba de varios días, y algo profundo e irónico en sus ojos marrones... El conjunto era muy sexy y, sí, se había permitido mirar a pesar de la evidente diferencia de edad. Él también la había mirado, pero Alexandra sospechaba que su interés más bien tenía que ver con el ridículo que había hecho en un par de ocasiones luchando por superar el circuito rojo. En ese momento había suspirado y se había encogido de hombros. Qué se le iba a hacer, ese día no iba a dejar de pasárselo bien por miedo a lo que pensarán los demás de ella, y menos un chaval, por más atractivo que fuera.

Habían coincidido con él y sus tres amigos en varios puntos del bosque vertical. En cuanto captaron la atención de Eva, los cuatro no habían dudado en acercarse a ella, aunque el más joven no había tardado en apartarse un poco y quedarse al margen, silencioso, observando con una leve sonrisa en los labios.

—¿Vienes o no?

Al escuchar la voz de Eva, Alexandra descubrió que se había quedado ensimismada. Las puertas del ascensor se habían abierto y su amiga la esperaba en el pasillo.

—¿Estabas pensando en tu pipiolo? —preguntó Eva, divertida.

Alexandra estuvo tentada de hacerse la despistada, pero en el último momento pensó que no valía la pena. Sonrió.

—¿Te has fijado en su trasero? —Se mordió el labio—. Le daría un mordisco de tan respingón que lo tiene.

*

La ducha y el breve descanso le habían sentado de maravilla, aunque sus riñones seguían reclamando atención. Quizás el día siguiente se permitiría un masaje en el spa del hotel.

Alexandra estaba de buen humor. Durante la cena, que consistió en una cantidad monstruosa de deliciosos canapés, se movió entre los grupos de compañeros de trabajo, charlando y riendo con unos y otros. Incluso habló unos minutos con David, que por una vez no dejó caer la posibilidad de arreglar las cosas entre ellos. También vio al pipiolo con sus amigos en un rincón, hablando con Eva.

Sin embargo, cuando la cena dejó paso a la barra libre y a la discoteca, los pies la estaban matando. Definitivamente, era la hora de retirarse. Buscó un camarero y le entregó su copa de cava. En ese instante, Eva apareció a su lado.

—Mario y sus amigos me han propuesto ir a tomar algo a un bar cercano. Vente, por favor —dijo, agarrándola del brazo y mirándola con ojos suplicantes.

—¿Quién es Mario? —preguntó Alexandra, desconcertada.

—Uno de los amigos del pipiolo —explicó Eva con los ojos brillantes—. Vente, por favor. Yo sola no me iré con todos... —Me iba a dormir ya.

—¡No puedes irte a dormir!

—Los pies me están matando, Eva. Tú solo tienes treinta y un años, pero yo soy una abuela de cuarenta. Y las abuelitas necesitamos nuestro descanso, cariño.

—Mira que eres idiota —rio Eva. Después añadió—: Mario ha dicho que en ese bar se puede bailar pero que también hay asientos cómodos para charlar tranquilamente. Porfa, Alexandra, tienes que venir.

—¿Qué pasa con el Mario ese?

De repente, Eva pareció apurada. Incluso bajo la luz de discoteca, Alexandra distinguió el leve rubor que le tiñó las mejillas.

—Bueno, yo estoy con Carlos, ¿eh? Pero Mario es divertido, y creo que puede llegar a ser un buen amigo. Solo eso.

Alexandra no se creyó las palabras de su amiga. Ni por asomo, vamos. Pero le pareció tan interesante que Eva conociera a alguien que pudiera empujarla a olvidarse de Carlos, que no dudó:

—De acuerdo, os acompaño.

Eso sí, procuraría asegurarse de que el tipo no estuviera comprometido también.

*

—¿Me recordáis vuestros nombres? —dijo Alexandra con una sonrisa culpable cuando ya estaban en la calle, esperando junto a un semáforo en rojo.

—Tú y tu mala memoria —dijo Eva, y se encargó ella de hacer las presentaciones—:

Mario, Fede, Pablo... y este es Rubén.

El descarro con el que Eva señaló a Rubén, el pipiolo del trasero respingón, casi hizo enrojecer a Alexandra.

—Disculpad, tengo curiosidad, ¿qué edades tenéis?

—Treinta y cuatro —dijo Mario.

—Treinta y cinco —dijo Fede.

—Treinta y dos —dijo Pablo.

—Veintisiete —dijo Rubén.

Madre mía.

—En la Edad Media podría ser su madre, así que deja de lanzar indirectas bochornosas —le susurró a Eva mientras cruzaban el paso de peatones.

—Suerte que no estamos en la Edad Media, ¿verdad? Además, no es menor de edad, es perfectamente legal que te des un revolcón con un tío de veintisiete años.

—Por Dios, Eva.

—Venga ya, Alexandra, no me seas puritana. Si la situación fuera con una tía de veintisiete y un tío de cuarenta, no te parecería tan mal, ¿no?

—Es distinto, las mujeres somos más maduras...

—Cariño, te conozco lo suficiente como para saber que solo estás poniendo excusas.

Alexandra abrió la boca para rebatir esa acusación, pero la cerró sin llegar a pronunciar palabra. Reflexionó unos instantes.

—Vale, tienes razón —confesó—. Pero Eva, te digo muy en serio que ese chico solo se ha fijado en mí porque en el circuito rojo he hecho el ridículo.

—No has hecho el ridículo.

—Oh, no te has fijado bien. Claro que he hecho el ridículo. Pero está bien, no me importa —dijo Alexandra de corazón.

—Vale, pero eso no explica por qué pones excusas para no enrollarte con él.

—Pues porque no veo por qué un chaval de veintisiete años se iba a fijar en mí, ¿vale? ¿Sabes lo mayor que me debe de ver?

—No creo, acabo de pillarle mirándote el culo —dijo Eva con una sonrisa deslumbrante.

Alexandra puso los ojos en blanco. Decidió ignorar los deseos homicidas hacia su amiga y centrarse en la misión que se había encomendado esa noche. Se giró hacia los chicos con una sonrisa inocente:

—Disculpad otra vez mi indiscreción. ¿Estáis casados o comprometidos?

—Joder, Alexandra, qué poco discreta eres —susurró Eva, que sabía por qué había hecho esa pregunta.

Mario y Rubén se declararon solteros. Pablo estaba casado y Fede tenía novia. A Alexandra no le pareció que mintieran, así que decidió permitir que Eva se hiciera tan amiga como quisiera de Mario.

—Si quieres, podemos enseñarte nuestros carnets de identidad —dijo Rubén con expresión divertida.

—Me lo pensaré, gracias. Tenedlos a mano por si acaso — bromeó Alexandra, intentando no mirar con demasiado descaro la atractiva sonrisa que provocó en Rubén.

El bar era agradable y Mario y Pablo las invitaron a sendos combinados, pero solo después de acceder a que ellas se encargasen de la siguiente ronda. Encontraron una mesa redonda alrededor de la cual había dispuestos bancos de asiento blando y cómodo, aunque Alexandra quiso matar otra vez a Eva por maniobrar con tanto descaro para que ella y Rubén acabaran sentados uno al lado del otro en una esquina. Después, se aseguró de acaparar la atención de Mario, Pablo y Fede. Eva tenía esa capacidad. Y también estaba firmando su sentencia de muerte, la muy...

En fin, no le valía la pena enfadarse.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Alexandra a Rubén, que la observaba pero no decía nada.

—Trabajamos juntos, somos informáticos —explicó él—. ¿Y vuestra empresa a qué se dedica?

—Importaciones y exportaciones. Yo llevo el departamento de comunicación y Eva es la secretaria del gerente de la sede española.

Rubén no se molestó en mirar a Eva, como si no le interesara lo más mínimo. Alexandra bebió un trago de su cóctel, algo intimidada por la mirada del chico. Era intensa. La manera de observar y comportarse no era la de un chaval. Parecía mayor. Y además, ahora que lo tenía tan cerca, le costaba no fijarse en lo guapo que era. Demonios, si estaba para mojar pan...

Suspiró para sus adentros. No iba a negar que el chico le parecía muy atractivo. Pero no iba a permitir que sus pensamientos fueran más allá de eso. Había sido sincera con Eva: no veía por qué alguien tan joven iba a fijarse en ella.

—¿Venís a menudo a este bosque suspendido? —preguntó Alexandra, buscando charla intrascendente e insulsa.

—Es la primera vez. De hecho, nunca había venido a un sitio de estos y he disfrutado como un crío.

Alexandra sonrió.

—Sí, son muy entretenidos.

—Y ha sido muy interesante. Creo que, de entre los adultos, eres la única a la que no le preocupaba lo que pensarán los demás.

Alexandra estuvo a punto de atragantarse con su cóctel.

—Sí que eres directo —dijo, sorprendida pero no molesta.

—Sí que lo soy —afirmó él, sin darle importancia—. Tú también lo eres.

Por segunda vez esa noche, Alexandra abrió la boca para rebatir una afirmación, pero

tuvo que cerrarla. Nunca se le había dado demasiado bien morderse la lengua, y desde la separación todavía menos.

—Vale. Tienes razón —admitió.

—Lo sé.

—Creído.

—Puede que un poco.

Él parecía muy satisfecho consigo mismo, y Alexandra no pudo más que reír. Al escucharla, Eva la miró, sonriente, y le guiñó un ojo.

—Tu amiga acaba de guiñarte el ojo —dijo Rubén.

—¿Eso ha hecho?

—Sí. ¿Es un tic que tiene?

Alexandra volvió a reírse y sonrió con picardía.

—Lo hace para ligar conmigo. Pero no se lo digas a tus amigos, que tendrían una decepción —bromeó.

Ahora el que rio con ganas fue Rubén. Fue una carcajada relajada y profunda, que hizo sentir muy bien a Alexandra por ser la causante.

Al escucharlo, los amigos de Rubén lo miraron, entre divertidos y bastante sorprendidos. También la miraron a ella, que sonrió con inocencia.

—No sé qué le pasa, se ha puesto así de repente.

Mario miró a Rubén, ¡y le guiñó el ojo!

—Fíjate, él también intenta ligar contigo. Está claro que nos hemos sentado mal.

El comentario arrancó otra carcajada a Rubén, y ahora sus amigos los observaron con auténtico asombro. Al ver la mirada interrogante de Alexandra, Pablo se inclinó hacia ella.

—Que sepas que en la oficina le llamamos el Imperturbable. Creo que nunca lo había escuchado reír dos veces seguidas — explicó, y después regresó a su conversación con Eva y los demás. Alexandra los observó unos instantes. Había que admitir que Mario parecía estar encantado con Eva, aunque mantenía una distancia muy correcta. Volvió a prestar atención a Rubén.

—Acaban de decirme que normalmente eres un tipo muy serio.

—Que no te engañen. La diversión va por dentro —respondió él, muy serio.

No supo por qué, Alexandra se partió de risa con ese comentario. Tanto, que se le saltaron las lágrimas y tardó más de un minuto en poder hablar de nuevo.

—Ay, madre, hacía meses que no me reía tanto.

Él la miró con curiosidad.

—¿Has pasado una mala temporada?

Alexandra suspiró.

—Hace seis meses pedí el divorcio a mi marido, y bueno... —¿No ha sido amistoso?

—No ha habido grandes peleas ni gritos, pero él no se da por enterado y el resto del mundo... en fin, no sé por qué a todo el mundo le interesa darme su opinión sobre el tema. Yo no se la he pedido —explicó ella, dándose cuenta demasiado tarde que eso no era charla intrascendente.

—Deduzco que no te apoyan, precisamente.

—No, la verdad es que no.

Rubén asintió.

—Si el divorcio lo hubiera pedido él, seguro que nadie le cuestionaría nada —comentó, dando un trago a su cerveza.

Alexandra abrió mucho los ojos y lo señaló con las manos, como si Rubén fuera una maravilla del mundo.

—¡Ah, gracias! —dijo, sintiéndose muy comprendida—. No quiero avergonzarte, pero si te conociera un poco más te abrazaría.

—No te preocupes, no me avergüenzo con facilidad.

—Me alegro, pero sería un poco raro, ¿no crees? —rio Alexandra, aunque agradeció la escasa luz del local porque disimuló sus mejillas encendidas. ¿Acababa de decirle que no le importaría que lo abrazara? ¿Había en sus palabras algún tipo de insinuación o eran imaginaciones suyas?

Buf, realmente ese chico conseguía alterarla.

Él se encogió de hombros.

—Depende de lo que consideres raro.

—Eso sería raro, créeme.

—No tanto —dijo él, dedicándole una sonrisa que hizo estremecer todas las células de su cuerpo.

—Acabas de recordarme a mi hijo —mintió Alexandra.

Rubén frunció el ceño, como si la comparación no le gustara del todo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, mirándola de reojo mientras tomaba otro sorbo de su cerveza.

—Veinte.

El pipiolo estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿Tienes un hijo de veinte años? —preguntó, incapaz de esconder la sorpresa.

Alexandra no logró continuar con la broma y se echó a reír.

—No, pero me he quedado contigo, ¿verdad?

Rubén negó con la cabeza mientras reía con suavidad. La señaló con un dedo, como quien señala a una niña traviesa.

—Mis hijos tienen siete y cuatro años —aclaró Alexandra—. Son dos terremotos. ¿No ves las ojeras que me llegan hasta el suelo? Son por su culpa.

Rubén pareció tomarse su pregunta en serio. La miró a los ojos, y después paseó la mirada por su rostro. Sin prisas.

Alexandra lo sintió como una caricia que la dejó sin aliento.

—No, no lo veo —dijo él con suavidad.

Alexandra carraspeó y bebió otro trago de su cóctel.

Oh, vaya. Madre mía, madre mía. Eva tenía razón.

No iba a engañarse a sí misma y decirse que no había visto deseo en esos cálidos ojos marrones. Sabía perfectamente lo que había visto. Y él mismo había reconocido que prefería ser directo. No intentaba esconderlo, más bien al contrario.

Pero...

Su relación con David había durado once años y desde la separación no había sentido ningún interés por buscar compañía masculina, ni esporádica ni permanente. Pero sabía que, antes o después, volvería a tener alguna cita, salir con alguien... Pero... ¿con alguien de veintisiete años? Era de locos, ¿no?

Puede que estuviera siendo una mojigata, pero había algo en esa situación que la echaba para atrás.

—Vamos a bailar un poco. ¿Venís? —dijo la voz de Eva.

Alexandra agradeció la interrupción. Su amiga y los otros tres chicos se habían levantado y los observaban.

—Ese no baila ni con un cuchillo en la garganta —dijo Mario, señalando a Rubén.

—¿Y con una sierra eléctrica? —dijo Alexandra, intentando recuperar la charla insustancial.

—Tampoco —dijo Rubén.

Alexandra pensó que debería ir a bailar para poner distancia entre ella y ese chico que la estaba alterando tanto, pero solo de pensarlo sus pies se quejaron.

—Otro día. Hoy estoy muy cansada —dijo.

Los demás se alejaron, dejándolos solos.

—Me llaman aburrido, pero no saben que observar bailar a la gente es muy entretenido —dijo Rubén.

Alexandra sonrió, recordando todas las veces que ella se había dedicado a observar a la gente bailar.

—Es increíble la de cosas que puedes adivinar sobre las personas solo con verlos en la pista de baile —dijo.

—¿Verdad que sí? Y, luego, por otro lado, tenemos a las parejas que están en proceso de ligar.

—Tienes razón. Visto desde fuera, suele ser toda una coreografía bastante lamentable. Y lo peor es que todos lo hemos hecho —rio Alexandra.

Durante unos minutos, se dedicaron a buscar y observar a parejas que parecieran estar

ligando. Sin ningún tipo de crueldad, aventuraron cómo acabaría la noche para ellos.

—¿Hay posibilidades de que tú y tu marido os reconciliéis? — preguntó Rubén de repente.

—Por mi parte, no —contestó Alexandra, deseando con todas sus fuerzas que él no viera que se había ruborizado.

—¿Ya estás saliendo con otra persona?

—Por ahora estoy disfrutando de mi soledad —contestó, disimulando los nervios con una sonrisa de indiferencia.

De repente, Eva emergió de entre la gente que bailaba y se acercó a la mesa con expresión preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó Alexandra.

—¿Me he dejado aquí el móvil? No lo encuentro —dijo Eva.

Alexandra estaba bastante segura de que en la mesa solo habían quedado las copas y botellas de cerveza. A su lado, Rubén se tensó de forma imperceptible. Parecía a punto de levantarse cuando Mario apareció con el móvil de Eva en la mano.

—¿Es este?

—¡Sí! —exclamó Eva con alivio, recuperando su teléfono y guardándoselo en el bolsillo del tejan, como siempre hacía.

—Estaba en el suelo —explicó Mario.

—Qué mal, suerte que lo has encontrado. Gracias —dijo Eva, agradecida. Después miró a Alexandra. Cuando se aseguró de que tenía su atención, miró un momento a Rubén y le guiñó un ojo. Alexandra puso los ojos en blanco y Eva volvió a desaparecer entre la gente, riendo.

Antes de seguirla, Mario miró a Rubén, que con un gesto le preguntó si todo iba bien. Mario le mostró el pulgar hacia arriba y desapareció. Rubén volvió a relajarse.

Alexandra se removió un poco en el asiento, y al cambiar de posición sus riñones volvieron a quejarse. Se llevó una mano a la espalda para darse un pequeño masaje.

—¿Tienes molestias? —preguntó Rubén.

—Mis riñones, mis pantorrillas y mis pies piden desesperadamente un masaje. El bosque suspendido me ha dejado molida.

—A mí se me dan muy bien los masajes —comentó él.

—Pues si sabes cómo dártelos a ti mismo podrías enseñarme, porque no sé si podré esperar a mañana para ir al spa —bromeó Alexandra, pasando los dedos por un punto especialmente doloroso.

—En realidad, preferiría darte yo un masaje.

Alexandra se quedó petrificada unos instantes. Necesitó unos cuantos segundos para encontrar algo que decir a continuación.

—Disculpa, hace muchos años que no... y he perdido un poco la práctica. Estás flirteando

conmigo, ¿verdad? —dijo. Era un alarde de estupidez máxima, pero necesitaba preguntarlo.

—Nunca se me ha dado bien flirtear. Soy demasiado directo para eso —dijo Rubén, muy tranquilo. —¿Y quieres darme un masaje?

Él sonrió como un auténtico pícaro.

—Bueno, durante y después del masaje pueden pasar otras cosas. Me encantaría pasar la noche contigo.

La entropierna de Alexandra reaccionó a esas palabras. Sin embargo, el resto de su cuerpo estaba paralizado.

—Sabes que te saco trece años, ¿verdad? —dijo. Era otra pregunta que sentía la necesidad de plantear.

—¿Y? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

Alexandra se lo quedó mirando, y se dio cuenta de qué la echaba para atrás en esa situación. Al cumplir los cuarenta creía que, al fin, había conseguido dejar atrás todas esas malditas vergüenzas e inseguridades que arrastraba desde la adolescencia. Estaba muy orgullosa de ello. Pero Rubén y su juventud habían conseguido despertar nuevas inseguridades. ¿Y si la consideraba o la veía... vieja? A los cuarenta y después de traer a dos niños al mundo, su cuerpo había cambiado. ¿Y si...

“Y si, y si, y si”, se dijo, interrumpiendo el hilo de sus propios pensamientos. Esa no era la pregunta que debía plantearse. La pregunta correcta era la que había hecho Rubén: ¿Y qué? Sí, se llevaban unos cuantos años, ¿y qué? Eran dos personas adultas que se sentían atraídas y les apetecía pasar la noche juntos. Sí, a ella le apetecía acostarse con Rubén. Estaba bueno. Era amable, directo y observador. Debajo de su seriedad escondía sentido del humor. Su trasero respingón la había tentado desde el primer momento. Era un conjunto muy sexy. Y tenía la sensación de que, a pesar de tener solo veintisiete años, acostarse con él sería interesante.

De repente, se sintió aterrorizada. Llevaba once años fuera de circulación, tiempo más que de sobras para olvidar cómo actuar en estas situaciones.

—Tu apuro es encantador —dijo él con una media sonrisa.

—Es que, una vez olvidadas las inseguridades, me encuentro muy falta de práctica. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó, medio indignada.

—¿Tranquilo?

Antes de que ella pudiera reaccionar, Rubén le cogió la mano y le colocó dos dedos debajo de la mandíbula, donde pudiera sentir el latido de su corazón. Latía con fuerza, rápido. Oh, también estaba nervioso.

—La diversión no es lo único que va por dentro —dijo.

—Así que si decido rechazarte...

—Me encogeré de hombros, pero tendré una decepción y me iré a dormir con el orgullo herido.

Alexandra no pudo evitar sonreír. Le gustaba que él fuera tan directo, y que hablara sin reparos de cómo se sentía. Se dio cuenta de que todavía tenía la mano apoyada en su cuello. Él la envolvió con la suya, cálida y suave, en un gesto tan tierno que la sorprendió.

—Ven conmigo —dijo. No era una orden, sino una petición repleta de deseo.

Alexandra no tuvo que pensárselo demasiado. Asintió.

Sin soltarle la mano, Rubén se levantó y tiró de ella. Avanzaron entre la gente. Alexandra estaba increíblemente excitada e increíblemente nerviosa a la vez. Tenía la sensación de que, si la mano de Rubén no la sujetara con firmeza, sus piernas se convertirían en gelatina y no soportarían su peso.

Pasaron cerca de Eva y los demás. Alexandra la saludó poniendo cara de “¡Madre mía!”, y Eva abrió mucho los ojos y después se rio. No hubo tiempo de más, porque siguieron avanzando y la perdió de vista. Alexandra creía que irían directos hacia la puerta, pero un poco antes de alcanzarla, Rubén la empujó con delicadeza contra una pared y la arrinconó. La miró a los ojos durante unos instantes. Parecía que... ¿tenía dudas? O quizá lo había visto mal, solo se trataba de sus propios miedos reflejados...

Rubén se inclinó un poco y depositó un beso suave justo debajo de su oreja. Alexandra se estremeció, y volvió a hacerlo cuando notó sus labios contra la piel del cuello.

Después volvió a ascender, sin prisas, besándole el cuello, la línea de la mandíbula, la comisura de los labios. La respiración de Alexandra se había acelerado. ¿Cuánto hacía que no se excitaba tanto con algo tan... simple?

Movió la cabeza, impaciente por besarlo. Los dos gimieron a la vez. Fue un beso suave, tierno, pero cada segundo que pasaba se convirtió en más húmedo y apasionado. Acabaron apretados el uno contra el otro, abrazándose, como si temieran que alguien los separara.

Cuando sus labios se separaron, los dos jadeaban.

—¿En qué piso del hotel tienes la habitación? —preguntó Rubén.

—En el sexto.

—La mía está en el tercero, está más cerca —dijo él. Volvió a cogerla de la mano y tiró de ella hacia la puerta con tanta impaciencia que Alexandra rio.

Tardaron en alcanzar la puerta de la habitación de Rubén más de lo previsto, porque se detuvieron a besarse apoyados contra un coche, contra una pared y, en el ascensor, se pasaron de piso. Pero, al fin, alcanzaron la puerta 305 y Rubén la abrió con la tarjeta de apertura. Alexandra medio rio al ver la impaciencia dibujada en su rostro, y se vio arrastrada por la cintura hacia el interior de la habitación. La puerta se cerró tras suyo y volvieron a besarse y acariciarse con ardor. La situación se estaba poniendo tan tórrida que Alexandra temía estallar en llamas en cualquier momento. Le quitó la molesta camiseta a Rubén. Madre mía, menudo cuerpo tenía ese chico.

Él empezó a desabotonarle la blusa, aunque parecía al borde de ponerse a arrancar los botones.

—Tengo la impresión que lo del masaje quedará para otro día —bromeó Alexandra entre

beso y beso.

Rubén resopló, divertido, y la miró unos instantes a los ojos.

Alexandra no sabía que las cosas pudieran cambiar en una simple fracción de un segundo. Pero sucedió así. Los ojos grandes y cálidos de Rubén se posaron en los suyos... y de repente fueron inundados por las dudas y la culpabilidad. Se apartó un poco de ella y se quedó quieto y en silencio, todavía mirándola a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él todavía tardó unos instantes en contestar.

—No... no puedo hacerlo, Alexandra —susurró.

Ahora la que necesitó unos instantes para reaccionar fue ella.

—Vale... —logró pronunciar, aunque no entendía nada.

—Por favor, no pienses... Me gustas mucho, pero... No quiero...

Rubén no acabó ninguna frase. Parecía sentirse como si hubiera metido la pata hasta el fondo. La humillación empezó a caer sobre Alexandra como una ola helada y salvaje.

—Ya tienes pareja, ¿verdad? En realidad no estás soltero y te sientes mal —dedujo ella.

Él dudó, confirmándole que eso era lo que sucedía. Alexandra lo empujó con rabia para alejarlo.

—Joder, Rubén —dijo, apenas logrando controlar la ira y el llanto. Se apresuró a abotonarse la blusa. Él parecía sentirse realmente mal.

—Lo siento.

—Que te den. O mejor, vete al infierno y púdrete allí.

Abandonó la habitación 305 con un sonoro portazo.

2

Desde su despacho, Alexandra vio pasar a Carlos en dirección al ascensor. Se iba a comer. Ella se puso en pie de inmediato y recorrió los pasillos que la separaban del despacho de gerencia.

Eva estaba sentada ante su ordenador. Unas profundas ojeras enmarcaban sus ojos normalmente alegres. Hacía días que los ojos de su amiga no expresaban alegría, sino otra cosa. Parecía mezclar miedo y tristeza, algo que inquietaba bastante a Alexandra. Eva decía que estaba bien y se esforzaba por mostrarse como siempre, pero Alexandra la conocía demasiado bien.

—¿Vienes conmigo a comer? —propuso.

Eva le dedicó una mirada fugaz.

—Otro día, guapa. Hoy tengo mucho lío, me toca comer delante del ordenador.

—¿Ahora me evitas?

Una nueva mirada fugaz, esta vez cargada de culpabilidad. Alexandra sabía que Eva escondía algo. Y que pretendía evitarla porque la conocía demasiado bien y acabaría por sonsacarle la verdad.

—No te evito, de verdad —dijo Eva, de manera muy poco convincente.

—¿Ha pasado algo con Carlos? —preguntó Alexandra, sin esconder su preocupación.

Eva negó con la cabeza. Después, cogió aire y lo soltó con fuerza. Miró a Alexandra fijamente.

—Solo estoy pasando unos días malos, ¿vale? Te prometo que se me pasará pronto —dijo.

Alexandra vio algo en la mirada de su amiga que la sorprendió: súplica. Y, de nuevo, miedo y tristeza... Alexandra frunció el ceño.

—De acuerdo... —accedió, poco convencida—. Pero solo unos días.

Eva no dijo nada, pero su alivio era evidente.

—Oye, tengo curiosidad, ¿qué fue de Mario? —añadió

Alexandra.

Las mejillas de su amiga se sonrojaron.

—Hace algún tiempo que no hablamos. Ya te lo dije, solo amigos —dijo, forzando una sonrisa.

Alexandra forzó otra sonrisa a su vez y se despidió de Eva.

Al menos, ahora ya sabía por dónde iban los tiros de lo que preocupaba a Eva. De alguna manera estaba relacionado con Mario.

Una oscura sospecha empezó a tomar forma en su cabeza. ¿Y si Mario también había mentido respecto a su soltería y Eva se había enamorado con él? Pero, por lo que ella sabía, Eva seguía con Carlos, y sabía que nunca sería capaz de verse con dos hombres a la vez.

Además, ¿por qué de un grupo de cuatro amigos dos mentirían sobre su situación sentimental y los otros dos no? Bueno, obviamente podría ser un jueguecito suyo, pero... era demasiado extraño.

Suspiró, intentando ignorar el pinchacito que sintió en el pecho al pensar en Rubén.

Ya hacía casi dos meses de lo sucedido, pero le seguía doliendo. Le daba mucha rabia que fuera así, pero Rubén había conseguido herirla en lo más profundo de su amor propio. El chico le había gustado mucho, y se había tragado su supuesta atracción como una auténtica idiota. Sin embargo, él solo había decidido divertirse una noche con una mujer madura (Dios, cómo odiaba esa definición), seguramente para anotarse un tanto con sus colegas, y en el último momento se había acobardado.

Alexandra se sentía humillada y estúpida, porque no había detectado que Rubén fuera del tipo de hombres que se podían calificar en la categoría de “cabrones monumentales”. Definitivamente, su primer intento de ligar después de la separación había sido un auténtico

chasco.

En fin. Al menos cuando pensaba en él ya no lloraba, tan solo se sentía mal. La primera semana sus ojos parecían una fuente de lágrimas de humillación. Ahora no lograba evitar sentirse mal, pero sí que era capaz de apartar a Rubén de su cabeza al cabo de unos pocos segundos. Bueno, quizá minutos.

De hecho, los días siguientes consiguió no pensar en él y se centró en estar muy pendiente de Eva. Su amiga no pareció ir a peor, pero tampoco a mejor, y seguía evitándola. Un par de semanas después, estalló todo.

*

La explosión no fue de forma literal, pero Alexandra la sintió así.

Ese día ni siquiera empezó bien. Los niños parecían haberse levantado con el pie izquierdo, y desde que abrieron los ojos hasta que los dejó en el colegio, por sus bocas solo salieron quejidos, gritos, discusiones y lloros. Alexandra todavía no había conseguido adivinar por qué había días que se torcían tanto.

Después, al llegar a la oficina, se encontró un regalo encima de la mesa: una caja de sus bombones preferidos. Iban acompañados por una tarjeta de David, que le hacía el obsequio para recordar el día que empezaron a salir. Alexandra fue a su despacho y, con toda la delicadeza de la que fue capaz, le dijo que no podía aceptarlos. A cambio, un dolido David le espetó que al final se iba a cansar de perseguirla, momento en el que Alexandra dejó de lado la fineza para dejarle claro que, si a esas alturas todavía no se había enterado de que lo suyo se había acabado, es que era un estúpido integral.

Para acabar de redondear la mañana, uno de sus subalternos en el departamento de comunicación estaba en una formación y el otro estaba enfermo. Es decir, que le tocaba a ella preparar una circular interna además de prepararse la reunión de las doce.

—Qué asco de día, de verdad —farfulló para sí.

Como si el mundo, el karma o las fuerzas de la naturaleza la hubieran escuchado y hubieran decidido que todavía no había tenido suficiente, se empezaron a escuchar gritos desde la puerta de entrada. Frunció el ceño. “¿Y ahora qué demonios pasa?”, se preguntó, más alarmada que malhumorada.

—¡Policía!

Alexandra sintió un pinchazo de miedo. Se quedó unos instantes quieta, pero finalmente logró reaccionar. Se levantó y se acercó a la puerta de su despacho. Llegó justo a tiempo de ver aparecer por el pasillo a varios hombres y mujeres. Todos vestían un chaleco amarillo y brillante por encima de su ropa de calle.

—¡Policía! Estamos realizando una investigación oficial. No salgan de sus despachos hasta que se les pida lo contrario —gritó uno de ellos mientras pasaba por delante suyo. Alexandra pudo fijarse entonces que llevaba una placa que lo identificaba como policía, y que en la parte trasera del chaleco había escrita la palabra “POLICÍA”—. Tampoco intenten

usar sus ordenadores, han sido bloqueados.

Detrás de ese primer grupo entraron otros policías, equipados con cajas, maletines y portátiles.

—Oiga, ¿qué está pasando? —preguntó Alexandra a una policía cuando pasó cerca suyo.

—Quédese en su despacho, señora —fue la seca respuesta.

Alarmada, Alexandra comprobó que todos los policías se dirigían hacia el despacho de Carlos. Preocupada por Eva, por instinto echó a caminar hacia allí. Un policía que debía de sacarle dos cabezas y que tenía un aire familiar se encaró con ella.

—Señora, le han dicho claramente que no puede salir de su despacho —dijo con cara de pocos amigos.

A Alexandra no le apeteció dejarse intimidar por el tipo ese. Imitó su cara de mala leche y apoyó las manos en las caderas.

—Disculpe, *señor* —dijo, aunque parecía algo más joven que ella—, mi amiga...

—Yo me encargo —dijo una voz conocida a sus espaldas.

Su corazón se saltó un latido, y tardó unos instantes en encontrar las fuerzas para moverse. Podía imaginar lo que se iba a encontrar al girarse y sabía que no le gustaría. Aún así, se forzó a dar media vuelta.

Y allí estaba él. Con su cuerpo serrano, su cabello negro, sus ojos cálidos, su chaleco amarillo y su placa identificativa.

Rubén era policía.

—Hola, Alexandra.

En ese preciso instante también vio pasar a Mario y Pablo, que la saludaron con un gesto de la cabeza, pero sin rastro de la amabilidad que habían mostrado en el bosque suspendido y en el bar.

Las piezas empezaron a encajar en la cabeza de Alexandra, tomando forma de un puzzle de pesadilla. Las veces que habían “coincidido” en el bosque suspendido, el móvil perdido de Eva, el interés que Rubén demostró por ella...

Sintió náuseas y las piernas le flaquearon. Necesitó apoyarse contra la pared para no caerse. Rubén hizo el gesto de sujetarla, pero ella movió el brazo para impedirlo y lo fulminó con la mirada.

—No te atrevas a tocarme.

Rubén soltó aire, hundiendo un poco los hombros, y dio un paso atrás. Por unos instantes a Alexandra le pareció dolido y triste, pero pronto recuperó una expresión neutra. No se paró a pesar en ello.

—Vamos a tu despacho, por favor —pidió Rubén con tranquilidad.

Esta vez no discutió. Tiesa y seria como nunca había estado, intentando mantener la dignidad, regresó a su despacho. Él la siguió.

—No puedo quedarme —dijo. Si Alexandra no hubiera estado tan conmovida le

habría espetado que lo último que quería era estar en la misma habitación que él, pero se había quedado sin palabras—. Estamos investigando tu empresa por tráfico de armas...

Esas palabras lograron desatascarle la boca.

—¡¿Os habéis vuelto locos?! —gritó.

—En realidad, al que investigamos es a Carlos. Ha usado los recursos de la empresa como tapadera —dijo Rubén, bajando la voz—. Eva estará bien, te lo prometo. No salgas del despacho, ¿de acuerdo?

Alexandra ni se molestó en contestar. Se dejó caer pesadamente en su silla. Seguía tan consternada que era incapaz de pensar con claridad. Rubén caminó hacia la puerta, donde se detuvo.

—En cuanto pueda vendré a verte. Me gustaría hablar contigo —dijo.

¿Por qué la miraba así? ¿Como si... se preocupara por ella?

—Pues lo último que yo quiero hacer es hablar contigo, Rubén. Oh, espera, ahora me dirás que ni siquiera te llamas Rubén, ¿verdad?

—Sí que me llamo Rubén.

Alguien lo llamó desde fuera. La miró una última vez (¿en serio se atrevía a mirarla con arrepentimiento?) y se alejó.

Alexandra se quedó mirando el espacio vacío que tenía ante sí. Así se sentía ella. Vacía y... Cuando notó que los ojos se le humedecían, hizo girar la silla para dar la espalda a la puerta.

No, no podía llorar. No iba a dar el placer, ni a Rubén ni a todos esos policías, de verla llorar. Porque seguro que todos sabían qué había sucedido y se habían echado unas cuantas risas a su costa. Así que, de cara a esa panda de cabrones, iba a mostrarse impertérrita.

Se esforzó por cubrirse con una gruesa capa de acero imaginaria y así endurecerse. El dolor se mitigó un poco y logró no derramar ni una sola lágrima. Cuando se vio capaz de moverse sin correr el riesgo de desmoronarse, miró el reloj. Había pasado bastante rato. Al parecer, construir su capa de acero le había requerido bastante más tiempo del que imaginaba.

No importaba. Lo importante ahora era no pensar demasiado y mantenerse ocupada. Decidió seguir trabajando. Seguramente no tenía mucho sentido, pero la ayudaría a distraerse.

Su ordenador estaba bloqueado.

—Maldita sea.

Había olvidado el aviso del policía. Debían de haber de haber bloqueado toda la red de la empresa. Se mordió el labio con fuerza, buscando desesperadamente otra cosa que hacer. No se le ocurría nada.

Justo cuando una amplia grito amenazaba con partir su armadura de acero, unos pasos en el pasillo le llamaron la atención. Un instante después, Eva entró en el despacho. La acompañaba Mario, que se quedó en la puerta.

—No os mováis de aquí, ¿vale? —dijo él con suavidad.

Eva asintió. Entonces Mario miró a Alexandra, le dedicó una pequeña sonrisa llena de comprensión y se marchó.

Eva miró a Alexandra, a punto de echarse a llorar.

—Ay, Dios, Alexandra, lo siento mucho —dijo, ya incapaz de controlar el llanto.

Alexandra se levantó, y a Eva le faltó tiempo para correr a abrazarla. Su amiga parecía tan necesitada de consuelo que Alexandra logró olvidarse de su propio dolor. Se centró en Eva, que lloró desconsoladamente durante varios minutos. No parecía un lloro de pena, sino más bien el de alguien que está liberando una gran cantidad de tensión acumulada.

—¿Vas a contármelo ahora? —le preguntó con suavidad cuando la vio más tranquila.

Eva asintió y suspiró mientras se secaba los ojos con un pañuelo, sin molestarse en preocuparse por el maquillaje.

—¿Recuerdas la noche que salimos con Mario y los demás, cuando perdí el teléfono?

Alexandra asintió. Sí, recordaba la tensión de Rubén al aparecer Eva preguntando por el móvil, así como el disimulado alivio que detectó cuando Mario le indicó que todo iba bien.

—Pues resulta que me lo quitaron ellos para manipularlo y poder espíarme.

—Qué hijos de puta —murmuró Alexandra.

Eva no parecía apoyar del todo ese calificativo, pero no dijo nada.

—En realidad, a quien querían espíar era a Carlos, y como sabían que él y yo estábamos... —continuó—. Ya sabes que durante unas semanas Mario me llamó, y nos vimos para tomar algún café... Pues un día... me explicó quién era y por qué estaban investigando a Carlos. Me dijo que habían confirmado que yo no estaba metida en el lío y me pidió que los ayudara en la investigación como fuente.

Alexandra apretó los labios. Cada vez estaba más furiosa con Rubén, Mario y la madre que parió a todos los policías que había allí. ¿Cómo se habían atrevido a poner a Eva en peligro de esta manera? ¡Sobre todo tratándose de un caso de tráfico de armas! Eva vio su gesto.

—Al principio yo me enfadé mucho y tenía mucho miedo, pero Carlos es un traficante de armas, Alexandra. Es tan horrible que no podía quedarme sin hacer nada. Y Mario...

—Se aprovechó de que te gustaba para que los ayudaras, ¿verdad?

Eva la miró con ojos culpables.

—No. Él nunca lo ha dicho, pero creo que no quería que yo hiciera de fuente. Me ha ayudado mucho, en serio, porque ha sido un poco difícil. No podía contárselo a nadie, y tenía mucho miedo...

Alexandra resopló.

—No puedo ni imaginarme por lo que debes de haber pasado, Eva —dijo, abrazándola de nuevo—. Has sido muy valiente. —No sé qué decirte, he pasado tanto miedo...

—Y aún así lo has hecho. Eso es ser valiente —dijo Alexandra, y lo decía muy en serio. Compadecía a su amiga por lo que había pasado, pero a la vez la admiraba—. ¿Qué te

pidieron que hicieras?

—Pues... pasarles información, llevar el teléfono siempre encima para que pudieran escuchar conversaciones, poner unas cámaras en el despacho de Carlos y en el piso donde él y yo... La expresión de Alexandra se endureció.

—No, no —se apresuró a aclarar Eva—. Desde el día que Mario me contó la verdad, Carlos y yo no nos hemos acostado. Mario me ayudó a encontrar mil y una excusas y maneras de evitarlo, aunque Carlos ya estaba empezando a mosquearse.

Alexandra suspiró, aliviada. Se sentó en una de las sillas que tenía para las visitas y Eva la imitó.

—Carlos no puede saber que he ayudado a la policía, ¿de acuerdo? —dijo Eva.

—Claro que no.

—De cara a él, estas últimas semanas yo ya estaba pensando en romper con él. Y a ti me han dejado contártelo porque sospechabas algo —dijo Eva con una sonrisa triste.

Se quedaron unos instantes en silencio.

—Vamos a quedarnos sin trabajo, ¿verdad? —preguntó Alexandra.

Eva se encogió de hombros. Tras un rato más en silencio, empezó a decir con prudencia:

—Oye, lo de Rubén...

—No quiero hablar de él —la cortó Alexandra con dureza.

Eva suspiró con resignación y tristeza, pero no insistió.

Un par de eternas horas después, varios policías entraron en el despacho. Indicaron a Eva que podía regresar al suyo y procedieron a tomar los datos a Alexandra, a registrar su despacho y a copiar el disco duro de su ordenador. Cuando por fin acabaron, la jefa de recursos humanos apareció para decirle que se fuera a casa y que la llamaría en cuanto tuviera información sobre el futuro laboral de todos los empleados. Alexandra asintió y cogió su bolso. Todavía tenía cierta sensación de irrealidad, como si todo aquello no pudiera ser real.

Entonces vio pasar, por el pasillo, a un Carlos cabizbajo, esposado y custodiado por dos policías. La imagen la impactó tanto que tuvo que sentarse otra vez. Sí, era real, muy real. Y sí, seguramente acababan de quedarse todos de patitas a la calle.

Fue al despacho de gerencia para ver si encontraba a Eva, pero no estaba sola. Estaba con Mario.

—Estoy súper orgulloso de ti, eres una campeona —le estaba diciendo.

Le sujetó el rostro con delicadeza y le plantó un beso en los labios. Por la mirada que compartieron después, y por el tórrido beso que siguió, Alexandra dedujo que era su primer beso, y que hacía mucho que tenían ganas de dárselo.

Alexandra se mordió el labio. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, quería alegrarse mucho por Eva. Se merecía ser feliz del todo de una vez. Pero, por otro lado, no confiaba en Mario. Tenía la desagradable sensación de que esa situación acabaría mal para

su amiga.

De reojo, vio salir a alguien del despacho de Carlos. Era Rubén. A pesar de su gruesa armadura de acero, el corazón le dio un vuelco, pero se obligó a mostrarse impassible.

Él también la vio y se quedó inmóvil en el umbral de la puerta. Se fijó en que Alexandra llevaba el bolso colgando del hombro. Ella le dedicó una mirada de absoluta indiferencia (al menos esperaba que él la percibiera así) y, tras un último vistazo a Eva y Mario, le dio la espalda y se fue.

*

No quería irse a casa ni estar sola. No creía que le sentara demasiado bien.

Decidió que sus dos terremotos eran quienes mejor podían ayudarla a no pensar en lo sucedido, así que les dio una sorpresa: como se acercaba la hora de comer, fue a recogerlos de imprevisto al colegio para llevarlos a su restaurante favorito. No era porque la comida fuera estupenda, sino porque siempre los obsequiaban con lápices de colores y globos. Tal y como había deseado, la recibieron con abrazos emocionados y, olvidados las quejas y lloros de la mañana, pasaron un rato bien entretenido en el restaurante.

Cuando los dejó de nuevo en clase a las tres, todavía no estaba lista para irse a casa, así que fue a comprarse algo de ropa que no necesitaba. David la llamó, pero ni se molestó en contestar. Al final, cansada de dar tantas vueltas, decidió regresar a casa a ducharse. Después llamaría a su hermana, a su madre, y a sus amigas Sonia y Lucía, con las que hacía algunas semanas que no hablaba.

En su cabeza iba repitiendo esa planificación una y otra vez, así como pensando en otras tareas que tenía pendientes. Lo que fuera con tal de no pensar en otras cosas.

Sin embargo, en la puerta de casa la esperaba una sorpresa que tiró por la borda todos sus esfuerzos.

Rubén.

Se quedó petrificada unos instantes. Después se recordó que iba equipada con una armadura de acero y siguió avanzando.

—No creo que tengamos nada que decirnos. Me dejas pasar, ¿por favor? —dijo cuando él no se apartó, impidiéndole entrar en casa.

—Yo sí que tengo algo que decirte.

—No me interesa escucharlo —dijo, mientras hurgaba en su bolso en busca de las llaves. Las muy estúpidas habían decidido esconderse en algún recoveco en el peor momento posible.

—Te debo una disculpa.

—Genial, aceptada —dijo, sacando al fin las llaves.

Cuando miró a Rubén, tuvo un sobresalto. Estaba más cerca de lo que creía. Y lo encontró especialmente atractivo.

Ese último pensamiento la hizo enfurecerse consigo misma y con él, y no pudo evitar añadir:

—Supongo que también debo darte la enhorabuena por el trabajo bien hecho. Entretuviste de manera muy efectiva a la amiga del objetivo. Diez puntos para ti, misión cumplida.

Rubén cruzó los brazos delante del pecho.

—Ahí es donde te equivocas, y mucho. Mi papel en la operación nunca fue “entretenerte”, si te gusta llamarlo así.

—Ya. ¿Y qué se suponía que tenías que hacer, ayudar a las abuelitas a cruzar la calle? Pues qué quieres que te diga, conmigo te fuiste por algunos años. Soy mayor que tú, pero no tanto —dijo Alexandra, incapaz de esconder la amargura en su voz. Se hizo a un lado y encontró un hueco para introducir la llave en el cerrojo—. Si me disculpas.

Rubén se movió, pero fue para sujetarle la mano que sostenía las llaves.

—Por favor.

Alexandra se estremeció, pero no se apartó. Le daba rabia, pero era incapaz de renunciar al agradable roce de esa mano cálida sobre su piel.

Rubén la miraba fijamente, pero ella fue incapaz de aguantarle la mirada.

—Lo que voy a contarte ahora no te va a gustar —dijo él.

—Entonces quizá no deberías contármelo.

—Yo creo que sí.

Alexandra resopló. Ahora sí, apartó la mano y cruzó los brazos en un gesto de impaciencia.

—No sabíamos qué tipo de hombre podría atraer más a Eva, así que por eso fuimos nosotros cuatro. Para que hubiera... más variedad —dijo Rubén.

Efectivamente, a Alexandra no le gustó nada escuchar aquello.

—Oh, pobre, Eva prefirió a Mario... Menudo chasco debiste llevarte.

—No, fue un alivio. Porque a mí me gustabas tú.

Alexandra no dudó en clavarle la mirada y alzar las cejas con toda la incredulidad de la que fue capaz.

—Nunca formó parte del plan acostarnos con nadie. Solo teníamos que entrar en contacto con Eva y encontrar la manera de intervenirle el teléfono, nada más —dijo Rubén—. Alexandra, lo siento. La situación se me fue de las manos. Me apetecía mucho pasar la noche contigo, pero a la hora de la verdad me di cuenta de que me gustabas demasiado. ¿Cómo te sentirías ahora si hubiéramos llegado a acostarnos? No podía hacerte eso.

Alexandra volvió a recordar con todo detalle lo sucedido en la habitación 305, y volvió a

sentir cada gramo de humillación. No creía que pudiera sentirse peor.

Sin embargo, una pequeña parte de ella admitía que sí, que sería mucho peor si hubieran pasado la noche juntos.

Pero eso no iba a reconocerlo ante él ni bajo amenaza de muerte.

Suspiró, cansada.

—Rubén, no entiendo qué haces aquí. ¿Te sientes culpable y quieres disculparte? ¿Es por eso? Vale, lo entiendo, disculpa aceptada. Estabas haciendo tu trabajo, ya está, ya pasó — dijo. La verdad era que no entendía por qué Rubén había ido a buscarla hasta allí.

—Quiero que me des otra oportunidad.

Alexandra lo miró con los ojos muy abiertos, petrificada. Le estaban gastando una broma, ¿verdad? En cualquier momento aparecería una cámara y descubriría que todo formaba de un programa de inocentadas. De hecho, llegó a mirar a su alrededor. Al ver que no aparecía nadie, volvió a mirar a Rubén.

Y se dio cuenta de que sí, que hablaba en serio. Aún así, dijo:

—No puedes hablar en serio.

—Lo digo muy en serio.

Alexandra tuvo que dejar las bolsas en el suelo para masajearse la frente y las sienes.

—Rubén, creo que no eres consciente de lo humillante...

—Puedo imaginar cómo te sentiste entonces y cómo te sientes ahora —la interrumpió él —. Sé que estás enfadada, pero... mis disculpas son sinceras. Dime cómo puedo demostrártelo, por favor.

Alexandra tuvo que pensarse sus siguientes palabras. No sabía si echarse a gritar, a llorar o a reír. Se sentía furiosa, desconcertada y desconsolada a la vez. Era tan surrealista que rallaba lo cómico.

—Quiero que te vayas —dijo finalmente.

Él no se movió.

—¿No lo entiendes, Rubén? Nunca podré confiar en ti. Y además, yo tengo cuarenta años y tú veintisiete. ¡Eres un crío, por el amor de Dios! ¡Pero si todavía debes de vivir con tus padres!

Al escuchar esas palabras, Rubén apretó la mandíbula.

—No soy un crío, y hace tiempo que no vivo con mi padre — aclaró.

—Genial, enhorabuena. Ahora vete, por favor.

Alexandra se maldijo, porque se le había roto la voz. Estaba llorando. Farfulló una maldición mientras recogía las bolsas y abrió la puerta de una vez. Esta vez, Rubén no la detuvo. Entró en casa y cerró la puerta tras de sí dando un portazo, y se aseguró de cerrar con llave.

Tiró el bolso, las bolsas y la chaqueta al suelo y corrió al baño, donde se encerró con otro sonoro portazo, como si poner dos puertas entre ella y Rubén pudiera protegerla mejor de

tanto dolor.

No funcionó.

Sus lágrimas fueron incontenibles e imparables.

Al final, esa tarde no llamó a nadie.

3

Contra todo pronóstico, no se quedaron sin trabajo.

Tras unos días de confusión y la visita urgente de una delegación americana y un continuo vaivén de abogados, quedó aclarado que Carlos había actuado por su cuenta, con la colaboración de tres empleados del puerto que también fueron detenidos. El director comercial ascendió a gerente y reemprendieron sus trabajos allí donde los habían dejado.

Pasaron varias semanas. Al principio, Eva todavía estaba afligida por lo sucedido. Pero, lentamente, fue recuperándose y Alexandra llegó a verla feliz. Feliz como nunca la había visto. Alexandra se alegraba mucho por ella, pero a la vez temía que cualquier día apareciera con el corazón roto por culpa de Mario.

Encima, cada vez que pensaba en ello era un amargo recordatorio de Rubén y su última conversación. Lo peor de todo era que, después de la rabia y la pena iniciales, seguía muy confusa. Y encima seguía acordándose de él de modos que no le parecían razonables. De la conversación en el bar, de sus ojos, de sus labios, de sus manos sobre su piel.

Esos inoportunos pensamientos acudían a su cabeza de vez en cuando. Así, sin ser invitados. De hecho, eso mismo acababan de hacer el viernes al mediodía, cuando Eva entró en su despacho.

—¿Quién se queda con los niños este fin de semana? — preguntó.

—David.

—Genial. Esta noche te llevo a cenar y a bailar. A ver si consigo animar un poco esa cara bonita.

—Estoy bien. No sé a qué te refieres.

Eva puso los ojos en blanco. Su amiga estaba respetando su tajante petición de no volver a hablar de Rubén, pero estaba claro que sabía cómo se sentía Alexandra.

—Ven a buscarme a las nueve —dijo, y se fue dando por sentado que allí estaría.

*

Alexandra sabía que salir y desconectar un poco le sentaría bien, así que, a las nueve y cinco minutos de la noche, llamó al timbre del piso de Eva. No tardó en contestar.

—Sube, porfa. Voy un poco tarde —fue la respuesta.

Alexandra obedeció. Sin embargo, cuando llegó arriba, deseó no haberlo hecho. Mario

estaba en el salón, acabando de ponerse la camiseta. Todavía iba despeinado y no se había subido del todo la cremallera del pantalón. Eva acababa de salir de la ducha, luciendo una sonrisa feliz y relajada, y todavía iba envuelta en una toalla.

—No necesitaba ser testigo de esto —dijo Alexandra.

Los dos tortolitos intercambiaron una mirada cómplice y sonrieron.

—En cinco minutos estoy lista —dijo Eva, y los dejó solos.

Alexandra la maldijo para sus adentros y suspiró. Se dirigió hacia el sofá y se dejó caer en él de mala gana. Ni siquiera intentaría ser formal y amable con Mario.

Él, muy tranquilo y del todo adecentado, se apoyó sobre una esquina de la mesa y cruzó los brazos por delante del pecho. Alexandra no necesitaba mirarle para saber que la observaba. Lo miró un momento. Sí, la estaba mirando, y el bastardo incluso se atrevía a sonreír un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexandra.

—¿Podrás perdonarnos algún día?

Ella miró hacia arriba, reflexiva.

—Quizá dentro de cincuenta años, o cuando me dé el Alzheimer y tenga la suerte de olvidaros.

Mario rio con suavidad.

—Auch.

Se quedaron en silencio, tiempo durante el que Alexandra descubrió que la punta de sus zapatos empezaba a pelarse.

—Rubén es inspector novato, pero el tío es un crack. Es muy prudente. Desde que lo conozco, nunca lo he visto precipitarse —dijo Mario, sobresaltándola. Al escucharlo pronunciar el nombre de Rubén, el estómago de Alexandra se retorció. No quería escuchar hablar de él, pero a la vez sentía curiosidad—. Excepto contigo. Dos veces. La primera fue el día que nos conocimos. Y la segunda fue el día del registro. No debería haber ido a verte esa misma tarde. Debería haberte dado más tiempo.

—Ningún momento era bueno para venir a verme.

—Ahí discrepo. Creo que, si te hubiera dado más tiempo, las cosas habrían ido de manera distinta.

Alexandra hizo una mueca para mostrar sus dudas.

—El caso es que, en lo que a ti respecta, el tío no es ni imperturbable ni prudente. Se le fríen los cables. Y no lo cuenta, pero sé que todavía se lo está pasando mal.

—¿Estás intentando hacerme sentir culpable?

Mario sonrió abiertamente.

—No, solo intento que le des una oportunidad.

Afortunadamente, Eva apareció en ese momento lista para salir y la conversación terminó

allí.

—¿Dónde iréis? —preguntó Mario.

—No lo sé, improvisaremos. Pero no te lo voy a contar, es noche de chicas —respondió Eva, acercándose a él para darle un beso cariñoso.

En la calle, Mario se fue en una dirección y ellas se subieron a un taxi que las llevó al centro de la ciudad. Acabaron entrando en un italiano donde comieron una pasta deliciosa, aunque Eva acusó a Alexandra de beber poco vino.

—Esto tienes que compensarlo tomándote una copa después. Me han hablado de un sitio nuevo, podríamos ir a ver qué tal es —dijo Eva.

Alexandra se dejó llevar. Hablaron de muchas cosas, excepto de hombres y, tal y como había previsto, le sentó muy bien airearse y distraerse un poco. Eso sí, el lugar de copas al que quería ir Eva estaba un poco lejos y les costó encontrarlo.

—¡Aquí es! —dijo al fin, contenta.

—¡Pero si es un pub irlandés! ¡Y tiene pinta de llevar aquí toda la vida! —se quejó Alexandra.

Eva se encogió de hombros.

—Pues es este —dijo, y entró.

El lugar era acogedor, espacioso y bastante ruidoso. Había dos barras largas, a lo largo de las cuales se distribuían parejas y grupos de amigos.

Y entonces Alexandra lo comprendió todo.

En la barra más lejana estaba Mario, acompañado por otras caras desagradablemente conocidas. Y por Rubén, cómo no.

—¡Eva! —se quejó Alexandra. Por algún motivo no se enfadó, sino que se puso directamente al borde del llanto.

—No me odies, por favor.

En la barra, Rubén giró la cabeza y las vio. Por su expresión sorprendida, dedujo que él tampoco sabía que se encontrarían allí. Mario también las vio y no se sorprendió lo más mínimo. Es más, ¡de hecho levantó su copa de cerveza, saludándolas como si llevara rato esperando su aparición! El muy... —Vámonos.

—No, espera —dijo Eva, sujetándola con suavidad—. Alexandra, llevas semanas hecha polvo, y entiendo que lo estés porque la situación fue muy fea y desafortunada. Pero yo creo que no acabas de estar bien porque Rubén te gustó mucho y... No tienes que hacer nada con él, solo hablar.

Alexandra suspiró.

—La señora circuito rojo —dijo una voz a sus espaldas.

Alexandra se giró, sorprendida y algo abochornada, para descubrir al policía borde que le sacaba dos cabezas. El tipo con el que se había encarado el día del registro y que tenía un aire familiar. Levantó la barbilla, intentando no sentirse diminuta.

—Ya nos íbamos.

—¿Ah, sí? Rubén se llevará una decepción —dijo el policía, observándola mientras daba un trago a su cerveza.

Alexandra dejó caer los hombros. ¿Es que toda la ciudad sabía lo suyo con Rubén y tenía que hablarle de la pena de Rubén?

—Rubén es mi hermano pequeño —dijo el tipo.

—Ah —acertó a decir Alexandra, comprendiendo al fin por qué el tipo tenía un aire familiar. Ahora que lo sabía, era cierto que, excepto en la altura, se parecían mucho.

—El chaval no va llorando por las esquinas porque no es su estilo, pero lo dejaste hecho polvo.

—Oh, venga ya. ¿Y yo qué? —dijo Alexandra, exasperada—. Esto es el colmo, como si lo sucedido fuera culpa mía. ¿Sabes qué pienso? Pues que os podéis ir todos a la mierda.

El hermano de Rubén sonrió y miró a alguien detrás suyo.

—Me gusta —dijo.

—¿Ya la has hecho enfadar? —dijo la voz de Rubén detrás suyo.

Alexandra se giró y se encontró cara a cara con él. De reojo, vio que Eva y el hermano de Rubén se alejaban rápidamente.

Ya se enterarían esos dos, ya.

—¿Podemos hablar? —dijo él.

Por algún absurdo motivo, o por algún motivo que era incapaz de admitir, no supo decir que no. Se sintió como si su armadura de acero hubiera empezado a agrietarse. O ablandarse, no estaba segura.

—Vamos fuera —pidió, consciente de que varios pares de ojos los observaban.

Rubén asintió y esperó a que ella abriera el camino hasta la puerta, la calle y los dos coches en los que se apoyaron. No era el paraje más agradable, pero tendría que servir.

—¿Cómo estás? —preguntó Rubén.

—Bien —mintió ella, encogiéndose de hombros—. ¿Tú?

Él se pensó la respuesta.

—Ahora nervioso.

Alexandra no pudo evitar fijarse en el punto donde él había colocado sus dedos para que escuchara el ritmo de su corazón. Jo, esa parte de su cuerpo era muy sexy. Bueno, igual que el resto.

Parpadeó para apartar esos pensamientos de su cabeza.

—¿Por qué estás nervioso?

—Porque me gustaría invitarte un día a tomar un café. O al cine. O al bosque suspendido, si lo prefieres.

Alexandra rio a su pesar.

—Solo quiero charlar contigo, contarnos cosas. Como si empezáramos de cero. Y ya se verá qué pasa después —añadió él.

Alexandra sintió que su armadura de acero amenazaba con agrietarse un poco más, pero logró contenerlo. Suspiró.

—No sé, Rubén. No sé nada de ti, solo que eres un tío majo que va por ahí diciendo que es informático cuando en realidad es policía. No me parece una buena base para acceder a ir a tomar un café, ¿sabes?

—En realidad, sí que soy informático —dijo. Cuando Alexandra lo miró extrañada, añadió —: Estudié Informática en la universidad. En cuanto acabé entré en la academia de policía, y he estado algunos años en la calle mientras me sacaba las oposiciones para inspector.

—Ah.

—Puede que en un par de años empiece un doctorado en informática. Me interesan las aplicaciones de la inteligencia artificial en la investigación policial.

Alexandra entrecerró los ojos.

—¿Estás presumiendo?

Él sonrió con descaro.

—Absolutamente sí —admitió—. Pero es todo cierto. Puedes preguntar a mi hermano. Seguro que te informará amablemente.

Ella rio por debajo de la nariz, de nuevo a su pesar. Aún así, acabó bajando la vista al suelo y se quedó pensativa, triste. Seguía sin verlo claro.

—Rubén... No es solo el tema de la confianza... Tengo dos hijos pequeños, llevo un ritmo de vida completamente distinto al tuyo. Y luego... yo no sirvo para hacer las cosas a medias. Sé que me estoy avanzando mucho, pero no me resulta difícil pronosticar que un día vas a querer unos hijos biológicos que yo no podré darte, o que simplemente te cansarás y preferirás estar con alguien de tu edad, o...

—También podría pasar que tú me dejaras a mí por alguien con más experiencia —intervino él.

—¿Más experiencia en qué?

—En masajes, claro.

Alexandra sonrió y se lo quedó mirando. Su comentario tenía sentido, pero...

—No me gusta que me llames ni crío, ni chaval, ni que te plantees que sigo viviendo en casa de mi padre. Me preocupa que consideres que no estoy a tu altura por falta de experiencia —dijo él—. Es decir, a ti te preocupa ser demasiado mayor, y a mí me preocupa ser demasiado joven. Así pues, ¿qué más da? ¿Y para qué preocuparnos por algo que todavía no ha pasado?

Jo, qué bien hablaba. Alexandra apretó los labios. Sentía que su armadura de acero cada vez tenía más grietas, pero se resistía a permitir que se rompiera del todo. Seguía sin verlo claro. Él vio sus dudas.

—Cuando tenía diez años, mi madre murió. Mi hermano se quedó viudo hace cinco años, cuando su hija solo era un bebé de meses —dijo. Alexandra abrió mucho los ojos. Antes de que pudiera decir nada, aunque tampoco habría sabido qué decir, él prosiguió—: No pretendo darte pena, sino explicarte que, con todo lo que he vivido y todo lo que he visto en mi trabajo, prefiero no hacer tantos planes. La vida da muchas vueltas, y nunca se sabe por dónde te llevará. Nunca imaginé que en una operación aparentemente rutinaria me encontraría a alguien como tú. Me da igual la edad que tengas. Sé que me gustas mucho, y para mí eso es suficiente. Lo demás ya se verá.

Con esas palabras, la armadura de Alexandra no estalló, simplemente se fundió y desapareció. Rápida y silenciosamente.

Curiosamente, no se sintió derrotada, sino aliviada. Se dio cuenta de que estaba cansada de estar triste, enfadada y confusa, y también de que Eva tenía razón. El chico le gustaba. Mucho.

Y, en cuanto a la confianza, ¿qué necesidad tenía Rubén de seguir persiguiéndola?

Sí, había cometido algunos errores importantes. Pero, ¿de verdad no podía concederle una segunda oportunidad? Solo intentarlo, y a ver qué pasaba.

Al pensar en ello, sintió una punzada que mezclaba miedo y emoción. Ilusión.

—De acuerdo, invítame a tomar un café.

Rubén no dijo nada, pero sonrió. La leche, su sonrisa también era muy sexy.

—¿Te apetece ahora? —dijo.

—Ahora está bien.

—Conozco un sitio cerca. ¿Quieres avisar a Eva?

—No. La pienso dejar en la incógnita todo el fin de semana. Tú podrías hacer lo mismo con los demás.

—Hecho.

Alexandra, sintiéndose ligera e ilusionada como no se había sentido en mucho tiempo, echó a andar a su lado. Se alejaron calle abajo, caminando sin prisas.

Después de ese primer café, hubo otros. Y cines. Y circuitos rojos en el bosque suspendido. Ah, y masajes, muchos masajes.

UNA ROSA CADA SEMANA

Marcos dejó la rosa encima de la mesa y fue a esconderse en su rincón de siempre. Concretamente, entre las estanterías de Filosofía y Psicología.

Como cada martes a las dos de la tarde, la biblioteca de la facultad estaba prácticamente vacía. Durante un buen rato nadie pasaría por la zona donde se encontraba. Nadie excepto él, claro.

Y ella.

Miró su reloj. Diana llegaba tarde, algo muy inusual. Ella acudía cada martes a esa hora a la biblioteca. Era muy puntual. Se sentaba siempre en la misma mesa y aprovechaba la soledad para estudiar.

Esa soledad había sido la cómplice perfecta para Marcos. Y es que desde hacía seis meses, cada martes, Diana se encontraba una rosa encima de la mesa. El espacio entre las estanterías de Filosofía y Psicología era el lugar perfecto para que Marcos fuera testigo, sin ser descubierto, de cómo la encontraba. Siempre sonreía, la cogía con delicadeza y la olía. Después, la depositaba con cuidado en un extremo de la mesa y se ponía a estudiar. Y siempre se la llevaba a casa.

Marcos sabía que lo que hacía era bastante patético. Si sus amigos lo descubrieran, lo llamarían acosador y se reirían de él hasta el fin de sus días. También le preguntarían si no se le había ocurrido ir a hablar con la chica y punto. Pero eso era algo que no podía hacer. Diana era...

Diana estaba completamente fuera de su alcance.

Para empezar, era un par de años mayor, por lo que si cometía el atrevimiento de acercarse a hablar con ella lo trataría como a un crío.

No, Diana no haría eso. Lo más probable era que ni siquiera se diera cuenta de su presencia. Cuando Diana hablaba con alguien, le dedicaba su absoluta y completa atención. Ya podía otra persona intentar llamarle la atención, que ella no se enteraba. Y casi siempre estaba con alguien, porque caía bien a todo el mundo. Las pocas veces que estaba sola se sentaba a leer un libro, y entonces ya podían caer rayos y truenos. Tampoco se enteraba de nada más. Era una de las cosas que le gustaba de ella.

A quién quería engañar, le gustaba todo de Diana. La primera vez que se cruzó con ella en un pasillo de la facultad se quedó prendado, pero a medida que fue descubriendo más cosas sobre ella se fue enamorando sin remedio. Era optimista, divertida y apasionada, un auténtico torbellino de energía. Luchaba por causas perdidas y era tozuda como una mula. Impulsiva. A veces olvidadiza. No era perfecta y a la vez sí lo era. Era...

En fin, que estaba completamente fuera de su alcance.

Marcos sabía que un martes al mediodía habría sido un buen momento para intentar acercarse a ella, pero estaba seguro de que metería la pata. Mejor no arriesgarse. Prefería que ella no supiera de su existencia, así no tendría motivos para mirarlo mal.

Porque mientras que Diana siempre estaba rodeada de gente, a Marcos solo lo conocían

sus dos amigos. Nadie lo consideraba especialmente amable, sino que más bien lo miraban como si fuera un bicho raro. Él no se consideraba un bicho raro, pero siempre se había sentido como uno. En realidad, se consideraba bastante normal. Le gustaba lo mismo que a todo el mundo, solo que le costaba mucho relacionarse con los demás. Estaba más cómodo observando y escuchando, y cuando alguien que no fuera muy cercano le dirigía la palabra nunca sabía qué decir. Acababa encogiéndose de hombros, los demás pensaban que pasaba de todo y lo tachaban de rarito. De hecho, si Marcos tenía dos amigos era gracias a que se conocían desde bebés porque sus respectivos padres eran amigos y vecinos; habían pasado muchas tardes juntos y desde pequeños habían congeniado. Tanto, que incluso habían decidido estudiar lo mismo con la idea de acabar montando una empresa juntos.

El caso era que Marcos sabía que, por más enamorado que estuviera de Diana, lo único que lo acercaba a ella era esa rosa que le regalaba cada martes. Y nunca iría más allá, porque ella nunca sabría quién lo hacía.

Ese martes, Diana llegaba tarde. Cuando Marcos ya empezaba a preocuparse, apareció. Como le ocurría cada vez que la veía, se le cortó la respiración. Era tan hermosa que le dolía el pecho. Incluso la vez que apareció con un señor resfriado, despeinada, los ojos hinchados y con la nariz enrojecida e irritada, estaba hermosa.

Ese martes, mientras Diana caminaba hacia su mesa, sonreía. Era una pequeña sonrisa, de esas que evidencian que su propietario sabe algo que los demás ignoran.

Su sonrisa se ensanchó al descubrir la rosa. La cogió, la olió, la depositó con cuidado encima de la mesa y empezó a prepararse para estudiar.

Marcos suspiró, satisfecho por la sonrisa que le había arrancado y roto por dentro porque nunca sería capaz de llegar a más que eso. Cabizbajo, caminó hacia la otra punta de la biblioteca, a otro rincón solitario donde él también se sentaba cada martes a estudiar. No levantó la vista del suelo hasta que llegó al cubículo individual que siempre ocupaba.

Por segunda vez en cinco minutos, se le cortó la respiración.

Había algo encima de la mesa.

Era una rosa.

LA NOCHE DE LOS HUEVOS ESTRELLADOS

Era demasiado bueno para ser cierto. Y yo y mi vida ya éramos suficiente desastre. No iba a quedarme para descubrir dónde estaba el truco.

Me deslicé con mucho cuidado fuera de la cama y fui recuperando mis prendas de ropa, desperdigadas por el suelo de la habitación, el pasillo y el salón. Me vestí y me acerqué una última vez a la puerta de la habitación.

Rafa dormía profundamente, su glorioso cuerpo apenas cubierto por la sábana.

Me sabía mal irme así. Dudé. ¿Y si le dejaba una nota con mi número de teléfono?

No, no. Era imposible que un tipo como ese tuviera interés en volver a verme a mí. Y era imposible que un tipo como ese estuviera soltero, era demasiado... perfecto. Seguro que escondía algún gran defecto o un secreto horrible.

Me fui, recordando la noche que habíamos pasado juntos.

¡Qué noche!

Lo conocí en la pista de baile del pub irlandés al que acudí con Bea y Lucía. Empezamos a hablar y... una cosa llevó a la otra.

Rafa era policía, un tipo de trato serio pero agradable. Era de esas personas que saben preguntar y escuchar, y no sabes cómo les acabas contando toda tu vida. Así que ya sabía que yo era una treintañera, que compartía piso con Bea y Lucía, que tenía varios másters a mis espaldas y un trabajo de mileurista que nada tenía que ver con mis estudios y que odiaba. En esos momentos de mi vida estaba enfadada con la crisis económica, con los bancos, con el sistema capitalista, con el gobierno, con la Unión Europea, con Estados Unidos, con Rusia, con China y con el mundo en general.

Se lo había contado a Rafa con toda la indignación que sentía, y él ni siquiera pareció aburrirse. Es más, cuando al fin me callé, me dijo:

—Sé que ahora es una mierda, pero mejorará.

Lo dijo con tanto convencimiento que me emocioné, me abalancé sobre él y lo besé.

¡Y qué noche!

Había sido estupenda, pero no dudaba que en unas horas empezaría a tener unas agujetas históricas. Hacía siglos que no hacía tanto... ejercicio.

En fin.

Y regresé a mi vida desastrosa.

Admito que, de vez en cuando, me acordaba de Rafa. De sus ojos verdes y sus pestañas eternas. De su voz cálida. De sus labios. De su lengua. De su culito respingón... Bien, sí, de todo eso. También de todo lo que habíamos hablado. Y pensaba en otras conversaciones que hubiéramos podido llegar a mantener si hubiésemos vuelto a vernos.

Cuando llegaba a este punto y empezaba a echarlo de menos, me decía que era una idiota y procuraba pensar en otra cosa.

Parecía que, poco a poco, iba pensando menos en él. Entonces echaron a Lucía de su trabajo.

*

—¡Han declarado la empresa en concurso de acreedores! Y con la excusa de que están arruinados, ¡no nos pagarán el sueldo que nos deben del mes pasado ni de este! —nos explicó, indignada—.

¡Son unos cabrones!

—¿Pues sabes qué creo yo? ¡Que deberíamos salir a celebrarlo! —dije yo. Estaba harta de tanta mala suerte y tantas dificultades.

Me negaba a seguir llorando.

Tanto a Bea como a Lucía les pareció una gran idea.

Como estábamos fatal de pasta, nuestra espectacular salida consistió en comernos un Frankfurt pequeño y hacer botellón en un parque cercano a casa. A la una de la madrugada yo estaba borracha, pero Bea y Lucía llevaban una cogorza de mucho cuidado. De regreso a casa, que no encontrábamos porque nuestra calle parecía haber cambiado de sitio, mis queridas amigas iban cantando una jota mientras bailaban flamenco.

—Es músh... músssshica fushión —dijo Lucía cuando les dije que se equivocaban de baile. De repente, Bea se detuvo.

—Estos sí que son unos cabrones —dijo, señalando la oficina de un banco que teníamos delante—. Nosotras no llegamos a final de mes y hemos pagado el rescate de los bancos con nuestros impuestos. Ellos siguen forrados, ¿y creéis que van a devolvernos algo? ¡No, claro que no! ¡Estos sí que son unos cabrones!

—¡Ahí! ¡Cabdonesh! —consiguió gritar Lucía—. ¡Güevosh! She merecen un mon... un montonaaaasho... de güevosh...

—¡Tienes razón, Lucía! ¡Vamos! —gritó Bea, y se metió en un hipermercado de esos que abren las veinticuatro horas del día. Lucía la siguió.

Yo me quedé donde estaba, con cara de tonta. ¿Qué estaba pasando?

Un minuto después, las dos salieron del supermercado cargadas con tres docenas de huevos cada una.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté sin entender nada.

Bea abrió una caja y cogió un huevo.

—¡Cabrones! —gritó, y lanzó el huevo contra el ventanal del banco.

—¡Mamonesh! —gritó Lucía, y estrelló otro huevo contra la puerta del banco.

—Oye... —dije. Estaba alucinando—. ¿No os estáis pasando?

Pasaron de mí completamente y, al grito de ¡"Somos las nuevas Robin Hoods!", se liaron a cubrir el ventanal y la puerta del banco de huevos estrellados.

De repente, una extraña luz azul nos iluminó por detrás.

“¿Extraterrestres?”, pensé. Una sirena sonó brevemente.

—¡Es la policía! —grité horrorizada. Un poco más y vomito ahí mismo.

—¡Hostia hostia hostia! —gritó Bea.

—Hosh... tia... —farfulló Lucía.

Las dos dejaron caer las cajas de huevos ahí mismo y pusieron las manos detrás de la espalda y cara de no haber roto nunca un plato.

Uno de los polis ya se acercaba. El otro estaba acabando de descender del vehículo. Su perfil me sonaba... Se parecía mucho a...

¡ERA RAFA!

—Ay Dios, ay Dios...

Miré a mi alrededor. ¿Dónde podía esconderme?

Fue muy patético, lo sé, pero solo se me ocurrió esconderme detrás de Bea y Lucía.

—Señoritas, ¿se puede saber qué están haciendo? —dijo el primer policía.

—¿Nosotras? —dijo Bea—. Nada, solo pasábamos por aquí.

—Eso... Nadzzz... Naza —dijo Lucía.

Por encima del hombro de Bea, vi que el poli apoyaba las manos en las caderas y las repasaba de arriba abajo. Rafa ya casi lo había alcanzado.

—Entonces, ¿esos huevos que hay a sus pies no son suyos?

—¿Qué huevos? Oh, anda, caramba. No los había visto —dijo Bea con voz de falsa inocente. Desde luego, nunca se ganará la vida como actriz. Y menos borracha. Al parecer, el poli pensó lo mismo.

—A ver. Señoritas, por favor, enseñenme las manos. Y la que se esconde ahí detrás, salga —ordenó.

Yo no me moví. Bea y Lucía sí que enseñaron las manos.

—Qué raro, tienen huevos en las manos. ¿Tampoco son suyos? —dijo el poli sarcásticamente.

—Pues no, yo no sé cómo han llegado hasta aquí —dijo Bea.

—Ño, yo tam... poco —dijo Lucía. Otra que no iba para actriz.

El poli suspiró.

—La tercera. Salga de ahí —me dijo, empezando a impacientarse.

Yo obedecí, con la cabeza gacha e intentando cubrirme la cara con el cabello. Fue una mierda de intento, porque en seguida escuché:

—¿Montse?

Ya no podía seguir escondiéndome. Me aparté el cabello de la cara como si fuera una actriz de Hollywood y puse cara de sorpresa.

—Anda, Rafa. Hola, no te había reconocido —dije, intentando no parecer borracha.

Rafa no dijo nada más. Cruzó los brazos delante del pecho y se quedó mirándonos, tan serio. Y demonios, qué guapo. Definitivamente, mi vida era un desastre. Qué humillante.

—Señoritas, escúchenme bien —dijo su compañero—. Tienen dos opciones: o se ponen a limpiar esos cristales, o nos acompañan a comisaría.

Provocar a Bea siempre es muy mala idea. Estalló de golpe.

—¡No pienso hacer ni una cosa ni la otra, cabrón! Yo no veo a ningún banquero limpiando mi casa, ¡y bien que se han quedado con mi dinero! —gritó. Se acercó al coche de policía y le lanzó los dos huevos que tenía en las manos.

Lucía tuvo la genial idea de imitarla.

Y así fue cómo acabamos en comisaría.

*

Estaba en una sala de interrogatorio. Si no estuviera saliendo de la borrachera y empezando a sufrir una buena resaca, ya estaría al borde de un ataque de ansiedad.

El mismo Rafa me había llevado hasta allí. Después de ese “¿Montse?”, no me había vuelto a dirigir la palabra. Se había limitado a hacerme subir al coche de policía (yo no me había resistido como Bea y Lucía, que acabaron esposadas y en el suelo) y después me había ayudado a bajar. Me había guiado hasta esa sala solitaria y fría y me había traído un café. Y ahí me había dejado.

Empecé a tomar consciencia de mi situación.

¡La madre que me parió, estaba en una sala de interrogatorio en una comisaría de policía!

Joder, esto ya era lo último que me faltaba. Como teníamos tanta suerte, seguro que el banco nos denunciaría. Y, como no teníamos un duro y no nos podríamos pagar un abogado, acabaríamos en la cárcel.

Noté que el ataque de ansiedad empezaba a acercarse. Solo eran unos huevos, pensé. No podíamos ir a la cárcel por tirar unos huevos, ¿verdad? Aunque, tal y como estaba el país, ya no se podía descartar nada.

Me imaginé en la cárcel, con mi mono de presidiaria naranja. Otra reclusa me preguntaba: “¿Y tú por qué estás aquí?”.

“Unas colegas lanzaron huevos a una sucursal bancaria”.

Me eché a reír estúpidamente, aunque también noté que las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos.

La puerta se abrió de golpe. Me asusté tanto que grité, echándome para atrás con tanta fuerza que la silla y yo caímos al suelo. Ahí me quedé, tumbada en el suelo pero sentada en la silla, consciente de que estaba enseñando las bragas al que había entrado. El techo necesitaba una mano de pintura.

Rafa apareció en mi campo de visión. Me miró serio (¡y guapo!), como siempre, y como si yo no estuviera en el suelo enseñándole mis bragas moradas de Wonder Woman.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—No te voy a negar que he tenido días mejores. O madrugadas. ¿Qué hora es?

—¿Quieres que te ayude a levantarte o estás bien ahí?

Pensé la respuesta.

—No te creas, esto es bastante cómodo. Oye, deberíais darle una mano de pintura al techo.

Rafa observó el techo. Ni se molestó en responder. Volvió a observarme.

—Tenemos que hablar —dijo finalmente.

—Estoy en un buen lío, ¿verdad?

—¿A ti qué te parece?

Gemí patéticamente. Después intenté levantarme, pero no conseguí levantar ni la cabeza del suelo.

—Dios, creo que he envejecido sesenta años de golpe.

Rafa puso los ojos en blanco, se agachó y nos levantó a mí y a la silla como si no pesáramos nada. Solté un grito por la impresión. De repente, volví a encontrarme sentada, como si no me hubiera caído.

—Eh, gracias...

—De nada —dijo Rafa, sentándose delante mío. Se quedó observándome en silencio.

—¿Mis amigas están bien? —me atreví a preguntar.

—Las dos han vomitado y están durmiendo la mona.

Enterré la cabeza entre las manos.

—¿Y ahora qué va a pasar, Rafa? No tenemos pasta, no podemos pagarnos un abogado, y el de oficio seguro que será tan malo que será como no tener, y no quiero ir a la cárcel, ¿tú sabes lo lamentable que sería tener que contar que te han metido en la cárcel por tirar huevos? Tendría que inventarme algo, que he cometido un gran robo o... no sé, algo que infunda respeto, ¿no? ¿Qué historia crees que me ayudará más?

Él seguía observándome, impertérrito.

—No sobreviviré en la cárcel, ¿verdad? Tienes razón, no sobreviviré ahí dentro... —me di cuenta. Empecé a asustarme mucho—. ¿Po... ¿Crees que podríamos arreglarlo de alguna manera? No tengo dinero, pero seguro que... seguro que encuentro alguna manera de pagarte el favor, yo...

—No te tendré en cuenta lo que estás diciendo porque creo que todavía estás un poco borracha.

—Yo no me siento borracha.

—Di “Tres tristes tigres”.

—Tres triste... Tres triste... ¡Tres tristes trigres! ¡Ha, me ha salido bien!

—Lo has dicho mal.

—¿Lo he dicho mal?

—Aunque sigas un poco borracha, creo que estás suficientemente lúcida como para ser

consciente de la magnitud del lío en el que estás.

Me encogí en mi asiento.

—¿Podrías darme los detalles, por favor? Para tenerlo todo bien claro.

—Claro.

Clavé la mirada en la mesa y asentí, preparada para el golpe.

—Te fuiste sin despedirte. Ni siquiera me dejaste tu teléfono.

Seguí asintiendo unos instantes más, pero de repente empecé a negar. Miré a Rafa, desconcertada.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Tardé unos segundos en encontrar algo que decir, y tampoco es que fuera muy espectacular:

—Creía que... hablábamos de huevos. Y de la cárcel.

—Tus amigas tendrán que pagar una multa por ensuciar el coche y resistirse a la detención. Tú no.

—¿Y el banco?

—No hay ninguna cámara que grabe la zona de la calle desde la que se lanzaron los huevos. Y hace un rato nos hemos enterado de que han bajado varios vecinos de la zona y se han dedicado a lanzar pintura a los escaparates. Al parecer vuestro gesto los ha animado a... *expresar* también su opinión —explicó Rafa—. El director de la sucursal ya nos ha dicho que al banco le interesará más pagar la factura de la limpieza que dedicarse a denunciar a todos los implicados.

—¿Entonces no iremos a la cárcel? —pregunté, a punto de desmayarme del alivio.

—¿Por lanzar unos cuantos huevos? No.

—¿Entonces por qué me has dicho que estoy en buen lío?! —grité, indignada.

—Ya te lo he dicho. Te fuiste sin despedirte y no me dejaste tu teléfono para que pudiera llamarte.

—Eeeeeh...

Me costaba entender qué estaba pasando. ¿De verdad Rafa me estaba diciendo que le habría gustado volver a quedar conmigo?

—Lo siento...

¿Por qué querría volver a quedar conmigo? Yo no era un buen partido. Era un caos, mi vida era un desastre.

Él asintió con firmeza. —Disculpas aceptadas.

Nos quedamos en silencio. Yo no sabía dónde mirar. Me miré las manos apoyadas sobre la mesa llena de ralladas, miré el suelo, miré las paredes, miré el techo.

—Bueno... Entonces, yo me voy, ¿no? —me atreví a decir.

—Todavía no.

—Ah.

Me quedé donde estaba, fijándome de nuevo en mis manos. No me atrevía a mirar a Rafa, aunque notaba su intensa mirada encima.

—Me pareció que en el pub nos lo pasamos bien. Que conectábamos —dijo Rafa.

Yo asentí. Me habría gustado estar tan tranquila como él, pero estaba nerviosa. ¡Todavía no lograba entender qué demonios estaba pasando!

—Sí, sí, estoy de acuerdo.

—Y el sexo también estuvo bien.

Me sonrojé y algunas partes de mi cuerpo se estremecieron al recordar esa noche. Y a Rafa desnudo. Y lo que sabía hacer con la lengua. Y lo bien que movía las caderas... Miré al techo y me removí en la silla, acalorada. Carraspeé.

—Sí, también estoy de acuerdo —admití.

—¿Entonces por qué te fuiste así? Recuerdo que te pregunté si ya tenías pareja y me dijiste que no. ¿Me mentiste?

—¡Claro que no! —dije, indignadísima.

Al tomar consciencia de mi nivel de indignación, me di cuenta de que sí, todavía estaba un poco borracha.

—No te mentí, no estoy saliendo con nadie —dije, muy digna—. Pero debo señalar que hay una opción que no estás contemplando. Puede que no me interese ninguna relación estable, ¿no? Quizá solo me interesan rollos de una noche.

Él arqueó las cejas, pero no se alteró.

—¿Solo estás interesada en rollos de una noche? —preguntó.

—Pues no, la verdad es que no. Estoy abierta a lo que surja —admití con tanta dignidad como me fue posible.

—Entonces...

Me di cuenta de que esperaba que yo acabara la frase. También me di cuenta de que había perdido el hilo de la conversación. Me desesperé.

—Rafa, creo que no te has dado cuenta de que sigo un poco borracha...

—Sí que me he dado cuenta.

—¿Eso que se ha insinuado en tus labios es una sonrisa?

Se puso serio de golpe.

—No he sonreído.

—¿Te parece gracioso que esté aquí, borracha, detenida o yo que sé?

Rafa apretó los labios.

—Solo estoy intentando hablar contigo —dijo, saliéndose por la tangente.

Al decir eso, yo conseguí recordar qué iba a decirle. Hablé muy rápido, para asegurarme

de que no olvidaba nada.

—Estás intentando hablar conmigo, que estoy borracha, y no sé qué quieres de mí. Si te he entendido bien, te habría gustado que volviéramos a vernos, pero no entiendo por qué querrías volver a salir conmigo. Me estoy esforzando mucho por entenderlo, te lo prometo. Pero no soy un buen partido, así que no tiene sentido. Además, hay cosas que son demasiado buenas para ser ciertas.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los brazos encima de la mesa.

—Vamos por partes —dijo.

—¿Me estás interrogando? ¿Necesito un abogado?

Rafa entrecerró los ojos y me miró fijamente. La leche, cómo imponía cuando hacía eso.

—Perdona, ha sido una pregunta de borracha. Sigue, por favor.

—¿No es cosa mía decidir si me parece un buen partido o no? Además, ¿qué es un buen partido? ¿No te parece que es una valoración relativa y subjetiva?

Necesité varios segundos para procesar sus palabras. Y aún así, no pillé ni una coma.

—Disculpa, es como si hablaras chino —dije. Y me pareció oportuno añadir:— Hablo francés e inglés, y un poco de alemán, pero chino no.

Rafa suspiró. Empezaba a perder la paciencia, y no parecía que eso pasara a menudo.

—Perdón.

—Estoy intentando decirte que a mí me parece un buen partido, Montse. Vale, estás pasando por una mala racha profesional y económica, pero eso no te hace peor persona ni menos interesante —dijo—. Entiendo que te afecte, pero ojalá estas cosas no afectaran a tu autoestima.

—¿Te parezco interesante?

El muy cabrón no contestó, sino que cambió de tema.

—Por otro lado, has dicho algo más que me ha llamado la atención —dijo—. ¿Qué querías decir con “Hay cosas que son demasiado buenas para ser ciertas”?

Ya, eso. Me rasqué la cabeza, incómoda, aunque creo que se me fue la mano y me despeiné un poco. O bastante.

Rafa acababa de decirme que le parecía un buen partido e interesante, ¿cómo podía explicarle mis reparos sin ofenderlo?

De repente, la mesa llena de ralladas me pareció muy interesante. Rasqué una, levantando la pintura.

—Verás, es que... Tú a mí también me pareciste un buen partido, pero... eh... No me cuadraba que no tuvieses novia, así que... pues bueno, eso.

—¿Yo te interesaba pero desconfiaste porque no tenía novia?

—Mmm, sí, por ahí va la cosa.

—¿Entonces si hubiera tenido novia habrías confiado más en mí? ¿Prefieres salir con hombres que ya están comprometidos?

Me puse die pie de un salto.

—¡Yo no he dicho eso! —grité, ofendida—. Me voy.

—No hemos acabado.

—Mierda —dije, y me senté. De repente, volví a levantarme —. ¡Pues sí que me voy! No hay nada que me obligue a quedarme aquí, ¡así que adiós! ¿Lo ves? ¡Tengo una autoestima muy alta! ¡Y tres tristes trigres!

Me quedé ahí de pie, mirando a Rafa, muy digna yo.

Él sonrió.

—Cuando te emborrachas un poco estás muy graciosa.

Oh, qué patético, pero esa sonrisa y esas palabras me derritieron. Me dejé caer en la silla.

—¿De verdad te parezco interesante?

Él se inclinó un poco más por encima de la mesa para acercarse a mí.

—Creo que eres una cobarde —dijo. Lo dijo así, tal cual, como si me hubiera dicho “Tienes el cabello castaño”. Toma.

Abrí mucho la boca y volví a levantarme, indignada.

—Desconfiaste de mí porque no te atreves a arriesgarte. Eso es como no jugar a fútbol por miedo a ser malo, o por miedo a torcerse un tobillo.

Mierda. Tenía razón. Pero... Volví a sentarme.

—Ahora mismo mi vida es un desastre. No quiero que además me rompan el corazón — confesé.

—Ese riesgo siempre estará. Ahora y cuando las cosas te vayan mejor —dijo Rafa. Durante unos segundos, nos quedamos en silencio—. Solo te pido que nos des una oportunidad. A los dos, a ti y a mí.

Me quedé mirándolo. Demonios, dejando de lado lo guapo y sexy que era el tipo, me seguía pareciendo igual de mono e interesante que esa primera noche de larga conversación. Y sexo.

Suspiré.

Y recité mi número de teléfono.

Rafa sacó su móvil y se anotó el número en la agenda. Volvió a sonreír.

—Te llamaré —dijo.

Creo que me puse como un tomate bien maduro.

—Vale.

—Cuando hayas dormido la mona.

—Sí, por favor. ¿Puedo irme ya?

—Claro.

Los dos nos levantamos. Rafa fue a abrir la puerta, pero se detuvo con la mano apoyada en el pomo. Me miró.

—¿Sabes? Nunca me había costado tanto que una mujer me diera su número de teléfono

—dijo.

—Solo has necesitado un mes y medio.

—Eso, y fingir que te detenía.

Volví a abrir la boca con indignación.

—¿No estaba detenida?!

Él sonrió como un auténtico pillo.

—No. Ya sabíamos que tú no habías lanzado huevos al banco. ¿Y alguien te ha esposado? ¿Alguien te ha dicho que estuvieras detenida y te ha recordado tus derechos?

—¡Eso es abuso de poder!

Al menos no intentó negarlo. Asintió, muy serio.

—Pero por una buena causa. Ya sabes lo que dicen, el fin justifica los medios.

—Cuando no esté borracha te rebatiré esos argumentos.

—Me parece bien —dijo—. Tendrás que disculparme, pero voy a practicar un poco más de abuso de poder.

Me crucé de brazos y me puse muy tiesa.

—Pues no va a funcionar.

—Te dejo salir a cambio de un beso.

Oh, bueno, eso no sonaba tan mal.

Solo tardamos veinte minutos más en abandonar la sala de interrogatorio. P
SEP

EL MAGO Y LA CRIADA

Ocaña, 20 de noviembre de 1809

Édouard yacía en un catre situado en un extremo de la zona destinada a hospital de campaña. Era el área donde destinaban los casos con mínimas o nulas posibilidades de supervivencia.

El francés había perdido una mano y dos profundas heridas le surcaban el pecho y el abdomen. Sus labios, curvados en una tensa mueca de dolor, eran una buena muestra del suplicio por el que estaba pasando.

Marcus se arrodilló a su lado.

—Édouard.

El soldado abrió los ojos y gruñó a modo de saludo. No tenía fuerzas para más. Una lágrima resbaló por su mejilla. Sabía que se estaba muriendo.

Marcus estaba agotado tras la horrible batalla del día anterior y después de pasar horas buscando a Édouard, pero no podía permitir que el francés muriera. Tomó el brazo tullido entre sus manos y se concentró.

Como si detectara su cansancio, la magia que había en su interior se resistió a obedecerlo, pero Marcus la azuzó y no tardó en sentirla mansa y a su disposición. Tras unos instantes, Édouard suspiró con alivio. Después, Marcus colocó las manos encima de las heridas del pecho y el abdomen.

Unos minutos después, las profundas ojeras en el rostro de Marcus se habían acentuado y su piel había palidecido, pero Édouard parpadeó varias veces, sorprendido.

—Por todos los... —masculló, todavía débil—. ¿Eres un hechicero?

Marcus se obligó a sonreír. El francés soltó una carcajada seca.

—Maldito seas, Nicolas. Siempre he sabido que guardas secretos, pero esto...

Un sorprendido Édouard descubrió que tenía fuerzas para levantar la mano que todavía conservaba y apartar la tela que cubría sus heridas. Ahora apenas eran unos rasguños. El francés abrió los ojos como platos, incrédulo.

—¿Cómo...? ¿Quién demonios eres, Nicolas? Hay muy pocos hechiceros en el mundo capaces de curar heridas así, y nunca están en un campo de batalla.

Marcus sonrió, agotado.

—Solo soy un amigo.

El soldado lo observó unos instantes, hasta que no logró contener un sollozo.

—No voy a morir —murmuró, apenas logrando contener el llanto—. No... yo... no lo merezco, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? Eres un buen soldado luchando por su país y su emperador.

Édouard negó con la cabeza y frunció los labios en una mueca de lloroso desdén.

—Francia y Napoleón se pueden ir al infierno. Solo me alisté en el ejército para huir.

Marcus contuvo el impulso de apremiarlo a seguir hablando. Temía que, de hacerlo, provocaría su silencio.

Casi un minuto después, que pareció extenderse durante horas, su autocontrol se vio recompensado. Édouard necesitaba confesarse y, cuando estuvo preparado, continuó hablando. —Hace dos años yo... Vivía en Italia, ¿sabes? Hacía trabajos aquí y allá... Estaba harto de ser pobre, y solo quería un poco de dinero... Y parecía tan fácil... —Édouard calló otra vez, perdido en sus atormentados pensamientos—. En una de las villas cercanas había una familia de nobles ingleses veraneando y yo... Quería que fuera rápido, llevarme a la muchacha, pedir un rescate y soltarla, pero ella... Intentó escapar, ¿sabes? La muy necia intentó escapar por la ventana de un primer piso, cayó y se partió el cuello.

Édouard se secó las lágrimas que empañaban sus ojos, avergonzado.

—¿Y qué hiciste con la chica? —preguntó Marcus.

—Intenté darle una sepultura digna, ¿sabes? Busqué un sitio bonito en el jardín de la misma villa. Allí crecían unos naranjos que estaban en flor y... sí, el lugar era bonito.

El arrepentido Édouard buscó los ojos de su amigo Nicolas, el taciturno pero agradable soldado francés de padre inglés con el que, durante los últimos seis meses, habían compartido tantas aventuras y desventuras en esa maldita guerra en España. Édouard esperaba encontrar una mirada compasiva y palabras de consuelo y perdón, pero el rostro de su amigo se había ensombrecido. Sujetaba el borde del catre con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Édouard no sabía que su amigo estaba invocando la parte más oscura de su magia.

—Ahora, Édouard —dijo Marcus—, permanecerás tumbado, quieto y en silencio. Da igual lo que te asustes o lo que duela lo que pasará a continuación. No te moverás ni tus labios dejarán escapar un solo sonido.

Tal y como Marcus imaginaba que podía pasar, el poder de la sugestión enloqueció a Édouard al instante. Lo vio en su mirada, que pasó del desconcierto a la enajenación. Por eso motivo llevaba seis meses a su lado, mintiendo sobre quién era, fingiendo ser su amigo, esperando pacientemente una confesión. Porque, en general, cualquier persona toleraba que le aplicaran el poder de sugestión, pero algunas personas enloquecían.

—No esperes consuelo ni compasión de mí, Édouard.

Horas después, un médico encontró el cadáver de Édouard. Era el mismo médico que lo había atendido y dictaminado que debía ir a la zona de los moribundos. El hombre se extrañó, porque le parecía recordar que ese soldado tenía un par de heridas en el torso, mientras que ahora tenía muchos cortes profundos por todo el cuerpo. No parecían el tipo

de heridas que se podían sufrir en el campo de batalla. Más bien parecían heridas que buscaban causar dolor y sufrimiento...

El agotado doctor se encogió de hombros. Todavía tenía mucho trabajo por delante, y en la guerra a veces sucedían cosas muy extrañas. Él ya había visto de todo.

Nadie pudo encontrar al silencioso y sombrío amigo del soldado Édouard. Ni siquiera encontraron la documentación que acreditaba su ingreso en el ejército, por lo que tampoco pudieron acusarlo oficialmente de desertión. Todos se olvidaron de él.

2

Cuatro años después

El silencio reinaba en la casa desde hacía rato. Pamela, sentada en el borde de su cama, agudizó el oído. Silencio. La casa dormía.

Con mucha cautela, cogió el libro que descansaba encima del escritorio y abandonó su habitación. El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos. Recorrió el pasillo de las habitaciones de las sirvientas de Devon Park y descendió por las amplias escaleras de servicio.

Devon Park tenía varias cosas buenas, y una de ellas era el espacio. En todas las otras casas donde había servido, las escaleras de servicio nunca eran tan anchas y siempre había tenido que compartir habitación con otra criada. Cuando, dos meses atrás, había entrado a formar parte del servicio de la familia Roycester y le habían mostrado la habitación de la que dispondría para ella sola, y en la que también disponía de escritorio propio, no había conseguido contener una risa de incrédula sorpresa y emoción.

Su siguiente sorpresa no había tardado en llegar: al entrar en la biblioteca de Devon Park, se quedó boquiabierta. Había tantos libros... Y el gusto literario de la familia Roycester era exquisito. Pamela ardía de deseos de leer la gran mayoría de novelas que la biblioteca contenía.

Allí se dirigía Pamela, a la biblioteca, la fuente de los remordimientos que la carcomían desde hacía dos semanas.

Lo que estaba haciendo no estaba bien.

Durante su primer mes en Devon Park, Pamela se había contentado con admirar la colección de libros de la familia Roycester. Tobias era el encargado del mantenimiento y limpieza de esa estancia, pero Pamela aprovechaba cualquier pequeña oportunidad para entrar en la biblioteca. Amaba los libros. Y, ese era su gran secreto, amaba escribir. En su tiempo libre acudía a clases de caligrafía, ortografía y gramática con la señora Abadeen, y

también estaba escribiendo su primera novela.

Después de ese primer mes, las cosas cambiaron mucho. La temporada en Londres finalizó y Devon Park se llenó de miembros de la clase mágica. El señor Roycester, su madre y la friolera de diecisiete invitados llegaron con la intención de pasar un verano repleto de diversiones entretenidas y superficiales.

El señor Roycester... Cada vez que Pamela pensaba en él, no lograba contener una mueca de disgusto. En la Inglaterra del siglo XIX, a nadie se le ocurriría pensar mal de los nobles. Puesto que la magia corría por sus venas, había que considerarlos seres superiores. Sin embargo, Pamela sentía bastante desagrado por toda la clase mágica, y el señor Roycester la irritaba especialmente.

Si alguien descubriera lo que opinaba Pamela de esos supuestos seres superiores, perdería rápidamente su trabajo, y difícilmente encontraría otro. Por lo tanto, procuraba ser muy discreta.

Sin embargo, el señor Roycester la obligaba a esforzarse especialmente para conseguir mantener esa discreción. Todo en él daba fe de hasta qué punto consideraba que las familias mágicas ocupaban un lugar por encima del resto de simples mortales. La arrogancia de su porte, la seguridad y el desdén con los que observaba el mundo y se comunicaba... todo. Solo era unos pocos años mayor que ella, puesto que no debía de llegar a los treinta años, pero su altivez parecía más propia de alguien bastante mayor y amargado.

Claro que, teniendo en cuenta su título nobiliario, no cabía esperar otra cosa. Igual que su padre, el señor Roycester había sido bendecido con dos poderes. Por lo tanto, cuando ocupó el lugar de su difunto padre, fue nombrado Hechicero de Segundo Orden del Reino Mágico de Inglaterra. En todo el reino solo había tres Hechiceros de Segundo Orden. Y, por encima suyo, solo había una persona: el mismo rey, el único bendecido con tres o más poderes. Así pues, si por encima suyo solo quedaba el mismísimo rey, Pamela no debería dejarse sorprender por la prepotencia del señor Roycester. Desafortunadamente para ella, no lograba evitarlo.

Por otro lado, también estaba la manera como la observaba desde el día que se había instalado en Devon Park y Pamela había sido presentada ante el apuesto pero sombrío señor de la casa. El ceño fruncido, los ojos entrecerrados, los labios apretados en una ligera mueca de disgusto. Es más, siempre que notaba un pequeño y punzante golpe en la nuca, solo tenía que levantar los ojos y ahí estaban él y su... rechazo. Al parecer, el desagrado era mutuo. Solo que Pamela se veía obligada a disimularlo mejor.

Puede que fuera su aversión por los nobles y el señor Roycester lo que la empujó a tomar esa decisión de la que ahora se arrepentía.

Una vez que el señor de la casa, su madre y sus invitados estuvieron instalados en Devon Park, Pamela no tardó en darse cuenta de que nadie utilizaba la biblioteca. Era típico de los nobles: ignorar el tesoro que contenían esas cuatro paredes y preocuparse más por utilizar su magia para mejorar su peinado o cualquier otra tontería.

Fue entonces cuando Pamela tuvo esa idea. No, más bien, se le ocurrió una temeridad.

Pensó en ello durante varios días, normalmente con la intención de quitarse la idea de la cabeza, pero cuanto más reflexionaba, más se convencía de que la temeridad no era tal.

Si nadie utilizaba la biblioteca, nadie se percataría si, durante dos o tres días, se ausentaba un libro. Sobre todo si tomaba la precaución de recolocar los otros libros del estante para que el hueco no se notara. Dudaba que el pobre Tobias se percatara de ello. El muchacho era tímido e introvertido, y no parecía demasiado observador.

Aún así, era una temeridad, una auténtica locura.

Pero su pasión por los libros venció.

Durante las últimas dos semanas había leído tres libros, pero los remordimientos la carcomían. Por más que le desagradara la clase mágica, no era excusa para actuar como una ladrona. Esa noche devolvería el libro y no volvería a llevarse ninguno.

Entró en la biblioteca, que estaba tan oscura y silenciosa como el resto de la casa. El corazón le latía con fuerza. No temía encontrarse a nadie, pero, por su paz de espíritu, quería acabar con el asunto de una vez por todas.

Recordaba perfectamente el lugar que correspondía al libro. Apartó los libros a ambos lados para recuperar el espacio vacío que había disimulado y... encontró una nota. Extrajo el papel doblado por la mitad, sorprendida. Estaba bastante convencida de que, cuando se llevó el libro, allí no había ninguna nota.

Tuvo que acercarse a la ventana para leerla bajo la luz de la luna.

Si ha disfrutado de "Adelaide", le recomiendo la lectura de "Parcival Longburn"

Pamela miró a su alrededor, horrorizada. La habían descubierto.

Durante unos instantes, solo fue capaz de observar la biblioteca vacía mientras respiraba ruidosamente. En cualquier momento aparecería alguien y la acusaría de robar. Su respiración se volvió todavía más ruidosa.

Nadie entró por la puerta para acusarla. Seguía sola.

Un poco más tranquila, se detuvo a pensar en la naturaleza de la nota. ¿Por qué, si la habían descubierto, no la habían delatado al señor Roycester?

Pamela pensó en la única persona que podría haber descubierto la ausencia de los libros: Tobias.

Sorprendida, sintió admiración por el muchacho. Y agradecimiento. A pesar de haber descubierto que alguien leía los libros sin permiso, la encubría y, además, le recomendaba una nueva lectura. Pamela no pudo evitar sonreír, todavía maravillada por la acción de Tobias. Nunca lo habría dicho de él.

Sin embargo, no debería hacerlo. No debía, no.

Pamela se mordió el labio, indecisa. No, no debería.

Pero ahora ya sentía demasiada curiosidad por *Parcival Longburn*.

*

Marcus abrió la puerta de la biblioteca, entró en la estancia y cerró la puerta detrás suyo procurando no hacer ruido. Unos segundos después, en el pasillo se escucharon los pasos y el incesante parloteo de varios de sus invitados. Se alejaron y Marcus suspiró, agradecido por tener unos minutos de paz. Si hubiera tenido que soportar más digresiones sobre vestidos o sobre qué clubs para caballeros eran más masculinos, no habría conseguido contener su poder de sugestión para obligar a todos los presentes a permanecer en silencio durante el resto del verano. Desafortunadamente, existían fuertes motivos que desaconsejaban tal acción.

Normalmente, Marcus esperaba con ansias el fin de la Temporada en Londres para, así, poder regresar a Devon Park. La ciudad, las relaciones sociales, la superficialidad y la hipocresía generalizada de la clase noble, el ser tratado siempre con adoración sincera o fingida, lo agotaban y malhumoraban por igual. Y eso que ahora apenas acudía a ninguna de las numerosas fiestas a las que era invitado. El regreso a Devon Park siempre era como una bendición, donde la tranquilidad, el silencio y la tierra lo ayudaban a recuperarse.

No obstante, ese año, para su desgracia, su querida madre había decidido invitar a varias parejas amigas y sus respectivas hijas. Curiosamente, todas ellas en edad casadera, sin compromiso y bien aleccionadas para parecer la esposa perfecta de un Hechicero.

Nunca antes Marcus se había sentido un intruso en su propia casa, pero llevaba casi cuatro semanas escondiéndose continuamente. Ni siquiera le permitían trabajar en paz, por el amor de Dios. De cara al mundo, Marcus solo disponía de dos poderes, como los demás Hechiceros de Segundo Orden. En su caso eran la capacidad de manipular el agua y la capacidad de vincularse y comunicarse con la tierra y las plantas. Una de sus principales obligaciones era optimizar los cultivos de sus tierras para que no enfermaran y fueran más productivos, pero era francamente difícil comunicarse con las plantas si detrás suyo había varias cotorras que cacareaban maravilladas cada vez que lo veían pestañear, como si eso fuera parte de su trabajo.

Resopló, irritado. Estaba especialmente molesto con su madre por su intromisión.

Se esforzó por librarse del enojo y se acercó a la librería, buscando... Sí, *Parcival Longburn* había regresado. Arqueó las cejas, sorprendido. Al lado del libro sobresalía una nota. La cogió y la leyó con curiosidad.

La mano que había escrito esa nota era indudablemente femenina. En ella, a parte de agradecerle la recomendación, la autora añadía una breve pero interesante valoración sobre la doble moralidad de *Parcival Longburn*.

Frunció el ceño. El asunto de los libros lo tenía francamente desconcertado. Dos semanas atrás, en una de sus breves huidas a la biblioteca, se había percatado de la ausencia de *Las aventuras de Fitzgerald Black*. Le extrañó, pero como tenía otras cosas en mente, no le dio

importancia. No obstante, unos días después, *Las aventuras de Fitzgerald Black* volvían a estar en su lugar y en cambio había desaparecido *Una bello verano*. Después le tocó el turno a *Adelaide*.

Presuponía que el misterioso lector era uno de sus invitados, pero escapaba a su comprensión por qué no le había solicitado permiso para usar su biblioteca. Por otro lado, el honesto ladronzuelo tenía buen gusto literario.

Con *Adelaide*, Marcus ya no pudo contenerse más. Dejó la nota con la recomendación sobre *Parcival Longburn*, y libro y nota desaparecieron al cabo de dos días.

¿Qué libro habría elegido a continuación? Marcus solo necesitó echar un vistazo rápido para descubrir el libro ausente: *Las dudas de la señorita Primrose*. Interesante elección. Podría dejarle una nueva nota con otra recomendación. Además, tenía algo que añadir a esa valoración suya sobre la doble moralidad de *Parcival*.

Sin pensárselo, Marcus se acercó al escritorio que había junto a la ventana y del cajón extrajo papel, pluma y tinta. Escribió la breve nota y la colocó en el lugar que debería ocupar *Las dudas de la señorita Primrose*. Marcus sonrió. La descarada ladronzuela incluso había procurado redistribuir los libros para que las ausencias no se notaran.

¿Y cuál de sus invitadas podría ser la ladronzuela? No habría dicho de ninguna de ellas que fueran capaces de leer y comprender *Parcival Longburn*. ¿Y a qué venía este secretismo?

Marcus pensó que no le sería difícil descubrir in fraganti de quién se trataba, pero no le apetecía forzar la situación. Era demasiado intrigante. Sonrió otra vez. Hacía mucho tiempo que algo no llamaba así su atención y despertaba su interés.

La sonrisa se borró de su rostro. Hacía tanto tiempo como tiempo hacía que había perdido a Elizabeth.

El breve momento de buen humor se esfumó. Y, además, pensar en Elizabeth lo condujo a pensar en la muchacha. Otro asunto que lo alteraba y malhumoraba desde su regreso a Devon Park.

Marcus ya estaba acostumbrado a que, al regresar a casa después de la maldita Temporada en Londres, hubiera habido cambios en el servicio. Normalmente le presentaban las nuevas incorporaciones, él procuraba memorizar sus nombres y no les prestaba mucha más atención.

Sin embargo, esta vez la nueva incorporación era la muchacha. Alta, de rasgos marcados y elegantes. No era la primera vez que la belleza de una criada le llamaba la atención, pero Marcus siempre había tenido claro que la clase mágica y los demás ciudadanos no debían mezclarse. Él nunca iría detrás de una criada por más bonita que fuera.

Y no es que tuviera intenciones de ir tras esa muchacha, ni mucho menos, pero no podía quitársela de la cabeza. Porque sus grandes ojos, cada vez que lo miraban, transmitían... aversión. Lo disimulaba bien, pero había cosas que a él no se le escapaban. Y nadie nunca se había atrevido a mirarlo así.

Pero eso no era lo que más lo alteraba. Lo que conseguía alterar el ritmo de su corazón

cada vez que la veía era ese aura que desprendía. Era como la de Elizabeth. Intensa, apasionada, casi apabullante. Nunca había visto nada parecido en una persona sin magia. No creía que fuera posible, y menos en una simple sirvienta.

Sabía que la muchacha no era hechicera, no se trataba de eso. Pero, desde que Marcus empezó a detectar las auras de las personas, había observado que las de los hechiceros eran más poderosas que las de las personas corrientes. El aura de Elizabeth destacaba por encima de todas las demás, era deslumbrante. Pero Elizabeth era una hechicera, mientras que la muchacha no lo era.

Le habría gustado poder comentarlo con alguien para intentar comprenderlo, pero esa opción estaba fuera de su alcance. Se suponía que Marcus solo disponía de los dos poderes relacionados con el agua y la tierra, aunque la realidad era que tenía algunos más. Y, por su propio bien, esa realidad debía permanecer oculta.

Cuando solo era un niño, su madre descubrió su poder sanador y su poder de sugestión. En una charla muy larga y seria, se ocupó de dejarle bien claro que, si quería conservar la cabeza sobre los hombros, nadie debía descubrir que tenía más de dos poderes. Se suponía que los únicos hechiceros que tenían tres o más poderes pertenecían a la familia real, y Marcus podía estar bien seguro que por sus venas corría sangre real.

Ningún rey permitiría la existencia de un súbdito más aventajado que él.

Desde que tuvo lugar esa charla con su madre, Marcus había descubierto otros poderes. Ver auras, mejorar o empeorar el estado de ánimo de otra persona, transmitir calor de un cuerpo a otro. Excepto a Elizabeth, Marcus no había confiado la aparición de esos nuevos poderes a nadie más.

Con melancolía, pensó que Elizabeth lo habría ayudado a desentrañar el misterio sobre la criada. Elizabeth...

Unas voces cercanas interrumpieron sus pensamientos.

—¿Señor Roycester? —llamó la voz cantarina de la señorita Swan.

Marcus suspiró. Si no salía pronto, acabarían por buscarlo en la biblioteca y descubrirían su escondite. Después de echar un último vistazo a la nota que había dejado para la ladronzuela, abandonó la estancia y regresó a las fauces de sus superficiales invitados. De veras que no lograba imaginar cuál de ellos podría ser su misterioso ratón de biblioteca.

3

Pamela despertó al amanecer. La poca luz que entraba por su ventana anticipaba un día gris, densamente nublado, pero no le importó. Con delicadeza, deslizó la mano debajo de la almohada hasta que sus dedos acariciaron la carta que había encontrado esa misma madrugada. Sonrió y su corazón latió con fuerza.

Todavía no la había leído. No quería hacerlo en mitad de la noche, para no arriesgarse a que alguien preguntara qué hacía con la lámpara encendida en plena madrugada. Además, cada carta era especial, se habían convertido en auténticos tesoros para ella, y quería que el momento de su lectura también fuera especial.

Así pues, aprovecharía que ese día libraba para buscar un lugar acogedor donde leer la apreciada misiva, antes de acudir a la lección de la señora Abadeen. La tarde la dedicaría a escribir su novela.

Pamela sonrió con cierta vergüenza. Todavía no podía creerse lo que había sucedido a lo largo de los últimos tres meses. Esas breves notas con recomendaciones de lectura no tardaron en convertirse en breves cartas, y estas breves cartas no tardaron en convertirse en largas cartas. Desde hacía unas semanas, Pamela y su interlocutor misterioso intercambiaban correspondencia con mucha frecuencia.

Impaciente por leer la última misiva, Pamela abandonó la comodidad de las sábanas y se aseó y vistió con rapidez. Descendió sigilosamente por las escaleras de servicio hacia la cocina, donde se escuchaban los sonidos de la señora Anderson y sus ayudantes afanándose en preparar el desayuno para la familia Roycester y sus invitados. En el aire flotaba el tentador aroma de los sabrosos bollos de la señora Anderson. Pamela albergaba la esperanza de ser obsequiada con uno antes de partir hacia su paseo matutino.

Cuando entró en la estancia, Pamela estuvo a punto de chocar con una figura alta, de hombros anchos y cabellos oscuros, negros como la noche. El hombre notó su presencia y se giró.

El señor Roycester.

Pamela retrocedió rápidamente y lo saludó con una pequeña reverencia.

—Disculpe, señor, no le había visto —dijo.

El señor Roycester no contestó. Solo la observó con sus ojos marinos enmarcados por su hermoso y arrogante rostro, bronceado por las largas horas que pasaba bajo el sol mejorando los cultivos de Devon Park. Gracias a él, la familia Roycester disponía de una de las haciendas más productivas, y ricas, del país.

Como si Pamela fuera una simple hormiga que se había cruzado en su camino, el señor Roycester volvió a darle la espalda sin molestarse en dirigirle la palabra. En cambio, dirigió su voz grave a la señora Anderson:

—Señora Anderson, quizá esta noche necesite que me prepare una cena especial.

—¿Para cuántas personas, señor? —inquirió la señora Anderson, alarmada.

El señor Roycester dudó.

—Sería solo para dos personas. Pero todavía no la he... confirmado —dijo—. Procuraré avisarla con tiempo.

—Si es para dos personas, no será ningún problema, señor — dijo la señora Anderson, claramente aliviada.

El Hechicero de Segundo Orden asintió y abandonó la cocina. Dirigió una mirada rápida a

Pamela cuando pasó por su lado y desapareció como una exhalación.

—¿Para qué necesitará una cena para dos personas con la casa llena de invitados? —preguntó Sally, una de las ayudantes de la cocina.

—Espero que el motivo sea el que todos pensamos. El pobre muchacho se lo merece, después todo lo sucedido... —dijo la señora Anderson con un suspiro—. No ha vuelto a ser el mismo. Parece un alma en pena.

Pamela no habría definido al señor Roycester como un alma en pena, pero no lo había conocido antes de *aquello*. Era un tema prohibido en la casa, por lo que ella solo había escuchado cuchicheos y retazos de la supuesta historia. Algo sobre una muchacha desaparecida, así como la desaparición del mismo señor Roycester durante dos o tres años.

—Es cierto que últimamente parece un poco más... relajado —intervino Sally. Pamela había estado tan absorta en sus propios pensamientos y felicidad que no sabría decir si el señor Roycester estaba distinto o no. Después, Sally añadió con un brillo travieso en los ojos —: Aunque ahora parecía un poco nervioso, ¿verdad?

—Yo sí que me estoy poniendo nerviosa al verte amasar el pan. Parece que estás limpiando una sábana sucia. ¿Quieres dejarlo más duro que la suela de un zapato, niña? —bramó la señora Anderson.

A pesar de que este tipo de comentarios abundaban en la cocina de la señora Anderson, la cocinera era una mujer de gran corazón que trataba con cariño a todas las jóvenes sirvientas de la casa. De hecho, obsequió a Pamela con un bollo para desayunar, al que la cocinera añadió un segundo bollo “para ver si conseguía engordar esos brazos tan finos, que parecen ramas a punto de romperse, niña”. También cuestionó su cordura por pretender salir a pasear en un día como ese.

Pamela se limitó a sonreír y salió al exterior, impaciente por encontrar un rincón en el que leer su carta. No le importaba el mal tiempo, podía soportar un poco de lluvia.

Abandonó los jardines de Devon Park, todavía solitarios a esas horas de la mañana. Se adentró por las praderas que rodeaban la finca y ascendió por la Colina del Pastor. Se sentó en las piedras que coronaban la cima, desde donde se podían contemplar las apacibles vistas de Devon Park y todas las tierras a su alrededor. No podía negarse que el señor Roycester tenía talento para la tierra. El lugar era hermoso.

Pamela extrajo la carta del bolsillo y se la colocó encima de las rodillas. La acarició para eliminar cualquier pequeña arruga. Con cuidado, procurando que la expectación no se transformara en impaciencia, desplegó la carta y procedió a leerla.

La lectura no la decepcionó. Nunca lo hacía. El autor de las cartas era reflexivo, tenía un delicioso sentido del humor y una capacidad maravillosa para analizar la psique humana y el mundo que los rodeaba. Sus palabras siempre llegaban hasta lo más profundo de su corazón.

Pamela no sabía por qué seguía refiriéndose a él como “el autor” o “su misterioso interlocutor”. Hacía semanas que había confirmado que se trataba de Tobias. A parte de ser

la única persona de la casa que pasaba tiempo en la biblioteca, en una de sus misivas había hablado de la dureza de la guerra con unas palabras que evidenciaban que había pasado por ello, y Pamela sabía que Tobias había estado en el ejército. En otra misiva habló de la muerte de su padre, y Pamela también sabía que el padre de Tobias había muerto unos cinco años atrás.

Realmente Tobias era un claro ejemplo de que las apariencias pueden engañar, y mucho, porque incluso ahora Pamela seguía sorprendiéndose de que, detrás de la timidez e incluso apatía, se escondiera un ser especialmente sensible, profundo e intenso.

Pamela imaginaba que él también sabía quién era ella. Sin embargo, en el día a día, Tobias no había dado muestras de saberlo. Ni siquiera había correspondido ni una de las amables sonrisas de Pamela. ¿Era por timidez o porque todavía no estaba preparado para dar el paso?

Pamela suspiró. Sabía de dónde procedía su impaciencia.

Se estaba enamorando.

Si es que su corazón no estaba ya del todo comprometido.

No se atrevía a hacerse ilusiones, pero tenía la sensación de que él empezaba a corresponderla. En sus cartas, alababa su sentido del humor, alababa su capacidad de reflexión, alababa el fragmento de su novela que le había permitido que leyera. La llamaba afectuosamente “su ratón de biblioteca”.

Volvió a suspirar. No sabía dónde conduciría todo esto, pero esperaba que la marea los llevara a buen puerto.

Se levantó y emprendió el descenso en dirección al pueblo.

No quería llegar tarde a la clase de la señora Abadeen.

A medio camino la sorprendió una lluvia torrencial.

*

Marcus paseó entre el trigo, extendiendo las manos hacia abajo para sentir su suave caricia en las manos. Escuchó. El cereal estaba listo, esperando la lluvia que se acercaba.

Le gustaba sentir esa conexión con la tierra. Lo llenaba de energía y, a la vez, lo tranquilizaba. Los frutos de la tierra no entendían de prisas. El suyo era un murmullo constante pero sereno, grave, único.

Se había levantado temprano para poner sobre aviso a la señora Anderson y porque necesitaba estar solo un rato. Necesitaba la tranquilidad.

Desgraciadamente, ese día ni su especial conexión con la tierra logró apaciguar sus ánimos encendidos.

¿Cómo podía una persona cambiar tanto en tan solo tres meses? No se reconocía a sí mismo. Tres meses atrás, era una sombra de lo que había sido, y ya le estaba bien así. Ahora

se daba cuenta de que hacía mucho tiempo que no le importaba si vivía o moría. Y ahora quería vivir. Quería disfrutar de la vida. Pero con ello llegaba la culpa por sus actos, así como un desasosiego que no lograba controlar.

Era todo gracias a (o por culpa de) las cartas, a su ratón de biblioteca. Las primeras notas se habían convertido rápidamente en largas y frecuentes cartas, en las que Marcus no tardó en reconocer a un igual. Ella observaba y analizaba el mundo a su alrededor con el mismo interés y perplejidad que él, con una profundidad poco habitual entre los nobles magos. Era aguda, irónica, y conseguía reírse de él de forma muy respetuosa. Y además, por lo que le había permitido leer, podría llegar a ser una escritora de gran talento.

Anteriormente solo había compartido algo así con Elizabeth.

Durante varias semanas no logró adivinar la identidad de su ratón de biblioteca. Ninguna de sus invitadas encajaba en el perfil que dibujaban las cartas. Y, cuando al fin descubrió de quién se trataba, su sorpresa fue mayúscula.

La señorita Swan.

Por casualidad, la escuchó confesar a sus amigas que sentía especial debilidad por los tomates asados, tal y como le había explicado en una carta. Y entonces Marcus también recordó que su padre había fallecido menos de un año atrás, tal y como había mencionado en otra de sus cartas.

Si tres meses antes le hubieran pedido que describiera a la señorita Swan, nunca habría utilizado las palabras “reflexiva” o “aguda”. A sus ojos, la señorita Swan era una joven malcriada que se preocupaba por la calidad de su peinado y poco más.

Cuando descubrió la verdad, Marcus empezó a mirar el mundo con otros ojos. Al principio, no comprendía qué empujaba a la señorita Swan a esconder su verdadero carácter y su talento literario. Su madre no lo hacía. Elizabeth tampoco.

Se dio cuenta entonces de que esas últimas afirmaciones no eran ciertas. Su madre era bastante más inteligente o poderosa que muchos hechiceros que Marcus conocía. Hombres a los que no les habría gustado descubrir que eran claramente inferiores que ella. La situación de Elizabeth había sido parecida.

Incluso él escondía al mundo una parte muy importante de sí mismo porque no era lo que se esperaba de él.

Marcus apretó los puños con fuerza. La señorita Swan y su madre abandonarían Devon Park en unos días. El señor Swan solo había sido un Hechicero de Quinto Orden, pero su familia era antigua, por sus venas corría buena magia. Unir la familia Swan con la Roycester las beneficiaría a ambas.

Su parte racional le afirmaba que sería absurdo no pedir en matrimonio a la señorita Swan. Por ahora el trato con ella no había sido especialmente interesante, pero en el momento en el que confiara en él y pudiera retirar esa máscara social, mostrarse ante él como realmente era, todo cambiaría.

Sin embargo, cada vez que pensaba en ello lo asaltaba ese desasosiego que apenas le

permitía respirar. Y, encima, la muchacha venía a su cabeza. Sus ojos, su aura tan intensa.

“Es absurdo”, pensó con un resoplido de frustración.

Marcus se concentró en el suave murmullo del trigo, intentando serenarse. Durante varios minutos, siguió moviéndose con lentitud mientras no pensaba en nada más.

Solo el trigo y su serenidad.

Y consiguió darse cuenta de cuál era el problema.

Tenía miedo.

Miedo de no merecerse al precioso ser que había descubierto en sus cartas. Porque las manos de Marcus estaban manchadas de sangre. ¿Qué derecho tenía ahora de vivir su vida como si no hubiera pasado nada?

Y por eso cada vez que pensaba en comprometerse con la señorita Swan se sentía mal y pensaba en la muchacha. Solo eran las tácticas de su inconsciente para hacerlo dudar. La muchacha era una simple tentación, solo eso. Y él era perfectamente capaz de resistirse a cualquier tentación.

Estaba decidido. Esa misma mañana pediría en matrimonio a la señorita Swan.

Como si el cielo lo hubiera escuchado y pronunciara su aprobación, un trueno perezoso se arrastró por las nubes. Las primeras gotas de lluvia le golpearon la frente, las manos. Marcus alzó el rostro hacia las nubes para recibir las pequeñas y frías gotas. Pero éstas, poco deseosas de mantenerse en la tranquilidad, no tardaron en empezar a caer con rabiosa fuerza. Marcus rio. Tendría que buscar un refugio cercano desde el que observar la tormenta.

4

Marcus estaba apoyado contra el marco de la puerta del granero, disfrutando del espectáculo que le ofrecía la tormenta, cuando la presintió.

La muchacha.

Estaba cerca. Forzó la vista, intentando divisarla tras la cortina de agua, pero no vio a nadie.

La puerta trasera del granero se abrió y una figura alta, esbelta, de cabellos oscuros, entró precipitadamente. Se quedó junto a la puerta, recuperando el aliento, y mientras intentaba secarse el rostro con manos empapadas, se rio. Fue una risa breve pero relajada, como si le hubiera gustado mojarse bajo la lluvia o acabara de vivir una aventura.

Marcus habría sonreído si no se hubiera tratado de ella. ¿Por qué la había presintido? Únicamente solía presentir a sus familiares y amigos más queridos, ¿por qué ella también? ¿Tanto se había obsesionado con ella?

Ella caminó hacia él, observándose la ropa empapada. Todavía no lo había descubierto. De hecho, no levantó la vista hasta que estuvo a pocos pasos de él.

—¡Oh! —exclamó.

Se detuvo bruscamente, sobresaltada, y abrió mucho los ojos. Sus mejillas de piel pálida se sonrojaron ligeramente. Marcus incluso percibió como su aura se oscurecía un poco. Al parecer, no estaba especialmente contenta de encontrárselo allí.

Intentó ignorar el pinchazo con el que su amor propio se quejó. No estaba acostumbrado a algo así. Era un Hechicero de Segundo Orden, ¿por qué alguien inferior debería sentirse disgustado por su presencia? Que se asustara o se sintiera abrumada lo comprendería, pero rechazarlo así... Y tratándose de una de sus criadas, además.

—Disculpe, señor Roycester. No sabía que estaba aquí —dijo ella, dedicándole una rápida reverencia.

Él se limitó a asentir.

Sus ojos observaron la lluvia a través de la puerta abierta, como si se estuviera planteando huir. Un rayo, seguido de un potente trueno, zanjó cualquier duda. La muchacha hundió un poco los hombros en señal de derrota.

—Parece que la tormenta nos ha sorprendido a los dos —dijo Marcus con cortesía, fingiendo que no era consciente del rechazo que provocaba en la chica. Al fin y al cabo, ella procuraba esconderlo y ante él siempre era educada. Además, quizá así ella se daría cuenta de que no tenía motivos para sentir aversión. No es que le importara realmente lo que ella pensara o dejara de pensar, pero... En fin, eso.

Ella asintió y se dirigió al otro extremo de la amplia puerta del granero. Se observó el cuerpo, lo miró de reojo y se abrazó a sí misma, encogiéndose un poco. Al parecer, estaba preocupada por si el exceso de humedad provocaba que sus ropas se ajustaran demasiado a su cuerpo.

Sí que lo hacían, pero no sería Marcus quién se quejara. Era hermosa, eso ya lo sabía desde el primer día. La piel blanca, los ojos grandes, los labios llenos y anchos... Y acababa de descubrir que su cuerpo era más voluptuoso de lo que se había imaginado.

Marcus carraspeó, intentando interrumpir la trayectoria de sus pensamientos. Debía dedicar ese tipo de pensamientos a la señorita Swan, no a otra mujer.

Ahora que estaban solos, apenas a dos metros el uno del otro, sentía el aura de la muchacha con más fuerza que nunca. Parecía que lo llamara. Tenía la sensación de que, hasta que no respondiera a esa llamada, no descansaría en paz.

Era extraño y completamente absurdo. Se trataba de una simple criada, por el amor de Dios.

Una sospecha empezó a tomar forma en su cabeza. ¿Y si no fuera una simple criada? ¿Y si...

Aunque las normas y el sentido común dictaban que los nobles no debían relacionarse de manera íntima con la gente no mágica, la realidad era que muchos hechiceros lo hacían. Sin

embargo, todos ellos se preocupaban de utilizar filtros protectores para evitar engendrar niños mestizos. Quizá la muchacha...

—¿Estás a gusto trabajando en Devon Park, Pamela?

Ella dio un respingo, probablemente sorprendida porque recordaba su nombre. Marcus se sabía el nombre de todas y cada una de las personas a su servicio.

—Sí, señor —respondió ella.

No pretendió adornarlo con un “Es un honor trabajar con usted y su familia” o una frase parecida. Muchos se habrían ofendido ante tal parquedad de palabras, pero a Marcus le gustó la directa sinceridad. Sí, estaba a gusto, no había más que decir.

—Si no recuerdo mal, solicitaste el empleo después del fallecimiento de tu padre.

Un leve asentimiento.

—Sí, necesitaba alejarme de mi ciudad. Demasiados recuerdos —dijo ella, de nuevo directa y sincera.

—¿Y cuál era el oficio de tu padre, si no te importa que lo pregunte?

—Era carpintero, señor.

Marcus asintió.

—Un noble oficio —dijo—. ¿Su padre antes que él también lo había ejercido?

—Sí, el oficio ha estado en las familia durante varias generaciones. Mi tío también es carpintero —explicó ella.

—Imagino que, por motivos profesionales, se habrán relacionado con bastantes familias nobles.

Antes de que ella lo mirara, extrañada por su pregunta, Marcus ya se estaba maldiciendo por su torpeza.

—Mi padre trabajaba principalmente para pequeñas familias burguesas —explicó.

—¿Y por parte de la familia de su madre tampoco...

Marcus se interrumpió cuando ella entrecerró los ojos. Después frunció el ceño, claramente desconcertada por sus preguntas.

—Si está preguntándome si mi familia ha mantenido algún tipo de contacto continuado con familias nobles, señor, la respuesta es que no. Mi padre no lo tuvo ni lo tiene ahora mi tío. Mi madre tampoco se relacionó nunca con ningún... —explicó ella. De repente, se detuvo, como si se hubiera percatado de algo—. Disculpe, ¿está preguntándome si en mi familia ha habido algún hechicero?

Sus mejillas se habían vuelto a teñir de un delicado rubor y no logró esconder la indignación. Si por su sangre corría sangre mágica, solo podía deberse por un motivo: infidelidad.

A Marcus lo sorprendió y admiró por igual la agudeza de la muchacha. Al verse descubierto, no pudo menos que sonreír como un niño atrapado en falta.

—Discúlpame, Pamela. No era mi intención ofenderte —dijo. Los ojos de la muchacha se

desviaron hacia sus labios. Después, apartó la mirada bruscamente y volvió a concentrarse en la lluvia.

Durante varios minutos, ambos se perdieron en sus pensamientos. Marcus se había convencido de que la muchacha no era una mestiza. Es decir, seguía sin poder explicar el origen de su deslumbrante aura. Aunque llevaba casi cuatro meses dándole vueltas al asunto, seguía sin llegar a ninguna conclusión. En ese sentido, la magia a veces podía ser frustrante. Todavía albergaba muchos misterios.

Un movimiento de ella lo sacó de su ensimismamiento. La descubrió abrazándose con fuerza y temblando como una hoja.

—Estás tiritando —observó Marcus.

Era evidente que el frío le había calado hasta los huesos. No había pensado en ello. Nada más entrar en el granero, él se había aplicado un hechizo para retirar el exceso de humedad. Tendría que haberle hecho lo mismo a ella.

—Estoy bien —dijo ella. Resultó muy poco convincente porque los dientes le castañeteaban.

Marcus se acercó a la muchacha, que retrocedió al instante. No percibió miedo en ella, sino desconfianza.

—Permíteme ayudarte.

—Es muy amable, señor, pero no hace falta. Creo que la lluvia amainará pronto.

Marcus echó un vistazo al cielo.

—Lamento decirte que no tienes futuro en las lecturas del cielo, porque diría que esta lluvia nos hará compañía al menos durante otra hora —dijo Marcus. Se acercó a ella, que retrocedió hasta que la arrinconó contra la pared—. Pamela, ni siquiera te tocaré. Solo voy a secarte. Si no lo hago, enfermarás.

Ella se quedó inmóvil, como un ratoncito asustado, con la mirada clavada en su pecho. Marcus ignoró el extraño e inoportuno impulso de tomarla entre sus brazos para consolarla y darle calor, pero se permitió observar sus labios carnosos. Normalmente destacaban con un color rosado suave, pero ahora empezaban a estar azulados. No perdió el tiempo. Extendió las manos y las colocó al lado de los hombros de la muchacha, sin llegar a tocarla. Se concentró, obligando a su poder a obedecerlo, y murmuró las palabras.

Unos segundos después, las ropas y el cuerpo de la muchacha desprendieron una cantidad considerable de un vapor blanco que primero la envolvió y después huyó hacia el techo. Marcus no solo eliminó el exceso de agua de su cuerpo, sino que aprovechó para transmitirle un poco de calor. Notó que su cuerpo se enfriaba, pero no se preocupó. En unos instantes se habría recuperado.

No estaba seguro dentro de qué categoría de sus poderes entraba esta última capacidad. La había descubierto durante los dos años que pasó buscando a Elizabeth, y gracias a ella había salvado la vida en más de una ocasión. También a algunos soldados durante los meses que se infiltró en el ejército francés.

Apartó las imágenes que acudieron atropelladamente a su cabeza. El suelo explotando, la hierba antes verde cubierta de barro y sangre, Édouard enloquecido y gritando de dolor, una tumba abierta...

Descubrió que la muchacha lo estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Ha sido muy extraño —susurró—. Pero gracias, señor.

Marcus tomó brusca consciencia de lo cerca que estaba de ella y del ambiente íntimo que parecía haberse creado entre ellos. Asintió y retrocedió un par de pasos.

Ella pareció recordar algo e introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta. Extrajo una carta.

Marcus la reconoció de inmediato.

Recortó la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos y agarró a la muchacha por la muñeca. Fue brusco.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó furioso—. ¿Cómo te has atrevido a robarla?

Ella retorció el brazo, intentando liberarse sin éxito.

—¡Yo no he robado nada! —exclamó con indignación.

Tiró de su brazo con fuerza y, ahora sí, logró zafarse. Se alejó rápidamente de él.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó él, todavía suspicaz.

—¡Esta carta es mía!

Marcus se dio cuenta de que la muchacha no mentía, y la verdad cayó sobre él como una losa. Se quedó inmóvil y miró la carta durante unos eternos segundos en los que su corazón se negó a latir. Miró a la muchacha.

Debería haberse callado, debería haber fingido una confusión y disculparse por las acusaciones y la agresión, pero su estúpida boca fue más veloz.

—¿Tú eres mi ratón de biblioteca?

El rostro de la muchacha perdió la indignación y el color. La súbita palidez fue acompañada por una expresión de auténtico horror.

Se miraron el uno al otro, incapaces de desviar los ojos, incapaces de pronunciar palabra.

—Debo irme —dijo ella con brusquedad, emprendiendo el camino hacia la puerta.

Marcus tardó unos instantes en reaccionar.

—Espera, es peligroso.

Si lo escuchó, ella decidió ignorar sus palabras. Sin dudar, se adentró en la cortina de densa y furiosa lluvia.

*

Quedó empapada al instante. La lluvia torrencial la golpeaba con rabia y apenas le permitía ver más allá de sus pies, pero no le importó. Necesitaba alejarse de ese lugar, necesitaba alejarse *de él*.

No podía ser cierto, no podía haber estado carteándose con él, con... ¡con un noble!
—¡Pamela!

El grito apenas se escuchó por encima del ruido del agua. Pamela aceleró el paso.

Súbitamente, una luz brillante lo inundó todo y la cegó. Cerca suyo, le pareció que algo explotaba. Asustada y desconcertada, tardó demasiado en distinguir la silueta de un árbol que se le echaba encima.

—¡Cuidado!

Otra figura se abalanzó sobre ella y la apartó de la trayectoria del árbol. Lo logró, pero una rama especialmente puntiaguda le arañó el brazo con inquina, como si se vengara por haber logrado apartarse en el último momento. Pamela gritó de dolor.

Se quedó tendida en el suelo, recostada contra un cuerpo cálido. El señor Roycester. Pamela quiso apartarse, pero ni los brazos ni las piernas le respondían. La piel le palpitaba y ardía allí donde la rama la había herido.

Apenas notó que el señor Roycester se movía. De repente, estaba arrodillado delante suyo y la estaba alzando en brazos. “¡No! Puedo caminar”, pensó humillada y mortificada, pero no consiguió pronunciar palabra.

Entrar de nuevo en el granero, al resguardo de la agresiva lluvia, fue un alivio. El señor Roycester la depositó con cuidado en un rincón cubierto de paja y se arrodilló a su lado. Estaba pálido y temblaba ligeramente. De hecho, apoyó las manos en los muslos e inclinó la cabeza en un gesto de aparente cansancio, como si necesitara recuperar fuerzas.

El recuerdo de una carta acudió a su cabeza. Él tenía pesadillas. De la época que estuvo en la guerra. Pero... eso era imposible. Ningún Hechicero de Segundo Orden se alistaría en el ejército. A no ser que durante ese tiempo que estuvo desaparecido...

Fuese como fuese, Pamela dedujo que el rayo, porque ahora sabía que se había tratado de un rayo, y la explosión al alcanzar el árbol, debían de haber recordado al señor Roycester el campo de batalla.

—Lo siento... —consiguió susurrar, sintiéndose mal por haber abandonado el granero de esa manera.

Él respiró hondo y negó con la cabeza, como quitándole importancia.

—Déjame ver el brazo —dijo.

Sin esperar su permiso, cogió el brazo herido con delicadeza, pero también con firmeza. Pamela lo vio por primera vez. La chaqueta y la manga de su vestido estaban desgarrados. En la parte superior del brazo había un corte largo y profundo. Aspiró con fuerza al verlo, impresionada y asustada.

—Estás sangrando mucho —dijo el señor Roycester con el ceño fruncido. Apartó la manga desgarrada y volvió a observar la herida—. Puede que esto escueza un poco.

Mientras con una mano le sujetaba el brazo, colocó la otra encima de la herida, muy cerca, pero sin llegar a tocarla. Pamela primero sintió que la zona herida se le calentaba. Y después escoció. Mucho. Se tensó y se mordió el labio para no quejarse, porque notaba que

estaba sanando.

Lentamente, el calor y el escozor fueron desapareciendo. De repente, sintió una extraña sensación ya conocida: el agua que la cubría se separó de su piel, cabello y ropa y se transformó en un vapor que la rodeó, para después desaparecer. Estaba seca, en su brazo no había rastro de ninguna herida y se encontraba... bien. Extrañamente bien, ligera, positiva.

Tampoco había restos de agua en el señor Roycester, pero él parecía agotado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Pamela.

Él se sentó encima de una bala de paja con gestos cansados.

Asintió.

—Gracias —dijo Pamela.

Le estaba verdaderamente agradecida, pero había algo... En ese momento supo señalar qué la tenía tan extrañada.

—Creía que sus poderes estaban relacionados con la tierra y el agua —dijo.

Él la miró fijamente, pero con una leve sonrisa en los labios.

—Así es.

Pero la había sanado. Y, ahora que pensaba en ello, el señor Roycester también le había transmitido calor y mejorado el estado de ánimo. No eran poderes relacionados con la tierra y el agua. Eso quería decir que el señor Roycester tenía más de dos poderes, pero, supuestamente, el único mago en posesión de más de dos poderes era...

—Espero que sepas guardarme el secreto —dijo él, todavía dedicándole la pequeña sonrisa.

Pamela estaba tan sorprendida que tardó unos instantes en asentir. Era algo inaudito. Se suponía que los nobles, y la familia real, tenían muy estudiados los diferentes tipos de hechiceros. Según decían la magia en sí todavía contenía muchos misterios para ellos, pero lo que podía y no podía hacer cada hechicero sí que lo tenían claro. O eso decían. Y todo el mundo sabía que no podía haber otro Hechicero de Primer Orden a parte del Rey.

Al tomar consciencia del riesgo al que se exponía el señor Roycester sanándola, el asombro de Pamela aumentó hasta límites insospechados. Al rey no le gustaría descubrir que había un hechicero tan o más poderoso que él. Es más, Pamela no dudaba que el rey no permitiría que hubiese alguien más poderoso que él.

Nunca habría dicho que el señor Roycester se arriesgaría así por una simple criada. La gratitud que sintió hacia él la cogió desprevenida y le recordó las cartas. Ese extraño bienestar que había inundado su cuerpo la abandonó de forma inmediata. Las manos le temblaron. Se puso en pie y realizó una pequeña reverencia.

—De veras le agradezco lo que ha hecho por mí, señor Roycester —consiguió pronunciar con la mirada clavada en sus zapatos.

No esperó una respuesta y caminó hacia la puerta, frotándose las manos en un vano

intento por tranquilizarlas. Volvió a quedarse en el quicio, abrazándose a sí misma, la mirada perdida en la lluvia.

Nunca había intercambiado cartas con Tobias. Siempre había sido con él, con su amo, con un noble, un hechicero. Incluso ahora le costaba creer que, detrás de esas hermosas y profundas cartas, estuviera el mismísimo señor Roycester. Nunca lo habría dicho, esa no era la imagen que tenía de él.

Pero eso ahora no era relevante.

En realidad, lo sucedido era una tragedia. Pamela se había empezado a enamorar de la persona que había detrás de las cartas... Ella creía que se trataba de Tobias, pero si hubiera creído que era otro sirviente de la casa, los sentimientos de Pamela habrían sido los mismos. Porque no la habían enamorado una apariencia, el trato agradable o una voz. Habían sido las palabras. De él...

Las mejillas le ardieron. Las lágrimas le inundaron los ojos, se escaparon y resbalaron hacia el suelo. Casi le pareció escuchar el ruido que hacía su corazón al quebrarse en incontables pedazos. Dolía tanto... Tuvo que esforzarse por contener un sollozo.

Y no se trataba solo de eso, sino que el señor Roycester era perfectamente consciente de que había tomado prestados sus libros sin permiso. Había sido una ingenua y una estúpida.

Se secó las lágrimas como pudo, se obligó a controlar el llanto y, afligida y atormentada, se giró hacia el señor Roycester.

—Lamento mucho haber cogido los libros sin su permiso, señor. En cuanto amaine la lluvia, regresaré a Devon Park y recogeré mis cosas —dijo. No necesitaba preguntar para saber que su comportamiento suponía un despido inmediato.

Él ni se molestó en contestar. Seguía sentado en la bala de paja, con la cabeza enterrada entre las manos. Sin duda estaba tan consternado, o directamente horrorizado, como ella.

Pamela volvió a darle la espalda para seguir observando la incesante lluvia.

—¿Quieres ser novelista?

Pamela se tensó al escuchar la inesperada pregunta. ¿Se había producido entre ellos una confusión devastadora y lo único en lo que él pensaba era en sus deseos de ser escritora? Típico de nobles. Típico de cualquier persona, en realidad. Por ese motivo siempre había mantenido ese sueño suyo en absoluto secreto, porque sabía qué reacciones provocaría si lo explicara. ¿Cómo se atrevía a aspirar la hija de un carpintero, una simple criada, a ser novelista? No se le había perdido nada en el mundo de las letras.

En realidad, ahora que su secreto había salido a la luz, se dio cuenta de que el mundo en el que vivía no daba según qué oportunidades a la gente como ella. Su sueño de ganarse la vida como escritora solo era un estúpido sueño infantil.

Pero, fuese como fuese, no iba a tolerar que nadie se burlara de su sueño. Y mucho menos un mago.

Se irguió todo lo que pudo y se giró para mirar de frente al señor Roycester.

—¿Acaso hace falta ser hechicero para escribir una novela? — preguntó.

Él pareció sorprendido. —No pretendía...

Pamela ya no trabajaba para él y, debido a su mal comportamiento, tampoco volvería a servir en ninguna casa, por lo que no se sintió obligada a respetar su turno de palabra.

—O quizá lo sorprenda conocer a una mujer que no malgaste su talento, mágico o no mágico, en lucir el mejor peinado posible.

El señor Roycester entrecerró los ojos y apretó los labios. Se levantó y se acercó a ella, mirándola como si pretendiera atravesarla con la mirada. Pamela apretó los dientes y levantó la barbilla, preparada para recibir la reprimenda de un noble ofendido. Sin embargo, él le dedicó una sonrisa. Pamela dio un respingo. Era el mismo tipo de sonrisa que le había dedicado un rato antes y que tanto la había sobresaltado, porque había transformado su rostro normalmente severo y arrogante en la de un joven travieso y jovial. Y hermoso.

—Ahora lo entiendo —dijo él.

Pamela parpadeó, desconcertada. ¿Entender qué?

—Tú odias a la clase mágica.

Pamela abrió la boca con indignación.

—Yo no odio a la clase mágica —se defendió.

—Puede que no sea odio, pero algo me dice que si un fuego divino nos borrara de la faz de la Tierra, o si simplemente no existiéramos, no sería una tragedia para ti.

Ella volvió a abrir la boca, pero el rubor de sus mejillas la delató. La sonrisa del señor Royceston se volvió triunfal. Pamela resopló.

—No es eso. Es, simplemente, que opino que los magos no deberían ser considerados superiores —dijo, y se arrepintió al instante de sus palabras. En otra época, palabras así la habrían enviado directamente a la hoguera. Hoy en día, podrían enviarla a la cárcel o convertirla en una paria.

—¿No lo somos? —preguntó el señor Roycester, genuinamente sorprendido, como un niño al que acaban de anunciar que no es el centro del mundo.

—Discúlpeme, señor, no debería haber dicho eso. Ha sido una osadía por mi parte —dijo Pamela para zanzar el tema.

—No, quiero que te expliques —dijo él con autoridad.

—He hablado de manera precipitada, señor —respondió ella. No estaba dispuesta a dejarse intimidar por su tono.

—Por favor —insistió él con suavidad. A Pamela le pareció que la miraba con auténtica curiosidad.

Dudó. Por unos instantes, pensó que se trataba de una trampa para que expusiera sus ideas y así después usar sus propias palabras en su contra. Sin embargo, esa teoría no tenía demasiado sentido. Pamela ya había hecho y hablado demasiado, algunas palabras más no cambiarían su situación.

Suspiró.

—La magia nos aporta beneficios incuestionables, pero creo que es igual de importante que ser capaz de mantener un hogar en buenas condiciones, coser ropa cómoda o construir una silla. ¿Dónde estaríamos sin unos hogares limpios y bien organizados? ¿Qué pasaría si no existieran las comidas de la señora Anderson, que nos ayudan a sentirnos mejor al final de un mal día? ¿Y si no tuviéramos ropa decente que ponernos? Y estos son solo algunos ejemplos—explicó Pamela—. Sí, los hechiceros realizan tareas sorprendentes, pero a mí no me sorprenden más que la capacidad que tenía mi padre para crear un armario práctico y hermoso a la vez, o el talento de un buen artista para componer una sinfonía o para... escribir una novela. Por otro lado, mi madre no era una artista ni artesana, pero tenía talento para escuchar, ofrecer consejos sabios y mejorar tu estado de ánimo. Y, como ella, hay muchísimas otras personas, cada una con su pequeño talento. Creo que, en realidad, todos somos igual de valiosos.

Cuando acabó de hablar, Pamela descubrió que el señor Roycester la observaba con una expresión extraña en el rostro. Le pareció que estaba emocionado, pero eso no tenía ningún sentido.

—Ya veo —fue todo lo que dijo él, con la voz un poco rota.

Por algún motivo, Pamela fue incapaz de apartar la mirada de él. Se quedaron mirando. Y sintió... algo. Como si una especie de corriente, o electricidad, viajara del uno al otro.

No.

Estaba permitiendo que las palabras leídas en las cartas la condujeran a sentir cosas absurdas. Las cartas... El corazón se le encogió, como si una mano helada lo hubiera rodeado con dedos implacables para recordarle lo que sentía por el autor de esas cartas. Fue como si la hubieran golpeado. Dio un pequeño respingo y logró desviar la mirada hacia el exterior. La lluvia caía con mucha menos fuerza.

—Apenas llueve —anunció—. Iré a recoger mis cosas. Siento mucho lo sucedido.

Temblorosa, luchando por contener las lágrimas, se obligó a realizar una pequeña reverencia y se giró para dirigirse hacia la puerta.

—Espera.

*

Pamela se detuvo en el quicio de la puerta, pero no se giró para mirarlo. Lentamente, apoyó una mano temblorosa en la madera.

Puede que a Marcus no le temblaran las manos como a ella, pero en su interior se había desatado una tormenta que no le permitía pensar con claridad. En su cabeza había un único pensamiento coherente, que brillaba con luz propia. No quería que ella se fuera, no podía permitir que huyera.

—Si te vas así, sin referencias, no encontrarás trabajo con ninguna otra familia —logró pronunciar Marcus.

Ella solo giró un poco la cabeza para hablarle.

—Si el señor fuera tan amable de facilitarme una carta de referencia, le estaré muy agradecida.

Marcus frunció el ceño y negó con la cabeza. No, ella no lo estaba entendiendo. ¿Por qué intentaba huir? ¿No comprendía lo que le había hecho en esos tres meses? ¿No comprendía lo que le había hecho con esas apasionadas palabras sobre la igualdad entre la clase mágica y la no mágica? Mientras la escuchaba hablar, era como estar leyendo una de sus cartas. Sí, ella era su ratón de biblioteca, el que le había roto los esquemas de todas las formas posibles, el que lo había hecho sentir vivo por primera vez en mucho tiempo. No creía merecerla, pero era incapaz de resignarse a perderla.

—Quiero decir que no hace falta que abandones tu empleo, Pamela.

Ella tardó unos instantes en volver a hablar.

—Gracias, señor.

Marcus se sintió súbitamente furioso porque lo llamara “señor”. Señor no, era Marcus.

Se había topado por primera vez con alguien que no estaba dispuesto a considerarlo superior. Solo al escuchar sus palabras se había dado cuenta de hasta qué punto lo hastiaba el trato que le profesaban los demás. Con gran respeto por pertenecer a la clase noble o con veneración por ser un Hechicero de Segundo Orden. Incluso Elizabeth, al principio, no había escondido su admiración. Pero Pamela no. Ella lo miraba como a un igual. Muchos se habrían asustado, pero a él le gustaba.

Pero eran señor y criada, pensó. Daba igual lo que pensaran el uno del otro o lo que hubieran provocado esas cartas. Vivían en una sociedad con claras distinciones de clases. Había que preservar la sangre.

Marcus sintió desesperación. Intentando controlarla, se acercó un poco a ella.

—Si quieres, puedes seguir usando la biblioteca —ofreció él.

Pamela se giró con rapidez, negando con la cabeza.

—No es una buena idea.

Se sorprendió al descubrirlo tan cerca suyo, pero no se apartó. Inclino el rostro hacia arriba para mirarlo fijamente. Marcus la admiró. Ella estaba al borde del llanto, y aún así mantenía su actitud desafiante y serena.

—¿Por qué no? —inquirió él, aprovechando la cercanía para observar sus ojos grandes, la fina línea de su nariz, los labios llenos. Qué hermosa era.

Y qué transparente. Su impaciencia por tener que explicarle algo tan obvio se dejó ver por todo su rostro.

—Señor, usted es uno de los tres Hechiceros de Segundo Orden de Inglaterra. Yo soy una sirvienta. Por más generosa que sea la oferta, ni yo ni nadie considerará apropiado que me

permita hacer uso de su biblioteca.

—¿No deseas leer más libros?

Pamela apretó los labios.

—No, señor, no lo deseo. Pero agradezco su consideración.

Aunque sabía que ella mentía, Marcus se sintió herido. Ahora fue él quien apretó los labios.

—¿Para ti no ha sido especial? ¿No ha significado nada?

Las palabras brotaron de sus labios, sin tener oportunidad de retenerlas. Ella dio un respingo y, como si las preguntas la hubieran asustado, retrocedió un paso, pero el marco de la puerta interrumpió su camino. Marcus se dio cuenta de que estaba a punto de echar a correr.

—Tus palabras sobre las pesadillas... —empezó a decir—. Tus consejos para intentar controlar la pesadillas me han ayudado. Por primera vez, no me mantienen despierto toda la noche.

En una carta, él le había confesado las pesadillas sobre la guerra que lo asaltaban muchas noches. Y ella le había contado algo que le había enseñado su padre cuando era pequeña: en el momento en el que despertaba por culpa del miedo y la angustia, imaginar que introducía todas las imágenes y sentimientos de la pesadilla en un baúl que cerraba bien y después lanzaba a un río para que se la llevara la corriente. Y, después, imaginarse a sí mismo en su lugar favorito. En su caso, era un hueco entre las ramas de un árbol del jardín trasero de su casa, al que se subía cuando era pequeño, cuando todavía no se le había manifestado la magia y cuando las cosas todavía eran sencillas, cuando su única preocupación era dejarse acariciar por la suave luz del sol que se filtraba por entre las hojas, mecidas suavemente por el viento.

Por el rostro de Pamela cruzó fugazmente una expresión de reconocimiento. Marcus no necesitó que hablara para saber qué había pensado. Los consejos que él le había ofrecido, en este caso para sobrellevar mejor la muerte de su padre, también la habían ayudado. Pero no llegó a decirlo en voz alta.

—Debería irme —dijo en cambio.

—Tienes mucho talento como escritora —dijo Marcus, desesperado por retenerla—. Antes no me burlaba de ti.

Ella negó con la cabeza, al borde del llanto.

—Ahora veo que solo era un sueño absurdo.

El desengaño que escuchó en su voz le partió el corazón. Con delicadeza, le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. —No estoy intentando ser amable, Pamela. Tienes talento, nunca dejes de escribir. De hecho, me gustaría...

Calló al tomar consciencia de cuánto se había acercado a ella. Pamela temblaba. Parecía tan vulnerable, tan asustada, que un feroz sentido protector lo empujó a abrazarla. A

besarla.

—No —susurró ella, y se apartó bruscamente. Abandonó el granero, alejándose de él, huyendo, sin importarle la ligera lluvia que caía sobre ella.

—Pamela, espera por favor. —Marcus notó la desesperada súplica en su propia voz—. Podríamos...

Ella se detuvo y se giró para mirarlo. Esta vez no luchó contra el dolor ni las lágrimas.

—Por favor, *señor* —lo interrumpió—. Mi corazón está roto. No quiero, *no puedo*, seguir escuchando o pensando a dónde podría conducir esto. Usted es un Hechicero de Segundo Orden. Yo solo soy una criada. Suponiendo que el mundo permitiera... algo así, Si algo acabara saliendo mal, yo saldría mucho más perjudicada que usted. Debo protegerme. Además, en realidad apenas nos conocemos. Solo hemos intercambiado algunas cartas.

Marcus se acercó a ella, que intentó retroceder, pero logró sujetarla por los brazos con delicadeza. Él también sintió la lluvia chispeante sobre su cabello y su piel.

—Puede que solo hayan sido unas pocas cartas, pero creo que no eres consciente de lo que me has dado estos tres meses. Me has cambiado, Pamela. Me has hecho más humilde, me has devuelto las ganas de vivir. Yo... No soy la mejor persona del mundo, y sé que no aprecias a los magos, pero me esforzaré por merecerte, yo... —dijo, esforzándose por encontrar una solución—. Podemos hacerlo funcionar, podría establecerte en tu propia casa, y allí podrías escribir, y yo...

Se interrumpió al ver la expresión de incredulidad de Pamela.

—¿Me está ofreciendo que sea su amante? —preguntó, tensa como una vara.

—Es la mejor solución que puedo ofrecerte, no...

Pamela retrocedió un paso, liberándose de sus manos. Estaba lívida y volvía a temblar, pero esta vez no era de miedo o ansiedad. Estaba indignada.

No llegó a pronunciar palabra.

No obstante, tres horas después, la mejilla de Marcus todavía ardía por culpa de la bofetada. ^[P]_[SEP]

5

Marcus depositó la correspondencia encima de su escritorio y prácticamente se dejó caer en la silla. Miró por la ventana, desganado. Según los estándares hacía un día precioso, brillante, pero a él no le apetecía salir a disfrutar del sol y la tierra. Tampoco le apetecía trabajar, ni recibir visitas, ni relacionarse con el mundo de ninguna manera. Hacía dos semanas que se había convertido en un fantasma irascible y desganado. Bueno, sí que había algo que le apetecía: regresar al día de la tormenta y borrar todas y cada una de sus necias palabras.

La puerta se abrió sin que nadie le hubiera pedido permiso para interrumpirle. Su madre entró en el estudio.

—Marcus —fue su saludo.

—Estoy trabajando, madre.

—Los dos sabemos que hace dos semanas que los asuntos de Devon Park están estancados, *hijo* —recibió como respuesta.

Su madre se acomodó en uno de los divanes para las visitas, dando por supuesto que iría a hacerle compañía. Marcus suspiró y accedió a su deseo.

—Imagino que esta interrupción no es una visita de cortesía.

—Dijo el Hechicero de Segundo Orden en un alarde de agudeza —espetó su madre con su típico sarcasmo.

Marcus puso los ojos en blanco y volvió a suspirar, esperando dejarle claro lo mucho que se esforzaba por ella.

—Sabes, cuando traje a Devon Park esa cantidad monstruosa de invitados fue porque albergaba la esperanza de que, entre las jóvenes casaderas que había, encontraras a una de tu agrado.

—¿De veras, madre? Fue una maniobra tan sutil que nunca habría adivinado tus intenciones —dijo él con desinterés, igualando su sarcasmo.

La señora Roycester resopló.

—La idea de hacer desfilar a las jovencitas por delante tuyo como si fueran ganado no es de mi agrado, ¿pero qué otra cosa podía hacer, Marcus? No te socializabas, no...

—Madre, no me interesa debatir este tema contigo. Ni con nadie —la cortó Marcus, sabiendo que iba a hablar sobre formar una familia.

—No me digas, no me había dado cuenta. Sé que piensas que estoy intentando hacerte una imposición, pero estás muy equivocado. Quiero... —dijo su madre, pero se interrumpió, repentinamente emocionada. Marcus la miró, sorprendido—. Lo de Elizabeth fue una tragedia, ¿pero no crees que ya va siendo hora de que vuelvas a ser feliz?

Las palabras, pronunciadas con suavidad, llegaron hasta lo más profundo de su ser. Se levantó, incómodo. Su madre lo imitó.

—Durante unas semanas creí que mi plan había funcionado, ¿sabes? —continuó—. Estabas distinto. Eras otro. Me recordabas al Marcus de...

No acabó la frase, porque no había necesidad. El Marcus de antes de la desaparición de Elizabeth, el de antes de los dos terribles años esperando encontrarla viva.

—Tu plan estuvo a punto de funcionar —se encontró confesando, pensando en la horrible confusión que se había producido. Solo de pensar que había estado a punto de pedir en matrimonio a la señorita Swan, sentía dolor de estómago.

Su madre lo miró, desconcertada.

—¿Ah, sí?

Marcus apretó los labios. Ya había hablado demasiado, y no tenía intención de ofrecer

más explicaciones. No quería causar problemas a Pamela.

Al ver que no hablaría más, su madre prosiguió.

—Algo sucedió el día de la tormenta, y vi como mi plan se iba al traste. No comprendía qué había pasado, por qué volvías a estar... De hecho, me atrevo a decir que estabas, y estás, peor que antes.

Marcus se removió incómodo al descubrir que su madre incluso sabía qué día se había producido el incidente.

—Entonces nuestros invitados se fueron y no tardé en descubrir que me había considerado triunfadora con demasiada rapidez, que en realidad mi plan nunca había funcionado —dijo la señora Roycester—. Se me había pasado por alto que los invitados no fueron la única novedad en nuestra casa este verano.

Marcus se concentró en las figuritas de cristal que adornaban la repisa de la chimenea, intuyendo las palabras que vendrían a continuación.

—He visto cómo la miras, Marcus.

Si las circunstancias hubieran sido otras, Marcus no habría podido menos que sonreír ante la perspicacia de su madre.

Sí, era cierto, observaba mucho a Pamela. Incluso buscaba coincidir en la misma sala que ella solo por poder mirarla. Durante esas dos semanas, había tenido tiempo de seguir descubriendo su atractivo, así como recordar cada una de sus palabras, las plasmadas en las cartas y las pronunciadas en el granero. Era especial, muy especial, una rareza en el mundo por la que él se sentía infinitamente atraído.

Ah, su aura. Solo ahora caía en la cuenta. Pamela no tenía un aura mucho más poderosa que los demás, sino que Marcus era capaz de detectar, a través de su aura, su afinidad con ella. Era lo mismo que le había pasado con Elizabeth.

Era un auténtico estúpido.

—Y he visto cómo ella te mira a ti —añadió entonces su madre.

Las palabras no lo sorprendieron. Sabía que ella también lo observaba, se había dado cuenta. Y Pamela había sido completamente sincera en sus palabras: tenía el corazón roto. Lo veía en su aura, en la tristeza y desesperanza que desprendía.

Por cruel que pareciera, este último conocimiento, saber que la afectación de Pamela era tan grande como la suya, lo había ayudado a no hundirse del todo.

Y, a pesar de todo, no había intentado hablar más con ella. Cada vez que recordaba la conversación del granero, sentía una profunda vergüenza. Se había dejado llevar por la desesperación, había hablado con inconsciencia y la había insultado profundamente.

Y no veía qué más podía hacer. ¿Qué futuro podía haber para un mago y una criada?

Esta última cuestión nunca la discutiría con su madre. Por lo tanto, siguió observando las figuritas de cristal, aparentando desinterés.

—No sé de qué me hablas, madre —dijo como si la conversación ya se hubiera alargado demasiado y estuviera cansado.

—Mírate, esforzándote tanto por disimular —dijo su madre con evidente cariño—. Como esa vez que intentaste encubrir a tu hermano por romper el jarrón preferido de tu abuela.

Marcus miró a su madre con cierto horror. Llevaba casi veinte años creyendo que había logrado encubrir a su hermano y cargarle las culpas a su cachorro de perro, y ahora resultaba... Su madre rio sin rencor.

—Fue él, pero fue un accidente —confesó, notando que las mejillas se le encendían.

—Tu padre y yo siempre lo supimos, querido. Sabíamos que nunca habrías accedido a ayudarlo si no se lo mereciera — recordó su madre con una sonrisa—. Siempre has sido tan noble, Marcus... Y, desde que se reveló la magia en ti, tan distinto.... Anclado en la tierra, tan sensible, incapaz de poner buena cara a la parte hipócrita y superficial de los de nuestra clase.

Marcus escuchó las palabras de su madre ensimismado en los destellos que desprendía una de las figuras de cristal, un unicornio de porte majestuoso. No le gustaba esa conversación, lo hacía sentir tan frágil como todas las figuritas que tenía delante.

Tardó unos instantes en percatarse de que su madre estaba en silencio. La descubrió mirando por la ventana, perdida en sus propios recuerdos.

—Cuando tenía diecisiete años, me enamoré de nuestro mozo de cuadras —dijo ella.

Marcus abrió los ojos como platos.

—¿Cómo?

La señora Royceston lo miró con una sonrisa culpable.

—No fue un amor volátil y ciego de juventud, nos amábamos profundamente.

Marcus tuvo que sentarse por culpa de la impresión. Siempre había sabido que su madre no se había casado especialmente joven, y por su expresión no le costaba deducir que ese amor tuvo algo que ver. Pero imaginarla amando a otro hombre que no fuera su padre lo consternaba, porque sabía que su madre había amado a su padre hasta el día que él sucumbió a esa enfermedad que ni Marcus ni ningún hechicero sanador pudo eliminar. ¿Verdad?

—Claro que amaba a tu padre, Marcus —dijo ella, como si le hubiera leído la mente—. Pero ese joven fue antes. Fue un amor inocente, y él nunca me pidió nada. Yo sabía que estaba todo en mis manos. Mi herencia estaba asegurada, por lo que los motivos económicos no eran un impedimento para casarnos.

Su madre volvió a perderse unos instantes en sus pensamientos.

—Al parecer, las madres siempre nos percatamos de estas cosas. Tu abuela descubrió lo que yo sentía por el chico... y me advirtió —prosiguió tras unos segundos—. Un matrimonio entre una noble y un mozo de cuadras... me habría convertido en una paria. La clase mágica me habría rechazado, y la simple idea de mezclar sangre mágica con no mágica era aberrante. Y me acobardé.

La señora Roycester suspiró.

—Con el paso de los años, me he dado cuenta de que sí, los nobles me habrían

rechazado, puede que incluso mi familia lo hubiera hecho. Mi vida habría cambiado mucho, pero al lado de ese chico también habría sido feliz. —Lo miró con seguridad—. No me arrepiento de haberme casado con tu padre. No dudes de eso. Lo amé, y lo sigo amando, con todo mi corazón.

Ella se retiró de la ventana, pensativa. Marcus imaginaba que todavía tenía algo que añadir, por lo que calló. Pero, estaba tan consternado ante las revelaciones de su madre, que aunque lo hubiera querido habría sido incapaz de pronunciar palabra.

—No obstante, hay un factor importante a tener en cuenta. Soy una mujer. En este mundo que tan poco nos valora a nosotras, si me hubiese casado con alguien no mágico me habrían apartado sin más, simplemente como si no hubiese existido. Pero si el que rompiera así las normas fuese un hombre... y además un Hechicero de Segundo Orden... imagino que habría más consecuencias.

Un denso silencio se instaló en la estancia. O quizá eran los ánimos de Marcus, que se hundían por momentos.

—Oh, no pongas esa cara, Marcus —dijo la señora Roycester con exasperación—. No pretendo hacer como mi madre.

Marcus la miró sin comprender. Entonces, ¿qué pretendía?

—Estoy muy orgullosa de lo que eres y lo que tienes, Marcus, pero por encima de todo quiero que seas feliz. Tú no pareces creerlo, pero te lo mereces —dijo ella con suavidad y ternura—. No me mires con ese escepticismo. Te conozco, hijo. No sé qué sucedió durante los dos años que estuviste buscando a Elizabeth, pero algo sucedió, a parte de su muerte, que te atormenta. Puedo imaginar de qué se trata, y lo único que puedo decirte es que solo tú puedes perdonarte y seguir adelante con tu vida.

Marcus miró a su madre con un nudo en la garganta. No sabía que fuera tan transparente para su ella. A la señora Roycester se le humedecieron los ojos.

—Me gustaría poder decirte que te lances sin dudarlo, que ignores las opiniones de los demás y que tu posición como Hechicero de Segundo Orden te facilitará las cosas. No puedo hacerlo, porque no será así —dijo—. Sin embargo, sí puedo pedirte que valores la siguiente pregunta: ¿Qué te hará más feliz, renunciar a la muchacha, o luchar por estar con ella?

Marcus abrió la boca para contestar, pero no logró articular palabra. Estaba demasiado consternado, demasiado afectado y sentía los ojos demasiado húmedos.

—Y suponiendo que... ¿qué pasa con la sangre? —logró pronunciar al fin. Ya no tenía sentido fingir que no sabía de qué hablaba su madre.

Ella se encogió de hombros.

—Nadie sabe qué pasa con la descendencia mestiza, Marcus. Creo que lo que debes plantearte es si te importaría mucho si, en caso de que hubiera hijos, no fueran hechiceros.

Marcus respiró hondo, intentando serenarse, pero acabó por enterrar la cabeza entre las manos.

—Has dado por sentado que ella... Pero no aprecia demasiado a los nobles, ¿sabes? —

dijo.

La risa suave de su madre le hizo levantar la cabeza.

—Parece que tenéis algo en común —dijo, divertida.

Marcus resopló, divertido, pero cualquier rastro de sentido del humor se esfumó rápidamente.

—El día de la tormenta fui un necio, madre —confesó—. Y ella es mucho más inteligente y honorable de lo que yo seré jamás.

Su madre le devolvió la sonrisa.

—Siempre he sabido que elegirías bien.

*

Pamela se sentó en una de las rocas de la cima de la Colina del Pastor y observó Devon Park y sus alrededores. Se arrepintió de haber ido hasta allí. La belleza del lugar era sobrecogedora gracias al señor Roycester, y no necesitaba pensar así en él.

Unas gruesas lágrimas, muestra de toda su tristeza, resbalaron por sus mejillas.

Habían pasado dos semanas desde *ese día* y su corazón seguía tan roto como el primer día. Se había dicho que no estaba profundamente enamorada, que tan solo había sido un pequeño encaprichamiento, por lo que no le costaría superar la terrible confusión.

Sin embargo, tras lo sucedido fue incapaz de no prestar atención al señor Roycester. Sus rasgos siempre le habían parecido atractivos, pero ahora le parecían poseedores de una serena belleza. Y, allí donde antes había visto solo arrogancia, ahora también veía tristeza, soledad y, a veces, hartazgo.

La intención de Pamela era ignorar al señor Roycester, pero más bien parecía haberse obsesionado con él. Lo veía en todas partes, y parecía haber desarrollado la capacidad de estar casi siempre en la misma habitación que él. Incluso notaba su presencia cuando se acercaba.

Todo esto por un hombre que solo la consideraba suficientemente buena para ser su criada o su amante.

Una desconsolada Pamela estaba empezando a pensar seriamente en abandonar Devon Park. Quizá regresar a casa, buscar trabajo con otra familia, puede que incluso pudiera llegar a encontrar trabajo de institutriz.

Solo de pensar en ello se le volvía a romper el corazón. Desde su primer día en Devon Park, el resto de empleados de la finca la habían hecho sentir como en casa y tuvo la sensación de que había encontrado un nuevo lugar para ella. Pero ahora sentía que, si no lo abandonaba, nunca saldría adelante.

Desolada, se abrazó las piernas y apoyó la mejilla en las rodillas.

—¿Puedo?

Reconoció la voz al instante. Se levantó de un salto y se encaró con él.

—Señor —saludó, dedicándole una reverencia.

—No... no te levantes, por favor —dijo él, indicándole la roca que había ocupado—. ¿Te importa que te acompañe?

Pamela lo observó unos instantes, suspicaz. ¿Qué hacía allí? Solo se le ocurría un motivo.

—Si está aquí para insultarme otra vez, señor, le recomendaré que pida en matrimonio a la tal Elizabeth que menciona en sus cartas. Puesto que pertenece a su misma clase, no le haría falta mantener ninguna amante —le espetó.

El señor Roycester abrió la boca para contestar, pero pareció replantearse sus palabras. Suspiró.

—No estoy aquí para insultarte otra vez. Lamento mucho mis palabras del otro día —dijo, y volvió a señalar la roca con un gesto cortés.

En ese caso, Pamela no lograba adivinar qué hacía él allí. Estaba indecisa. Ansiaba su compañía y conversación tanto como ansiaba rehuirle. El sentido común le dictaba que debería abandonar el lugar de inmediato, pero ganó la insensatez y volvió a sentarse. Él se sentó a su lado, a una distancia prudencial. Aún así, Pamela podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—Las vistas desde aquí son espectaculares —dijo él, observando el paisaje que tenían delante.

—Lo son.

El silencio se prolongó entre ellos. De reojo, a Pamela le pareció que el señor Roycester reunía fuerzas para hablar.

—Elizabeth murió.

Las palabras no fueron pronunciadas con rencor, pero para Pamela fueron un duro golpe. La culpabilidad la invadió.

—Lo siento mucho. Mis palabras han sido insensibles —dijo con voz temblorosa.

Él negó con la cabeza, restándole importancia al asunto.

—Estábamos comprometidos. Íbamos a casarnos después de que regresara de un viaje familiar en Italia. Pero un día, un poco antes de su regreso, desapareció —explicó él. Se quedó en silencio. Parecía perdido en un lago de malos recuerdos. Cuando continuó hablando, tenía la voz rota—. Ella... estaba embarazada. Me lo contó en su última carta. Y yo fui a buscarla. La busqué durante dos años, siguiendo el rastro de un trabajador de la finca donde se alojaba y que se había marchado precipitadamente después de su desaparición.

Pamela escuchaba con mucha atención. El corazón la empujaba a sujetar la mano del señor Roycester para ofrecerle consuelo, pero se obligó a permanecer quieta. Todavía no sabía qué hacía él allí, ni por qué le estaba explicando lo sucedido.

—Después de un año y medio viajando por Italia y Francia, encontré al hombre en el ejército francés, luchando en España para Napoleón. Lo único que pude hacer fue infiltrarme

en el ejército como soldado y hacerme su amigo... hasta que conseguí su confesión.

Las lágrimas acudieron de nuevo a los ojos de Pamela al escuchar como le fallaba la voz, muestra del dolor y la emoción contenidos detrás de todas esas palabras.

—El hombre... su intención solo había sido secuestrar a Elizabeth para pedir un rescate y devolverla en seguida a su familia, pero ella intentó escapar y murió en una mala caída. Murió solo unas horas después de desaparecer.

Pamela se cubrió la boca con una mano, afectada por la triste historia.

—Maté a ese hombre, Pamela. Usé poderes que nadie más sabe que tengo y acabé con él de la forma más cruel posible.

El señor Roycester pronunció esas palabras mirándola fijamente. A pesar del ceño fruncido, Pamela pudo ver el tormento en sus ojos azules. Se arrepentía de sus actos.

—No sé qué habría hecho yo en vuestro lugar, pero os comprendo —dijo Pamela.

Era la verdad. Comprendía tanto sus decisiones como su tormento por tener las manos manchadas de sangre.

—Ahora que lo sabes todo, ¿tu opinión sobre mí ha cambiado?

La pregunta sorprendió a Pamela, pero pensó la respuesta y contestó con sinceridad.

—No.

—¿No te disgusta, ni te asquea? ¿No crees que sea un monstruo?

—No —contestó Pamela sin necesidad de pensárselo—. Creo que, a veces, la vida nos pone las cosas muy difíciles. Insisto, yo en vuestro lugar no sé qué habría hecho.

Él la observó con atención unos instantes, hasta que pareció convencerse de que decía la verdad. Asintió una vez y tomó aire, como si cogiera fuerzas, pero no habló. Pamela no comprendía qué pasaba.

—Siento mucho lo que le sucedió a Elizabeth. Debéis de amarla mucho —dijo Pamela, recordando el afecto con el que hablaba de ella en sus cartas.

—Sí, pero no de la misma manera que puedes amar a una persona que está viva.

La miró mientras hablaba, y las mejillas de Pamela ardieron.

El señor Roycester tomó aire otra vez y se movió para arrodillarse ante ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Pamela, el pánico evidente en su voz. Miró a su alrededor, comprobando que no hubiera nadie que pudiera verlos.

—Pamela, cuando te dije que me habías cambiado, no mentía. No solo me has hecho ver el mundo de otra manera, sino que... me has devuelto las ganas de vivir —dijo el señor Roycester. Se detuvo unos instantes, como si buscara fuerzas para pronunciar las siguientes palabras—. Creo que, si realmente mis actos atroces no te alejan y si pudieras perdonar mis palabras necias, y si decidieras estar presente en mi vida, las ganas de vivir nunca me volverían a abandonar.

Antes de que Pamela tuviera tiempo de abrir la boca, él hizo un gesto para que esperase.

—Si por mi fuera, te pediría en matrimonio ahora mismo.

Ahora sí, Pamela abrió la boca, pero de ella no brotó ni un solo sonido.

—Y haría todo lo necesario para que pudieras seguir escribiendo y que tus obras llegaran a los mejores editores del país. No quiero que dejes de escribir, Pamela —continuó él—. Pero soy consciente de que, antes de tomar ciertas decisiones, hay otras cuestiones a tener en cuenta. Una de ellas es la reacción del mundo que nos rodea. No nos lo pondrían fácil, seguro que no te cuesta imaginarlo. Pero si tú quisieras estar a mi lado a pesar de todo, si quisieras luchar... yo me sentiría el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

Pamela había empezado a temblar. Toda ella temblaba. Las manos, la barbilla, el torso, las piernas. ¿Por qué sentía miedo y, a la vez, una felicidad embriagadora? ¿Era esperanza eso que vislumbraba en el fondo de su alma? Pero...

Se le escapó un sollozo y negó con la cabeza. Era una locura. No solo se trataba de la oposición con la que se encontrarían, de quién era él y quién era ella, también que apenas se conocían. —Espera —dijo él con tanta suavidad que casi fue un susurro—. Imagino que estás pensando que lo único que hemos hecho ha sido intercambiar algunas cartas. Así que, antes de tomar cualquier decisión trascendente, te pido que me permitas cortejarte formalmente para que nos podamos conocer mejor. Mi madre se ha ofrecido a ser nuestra carabina.

Pamela abrió mucho los ojos, y tuvo que esforzarse para no abrir la boca de forma exagerada. —¿La señora Roycester...

—Se ha ofrecido a ser nuestra carabina, sí.

Pamela parpadeó con fuerza y se secó rápida y discretamente las lágrimas. Parpadeó varias veces más, acabando de asegurarse que había comprendido bien todas y cada una de las palabras del señor Roycester.

Él la observaba, paciente, con una sonrisa torcida en los labios pero sin lograr esconder lo vulnerable que se sentía.

Pamela observó su rostro hermoso unos instantes más, llena de dudas, temores, esperanza y deseo. Y sonrió.

PERDIDA ENTRE LAS SOMBRAS

No sabe dónde está.

Está perdida.

Perdida entre sombras.

Danzan a su alrededor como espectros deformes. Pretenden desorientarla, atormentarla. Y lo consiguen.

Una luz.

La luz no ilumina ningún sendero, pero se dirige hacia ella.

¿Por qué tiene la sensación de flotar?

La luz parpadea.

Temerosa de que desaparezca, se apresura a alcanzarla.

Se apaga, se apaga...

Sin pensárselo, se abalanza hacia la luz, que la ciega.

—... ónica?

La luz hiere sus ojos. Aprieta los párpados en un intento de protegerse. Quiere cubrirse con la mano, pero le pesa demasiado.

La voz que antes ha escuchado a su lado ahora suena lejana.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Oigan, está despertando!

Pasos apresurados que se acercan. Pasos apresurados deteniéndose a su lado. Unos susurros.

—Por favor, señor, espere fuera.

—Pero...

—Podría estar desorientada. En seguida que sea posible le dejaremos pasar.

Una voz más cercana la sobresalta.

—Verónica, ¿me oye? —Una mujer.

La luz le molesta un poco menos, lucha por abrir los ojos.

Lentamente, con un gran esfuerzo.

Está todo borroso.

Le duele la cabeza.

Hay una mujer a su lado. Lleva un vestido blanco.

No...

Es una doctora.

—Verónica, veo que me oye. Está en el hospital. Hace dos días sufrió un accidente en casa y se golpeó la cabeza —dice la doctora.

Ella se queda atascada en las primeras palabras. Carraspea, buscando su voz. No acaba de

encontrarla, por lo que solo consigue emitir un sonido rasgado, seco.

—¿Quién es Verónica?

Un silencio.

—Su nombre es Verónica Damián. Sufrió un accidente en su casa, se cayó por unas escaleras. ¿No lo recuerda?

—No sé quién es Verónica Damián.

En realidad, no sabe quién es. Sabe que es una mujer adulta, que está en la habitación de un hospital con una doctora y una enfermera, incluso puede leer sus nombres en la tarjeta de identificación, pero más allá de eso... Nada. Se siente como si acabara de nacer, y no le gusta. ¿Quién es? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Intenta incorporarse, pero no tiene suficientes fuerzas. Cuando intenta respirar, el aire no entra bien en sus pulmones y emite un sonido ahogado.

Le cuesta respirar.

Se ahoga.

La doctora y la enfermera se apresuran a incorporarla. La doctora la ayuda a concentrarse en su respiración hasta que logra respirar con normalidad.

A partir de ese momento, y durante un rato, todo lo que sucede tiene algo de irreal para ella. Es como si estuviera en un sueño, solo que sabe que es real, muy real. Le duele mucho la cabeza, allí donde al parecer se golpeó y tuvieron que coserle varios puntos, y no sabe quién es.

En su especie de sueño real, entran diferentes doctores en la habitación, le hacen preguntas, le practican algunas pruebas básicas para comprobar su estado físico, hablan entre ellos.

Al cabo de mucho rato, la primera doctora se sienta en la cama con ella y le pide que la escuche con atención.

—Verónica, ¿me escucha?

Esas palabras la hacen salir de ese estado de irrealidad.

—No me llame así, no...

No logra sentir que ese es su nombre.

—De acuerdo —dice la doctora—. Necesito que me escuche con atención.

Ella fija la mirada en la doctora y asiente.

La mujer explica que está débil físicamente, pero que parece que todo está bien. Después le da el diagnóstico: amnesia. Al parecer es un caso extraño, y por eso la han visitado tantos doctores, porque el olvido de la propia identidad es típico de películas y series de televisión, pero no de la realidad.

—Pero a mí me ha sucedido —dice ella.

—La medicina siempre se encuentra con excepciones —sonríe la doctora—. Tiene un hematoma en el cerebro debido al golpe. Creemos que eso le ha provocado la amnesia.

Tendremos que ser un poco pacientes y esperar a que baje la inflamación.

Ella asiente.

—Sin embargo —continúa la doctora—, podemos intentar ayudar a su cerebro a recordar.

Solo entonces se da cuenta de que la doctora tiene algo en su mano. Es un espejo, que levanta y se lo pone delante para que se observe a sí misma.

Se encuentra con una mujer de rostro bastante normal. Treinta y pocos años. Cabello castaño que necesita una ducha. Ojos marrones grandes, no sabe si asustados o asustadizos, surcados por ojeras. Ligeramente bronceada, con alguna peca aquí y allá.

Es una auténtica desconocida para ella.

La doctora ve la respuesta en su cara y aparta el espejo.

—Ahora voy a presentarle a alguien —anuncia.

Se dirige a la puerta de la habitación, que abre. Entra un hombre rubio, de unos cuarenta años, apuesto. Parece amable y muy preocupado, pero sonrío.

—Hola, Verónica —dice.

Ella se siente inmediatamente culpable porque no sabe quién es, cuando es evidente que él está muy preocupado por ella.

—Este es Carlos Benpar —dice la doctora—. Es tu marido.

—¿Estamos casados?

La pregunta parece herirlo y ella se siente culpable otra vez.

Horriblemente culpable.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada, cariño. Poco a poco —dice él.

Pero ella se está angustiando otra vez. ¿Cómo es posible que no recuerde a su propio marido? ¿Por qué ni siquiera siente nada por él?

Vuelve a tener problemas para respirar. La doctora pide al hombre que salga y la ayuda a tranquilizarse otra vez.

—¿Puedo estar sola un rato? —suplica cuando vuelve a respirar con normalidad.

—Claro que sí. Hoy ha sido un día muy intenso para usted. Para cualquier cosa que necesite, pulse el botón verde. Si es urgente, el rojo.

Cuando al fin se queda sola, suspira. Se acomoda en la cama y pasa un buen rato observando el atardecer por la ventana de la habitación, intentando no pensar en nada más. Aunque es difícil. Parece que están en lo alto de una colina que ofrece vistas a toda la ciudad. No se lo han dicho, pero deduce que ella y... su marido, o quizá uno de los dos, tiene dinero. Está en un hospital privado. Tiene habitación para ella sola y las instalaciones son nuevas. Incluso le han dicho que podrá elegir la cena de la carta que le han dejado en la mesita auxiliar. Le echa un vistazo. Alza las cejas, impresionada. Es bastante lujoso.

Está cansada. La cabeza, allí donde se golpeó y le han puesto los puntos, le duele. Le

palpita.

Justamente en ese momento la puerta de la habitación se abre. Supone que es una enfermera que viene a preguntarle qué querrá cenar, pero, cuando se gira para hablar con ella, se encuentra con un hombre. De unos treinta y cinco años, cabello negro, ojos claros, barba de varios días. Expresión preocupada y... torturada.

Al verlo, las entrañas se le retuercen. Como si intentaran decirle algo.

—Gracias a Dios que estás bien —dice él, acercándose con rapidez, con la clara intención de tocarla.

De manera instintiva, ella retrocede. No puede evitar asustarse.

Él se queda petrificado.

—¿Qué pasa?

—¿Quién eres?

—¿Cómo que quié... —empieza a decir él, pero se interrumpe. Se aparta un poco—. ¿No sabes quién soy?

Ella niega con la cabeza. Él parece muy desconcertado.

—Dicen que es amnesia. También dicen que me llamo Verónica Damián, pero no consigo acordarme —explica ella.

Sus entrañas siguen retorciéndose de manera llamativa. No sabe si intentan avisarla de algo bueno o malo, pero el hombre parece realmente preocupado por ella. Considera que eso es bueno, y de repente se siente esperanzada. Quizá él pueda ayudarla a recordar.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta le sienta como una bofetada al hombre, pero intenta disimularlo.

—¿No recuerdas nada?

—Nada de mi vida anterior a esta habitación.

De repente, el hombre parece temeroso. Empieza a retroceder hacia la puerta.

—Espera, por favor —suplica ella.

—No cuentes a nadie que he venido a verte —dice él. Y se va. —¡Espera!

Se levanta de la cama para ir tras él, pero tras dos pasos tiene que detenerse y regresar al refugio de la cama. Sigue demasiado débil.

No logra comprender qué acaba de suceder.

2

Cinco meses antes

Vino a verlo sin cita previa una gris mañana de otoño. Bueno, puede que fuera soleada, pero a él todos los días le parecían grises.

Como cada mañana, acababa de tomarse un ibuprofeno y estaba apurando una botella de agua en un intento de aliviar la resaca. Estaba hecho un asco, porque había vuelto a dormir en el despacho. Desde que Silvia lo había abandonado, apenas era capaz de poner un pie en ese piso vacío.

Alguien llamó a la puerta de su despacho, pero no la abrió. Detrás de su escritorio, Nacho frunció el ceño. ¿Por qué no entraba?

Unos segundos después, la puerta empezó a abrirse. Con timidez.

—¿Hola?

Primero asomó la cabeza, insegura. Le hizo pensar en un ratoncito asustado.

—Oh —dijo cuando sus ojos inquietos se fijaron en él—. ¿El señor Hidalgo?

—Eso dice en la puerta, ¿no? —contestó sin amabilidad.

Ella retrocedió un poco para leer el nombre escrito en el cristal de la puerta.

—Ya —dijo. Parecía avergonzada.

Como si le costara hacerlo sin pedir permiso, acabó de entrar en el despacho.

Era alta, de piel muy blanca y estaba muy delgada. Parecía de esas personas que dejan de comer cuando están nerviosas. Y era innegable que era un nervio andante. Se alisaba y colocaba el cabello detrás de la oreja a menudo. Encorbaba un poco los hombros, como si fuera un intento de protección. Sus ojos no estaban quietos, absorbiendo todo lo que había a su alrededor. Parecía estar a punto de echar a correr a la mínima amenaza.

A pesar de todo, la encontró atractiva. No sabía por qué. No era su tipo. Y además, seguro que era una pija de mucho cuidado, como todos sus clientes.

Nacho hizo una comprobación rápida en la agenda de su ordenador.

—¿Teníamos cita?

—No...

—La próxima vez no se presente sin avisar.

—Ya, perdone, es que...

—No es por mí. Es para que usted no haga el viaje en balde. A menudo estoy fuera de la oficina por trabajo.

Eso no era mentira. A pesar de todo, no le faltaba el trabajo.

Una vocecita dentro de su cabeza le gritó que eso no iba a durar, que en algún momento su alcoholismo, su amargura y el desprecio con el que trataba a sus clientes iban a echar por la borda todos los años de esfuerzos para labrarse un buen nombre como detective privado.

Acalló la estúpida vocecita de un manotazo mental.

—¿En qué puedo ayudarla, señora... —dijo con brusquedad.

—Damián, Verónica Damián —dijo ella.

—¿De Hogar Damián?

Ella asintió.

Así pues, tal y como había sospechado, era una hija de papá. Tenía delante ni más ni menos que a la rica heredera (y desde hacía unos años principal propietaria, después del fallecimiento de sus padres en un accidente de coche) de Hogar Damián, un pequeño imperio empresarial dedicado a la fabricación de todo tipo de textiles y utensilios para el

hogar.

Sin embargo, no solo conocía su nombre por ser quien era. Había algo más, y no lograba recordarlo.

—Usted dirá.

Ella se frotaba los dedos de las manos con nerviosismo. Sus ojos bailaban del techo a la ventana, de ahí a su regazo, cualquier cosa menos mirarlo a él. No se decidía a hablar.

Él aprovechó para fingir que tomaba algunas notas en el ordenador, aunque en realidad hizo una búsqueda rápida en internet.

—Creo que alguien quiere hacerme daño —soltó al fin.

Nacho apartó la mirada de la pantalla y la fijó en ella.

—¿Qué significa “hacerle daño”?

—Eh... matarme.

Él echó un vistazo rápido a su ordenador. En el listado de páginas que le había devuelto su búsqueda, vio algunas palabras sueltas que le recordaron el asunto: “ansiedad”, “manía persecutoria”, “hospital psiquiátrico”.

Pobre niña rica. Se abstuvo de resoplar, pero no logró disimular cierto desprecio en su mirada.

—Señora Damián, me temo que ha venido al lugar equivocado. Mis trabajos como detective privado suelen centrarse en descubrir infidelidades, vigilar a hijos mentirosos o desenmascarar algún que otro político corrupto... Si alguien la ha amenazado, debería acudir a la policía.

Ella apretó los labios con evidente disgusto.

—Obviamente, la policía no me cree.

—En ese caso, lo que necesita es un guardaespaldas.

—Nadie me ha amenazado directamente. Lo que necesito es que demuestre que *hay* alguien que quiere hacerme daño.

Nacho volvió a echar un vistazo rápido y desganado a la pantalla. Esa mujer estaba enferma. Necesitaba un psiquiatra, no un detective. No podía aceptar su dinero. Incluso para él, sería demasiado poco ético.

De repente, ella se levantó.

—¿Sabe qué? Váyase a la mierda —le espetó.

Nacho arqueó las cejas, muy sorprendido. ¿Qué había sido del ratoncito asustado?

—No entiendo que tenga tan buena fama. ¿Trata a todos sus clientes así, como si fueran los culpables de sus problemas? Pues menudos pringados. Váyase a la mierda.

Abandonó el despacho con un portazo que amenazó con hacer añicos el cristal de la puerta.

Nacho se quedó inmóvil, demasiado sorprendido como para reaccionar. Su primera

reacción fue enfadarse, pero lo detuvo el recuerdo de esa pregunta...

“¿Trata a todos sus clientes así, como si fueran los culpables de sus problemas?”

En realidad, hacía tiempo que trataba a todo el mundo así. Incluso a Silvia. Por eso lo había abandonado, porque estaba harta de su mal humor permanente, de su amargura porque el mundo era una mierda por el que no valía la pena luchar. Había visto tanta, tanta miseria en las personas... “Necesito un poco de luz en mi vida”, le había dicho ella la noche que se fue. Él fingió que no le importaba, pero en realidad se hundió un poco más en su mierda.

Pensó en la mujer que acababa de abandonar su despacho. Nadie se había atrevido a hablarle como lo había hecho ella. Como mucho se habían ido molestos. O consternados, porque en su mundo de algodones blancos nadie era borde con ellos. Pero ella se había rebotado. Es más, lo había calado en apenas unos minutos. Precisamente ella, un ratoncito asustado que de repente se había convertido en un gato salvaje.

Y ni siquiera había sido tan desagradable con ella como podía llegar a ser.

Desde luego, llamaba la atención.

Pensó en qué haría ella a continuación. Imaginaba que él no era el único detective privado sobre el que tenía referencias. De hecho, podía imaginar quién era el siguiente en su lista.

Santamaría.

Y ese no se caracterizaba por poseer unos grandes escrúpulos. No dudaría en aceptar el caso y cobrar a la pobre niña rica un dineral por apenas mover un dedo.

Sintió un pinchazo de culpabilidad.

—Maldita sea...

Se levantó como impulsado por un resorte y salió al rellano. La escuchó descender rápidamente por las escaleras. Nacho se lanzó tras sus pasos, saltando escalones de tres en tres.

—Espere, por favor —le dijo cuando la alcanzó.

Ella se detuvo y lo miró con sus grandes ojos, que demostraban todo su enojo. No parecían inestables. Los dos jadeaban. Él por la carrera, ella por la indignación.

A Nacho le costó un esfuerzo considerable pronunciar las siguientes palabras:

—Siento haber sido grosero.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué había corrido detrás de ella? Todavía podía echarse atrás, los problemas de esa pobre niña rica no eran su responsabilidad.

Aún así, se encontró diciendo:

—Investigaré su caso.

“Y le demostraré que solo son imaginaciones tuyas y le recomendaré que acuda a un psiquiatra”, fueron las palabras que no añadió.

Ella dudó, pero finalmente asintió.

Unos minutos después, volvían a estar sentados en su despacho y ella le había explicado que creía que detrás del asunto estaban los dos socios minoritarios de la empresa que había heredado de sus padres. Querían quedarse con todo el pequeño imperio, y tenían desavenencias sobre cómo llevar el negocio.

—Mi marido no puede enterarse de esto —dijo ella en cierto momento.

—¿No confía en él?

—Sí, claro que sí. Pero se preocupa mucho por mí —contestó con aire culpable. Después, señaló el ordenador con un gesto de la cabeza—. Y no quiero que vuelvan a ingresarme en un psiquiátrico.

Así que se había dado cuenta de que buscaba información en internet.

Nacho sonrió. Estaba claro que había subestimado a Verónica Damián.

3

En la actualidad

Tal y como se había imaginado, viven en la zona alta de la ciudad. En una finca rodeada por un alto muro y que dispone de un cuidado jardín con piscina. La casa es grande y moderna.

No la reconoce. Tampoco ha reconocido la ropa que Carlos le ha traído, ni el coche nuevo y lujoso que conduce, ni toda la documentación que le han enseñado para demostrarle que es Verónica Damián, que vive allí, que es la socia mayoritaria de una gran empresa y que está casada con Carlos. Es frustrante, pero al menos ya no sufre ataques de ansiedad cada dos por tres.

La doctora todavía no quería darle el alta, pero ella ha insistido y Carlos la ha apoyado.

—Aquí encerrada me estoy volviendo loca —dijo la tarde anterior a la doctora—. Si estoy en casa, ¿no puede que empiece a recordar antes?

La doctora puso cara de no creer eso, pero ella al menos consiguió el alta. Odia sentirse así, tan indefensa, tan incapaz de recuperar unos recuerdos que han huido. Incapaz de recordar por qué la visitó un hombre misterioso que le rogó que lo mantuviera en secreto.

Cuando entran en casa, Carlos echa un vistazo inquieto a las escaleras por las que se cayó, pero no menciona nada al respecto. Ella tampoco. Quizá deberían hacerlo, pero las escaleras no remueven nada en su interior.

Carlos le muestra la casa y la ayuda a instalarse con toda la paciencia del mundo. Ella se mueve con lentitud. Absorbe cada detalle, deseando con desesperación que algo, un retrato, una grieta, un defecto del suelo, le devuelva la vida perdida. Pero no tiene suerte. Ni siquiera logra tener la sensación de que esa es su casa, su hogar. Es lujosa, decorada con gusto, pero emana cierta frialdad.

—He pensado que, mientras no recuperas la memoria, quizás te sentirás más cómoda durmiendo sola —dice él—. Yo dormiré en la habitación de invitados.

Ella lo mira y asiente. Ese sentimiento de culpabilidad vuelve a asaltarla.

—Siento que tengas que hacerlo —dice, dudando. En realidad lo prefiere así, pero se obliga a añadir—: Si no quieres, podemos seguir comp...

Él en seguida niega con la cabeza, con una sonrisa apenada en los labios.

—No forcemos nada. Mi prioridad ahora es que te sientas cómoda. Eso es lo que más te ayudará.

—Gracias.

La deja sola, y ella curioseas su generoso armario. Las prendas que cuelgan de las perchas, los cajones, el zapatero. También el baño, los tres champúes, el acondicionador, las cremas para la cara y el cuerpo.

Acaba resoplando. Para ella, sigue perteneciendo todo a una desconocida.

Al cabo de un rato, escucha sonidos provenientes de la cocina. Cuando desciende por las escaleras, lo hace acariciando el brillante y desconocido pasamanos de madera. No parecen unas escaleras por las que alguien podría caerse fácilmente. Es curioso.

En la cocina, Carlos está disponiendo pastas de té en un plato.

Ha sacado cuatro tazas de café.

—¿Esperamos a alguien? —pregunta ella.

No está segura de si le apetece recibir visitas.

—Daniel y Román, los socios de la empresa. ¿Recuerdas que te expliqué que eras socia mayoritaria de la empresa Hogar Damián?

Ella asiente.

—¿La fundé yo con ellos?

Carlos sonrío de una manera que la confunde, porque no sabe interpretar qué está pensando. ¿Hay un matiz burlón en su expresión?

Olvida rápidamente ese último pensamiento, porque él responde:

—No, la fundaron con tus padres. —Se muerde el labio antes de seguir hablando. Cuando lo hace, la observa con atención y cierta preocupación—: Tus padres fallecieron en un accidente de tráfico hace seis años. Tú y yo acabábamos de casarnos.

Ella se sienta en un taburete alto, impresionada. No por acabar de descubrir que sus padres están muertos, sino porque ni siquiera sabe por quién debe sentirse mal. Ni siquiera recuerda la cara de sus padres.

Su rostro debe de transmitir su desasosiego, porque Carlos frunce el ceño.

—Perdona, no calculé... Daniel y Román estaban muy preocupados por ti y me suplicaron visitarte en cuanto estuvieras en casa. Si quieres puedo cancelarlo.

—Está bien, no hace falta. ¿Tenemos alguna foto de mis padres?

—En tu despacho tienes unas cuantas.

Se dirige al despacho, preguntándose por qué tiene relegadas las fotos familiares a un espacio de trabajo. Si hubiera fotografías familiares y de amistades por la casa, ésta sería mucho más... personal. Cálida. Acogedora.

No parece que el despacho sea utilizado a menudo. En un rincón se alza una cajonera estrecha, encima de la cual descansan varios marcos de fotos: Carlos y ella en algún viaje,

ella con un hombre y una mujer que solo pueden ser sus padres, ella de pequeña. No hay ni una sola fotografía de otros familiares o amistades.

Está absorta en las fotografías, intentando recordar los momentos en los que fueron capturadas, cuando suena el timbre. Abandona el despacho y recorre el largo pasillo. Mientras avanza, escucha el sonido de la puerta abrirse, los susurros de tres hombres. En el momento que alcanza a divisar el recibidor, se detiene y observa con curiosidad y cierto temor.

Los recién llegados son dos hombres de algo más de sesenta años. Son hombres de negocios, de eso no hay duda. Todo en ellos lo evidencia. No es solo la manera de vestir, también su porte. Uno de ellos luce un generoso bigote, orgullosamente pasado de moda. El otro unas gafas que a ella le parecen bastante horribles.

Cuando la descubren observándolos, ambos sonríen con prudencia.

—Hola, Verónica —dice el del bigote con amabilidad—. Carlos ya nos ha advertido de que seguramente no nos reconocerás.

Los tres hombres la observan, esperando que se produzca el milagro. Pero ella se ve obligada a negar con la cabeza mientras esboza una sonrisa de disculpa.

—Él es Román —dice Carlos, señalando al hombre del bigote. Después, señala al de las gafas—: Y el es Daniel.

Ella asiente. Se siente tentada a decir “es un placer”, pero se reprime. Teniendo en cuenta que se supone que se conocen, imagina que para ellos resultaría muy extraño.

—¿Os parece si vamos al salón? —propone Carlos.

Todos asienten y se dirigen al salón en un silencio incómodo. Se sientan en los sofás y butacas dispuestos alrededor de una mesa de centro, donde Carlos ha preparado las pastas de té y una cafetera con café recién hecho. Sin preguntar, éste sirve una taza para cada uno. Solo para Román. Cortado para Daniel. Con leche y mucho azúcar para ella.

Es cierto, así es como le gusta.

Sonríe agradecida a Carlos. Tiene la sensación de que el hombre realmente está acostumbrado a cuidarla. No sabe por qué, el pensamiento, en vez de hacerla sentirse querida, la hace sentirse culpable otra vez.

—Supongo que esto debe de ser bastante... desconcertante para ti —dice Román.

—Un poco —admite ella—. Siento mucho no...

—Ni se te ocurra disculparte —la interrumpe Daniel—. Hemos venido porque queríamos verte, pero también por si podemos ayudarte a recordar de alguna manera. O ayudarte de cualquier otro modo.

Dicho esto, proceden a explicarle que sus padres y ellos eran amigos de juventud, muy buenos amigos. Que habían ido de vacaciones juntos durante muchos años con sus respectivas familias. Y añaden una buena cantidad de divertidas anécdotas. Ella llega a reírse con algunas de ellas, pero no logra recordar ninguna.

—Bueno, creo que ya te hemos agotado lo suficiente con nuestra cháchara —dice Román en cierto momento. Daniel asiente—. Por favor, pídenos cualquier cosa que necesites. A pesar de que hayamos podido tener nuestras diferencias...

—Ya habrá tiempo para hablar de eso, hombre —lo interrumpe Daniel.

—¿Hemos tenido diferencias?

Román parece arrepentido de haber pronunciado esas palabras.

—No te preocupes ahora por eso. Ya habrá tiempo para ponerte al día de todos los detalles, de verdad —dice.

Antes de que pueda insistir, los dos hombres se levantan y se despiden afectuosamente. Carlos los acompaña a la puerta. Ella se queda donde está.

Y, desde allí, y a pesar de que los tres hablan en voz baja, escucha a Daniel susurrar:

—¿Estáis seguros de que fue un accidente? ¿Ya la ha visto un psiquiatra?

Mientras Carlos responde en un murmullo apenas audible, ella siente que la sangre le huye del rostro. ¿Dudan que fuera un accidente? Entonces recuerda que antes le ha parecido difícil caerse accidentalmente por las escaleras de esa casa.

Pero... es muy extraño. En esos momentos, no se haría daño a sí misma. No se le ocurre por qué querría llegar a hacerse daño a sí misma. Se angustia un poco, porque es como si estuvieran hablando de otra persona. Pero de quien hablan es de ella.

Cuando Carlos regresa al salón, luce su expresión amable de siempre, pero cambia cuando la ve.

—¿Por qué debería verme un psiquiatra? ¿Y qué diferencias he tenido con ellos?

Carlos suspira mientras se sienta a su lado. Se frota la cara.

—Definitivamente esta visita ha sido una mala idea —dice—.

Creo que es demasiado pronto para hablarte de todo esto.

—Pero tienes que hacerlo.

Él la mira. Parece sorprendido por su firmeza.

—Verás... —empieza. Suspira otra vez, como si le costara encontrar las palabras.

Con aire distraído, le coge una mano y se la acaricia. A ella se le hace muy extraño, pero parece un gesto tan familiar y cariñoso que no se atreve a retirar la mano. A pesar de la angustia que siente, no quiere herir a Carlos.

—En cuanto a las diferencias en la empresa, pues es lo que pasa en todos los negocios. Unos opinan de una manera y otros de de otra. No creo que sea algo que deba preocuparte. De hecho... —duda, de nuevo buscando las palabras más adecuadas—. Antes trabajabas en la empresa, pero llevas bastante tiempo de baja y desvinculada.

—¿Por?

—Hace unos tres años, empezaste a... tener la sensación de que alguien te acosaba.

—¿Tenía un acosador?

Una nueva duda.

—Eso creías tú. Te... obsesionaste con ello. Tenías tanta ansiedad que no pudiste seguir trabajando —explica él con pesar, cada vez más incómodo—. Acudimos a la policía, pero no encontraron nada raro. Tú seguías convencida y estabas cada vez peor y... yo... temí que te hicieras daño. Tuve que ingresarte en un centro...

—Estuve en un manicomio.

—Un hospital psiquiátrico —matiza él.

—¿Entonces no sufrí un accidente, sino que intenté suicidarme?

Las dos últimas frases le han salido casi sin aliento. Las palabras de Carlos han caído sobre ella como una avalancha.

Está loca.

Las siguientes palabras de Carlos le llegan amortiguadas.

Está loca.

Pero no se siente loca.

Pero es evidente que lo está.

—¿Y mis amigos? —pregunta de repente—. ¿Nadie te ha preguntado cómo estoy?

—Lo siento, eh... cuando empezaron los problemas desaparecieron...

Asiente, comprendiéndolo. ¿Quién querría ser amiga de una desequilibrada?

Por eso en su despacho solo hay fotografías familiares.

La vista se le nubla, las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—Cariño... —dice Carlos. La abraza—. Solo es una enfermedad, son cosas que pasan... Y esto pasará, ya lo verás.

Ella se deja acunar en ese pecho que le resulta desconocido. Y, de nuevo, en vez de sentirse afortunada por tener a Carlos a su lado, se siente culpable. A pesar de su enfermedad, sigue a su lado, cuidándola, preocupándose por ella. ¿De verdad se lo merece? A pesar de no recordar nada, algo le dice que no.

4

En la actualidad

Carlos se deja caer en el sofá y entierra las cabeza entre las manos. Malditos Daniel y Román, menudos nervios le han hecho pasar.

Verónica descansa en su habitación, atontada con un calmante. Nunca se había resistido tan poco a tomárselo. Por suerte, lo único que han conseguido esos dos viejos inútiles con sus intentos de que recordara ha sido dejarla hecha polvo. Tendrá que informar a su doctora, claro.

En realidad, ahora que lo piensa, eso le vendrá bien a sus planes. Porque está claro que tendrá que encargarse él mismo del asunto. Si es que al final, es lo que dicen... Si quieres estar satisfecho con un trabajo, tienes que hacerlo tú mismo. El inútil de Mika metió bien la pata... El tipo funcionó a la perfección en la larga fase de hacer creer a Verónica que alguien

la perseguía con malas intenciones, asegurándose siempre de que no había ninguna cámara de seguridad que pudiera grabarlo. ¿Cómo es posible que fallara en el momento más importante de todos? Se supone que se dedica a eso, ¿no? ¿Cómo es posible que la dejara viva? Y encima tienen que considerarse afortunados porque ella despertó con amnesia. En el hospital, cuando se lo contaron, estuvo a punto de echarse a reír del alivio. Menudo golpe de suerte...

Pero no puede confiarse ni perder el tiempo, porque los golpes de suerte nunca vienen de dos en dos. Y en el caso de Verónica, no piensa arriesgarse. La zorra es como una cucaracha, no hay manera de que muera.

Hay momentos en los que no logra comprender que la tía aguante tanto. Primero no hubo manera de que se pusiera tan mal como para incapacitarla o lograr que le cediera el control de la empresa. Después, seis meses atrás pudo indicar a Mika que dejara de acosarla porque parecía a punto de saltar por la ventana ella solita. Pero, en vez de hacerle ese favor, en algún momento empezó a estar mejor. Carlos tardó un poco en darse cuenta de que había ganado peso, que su piel lucía un ligero y saludable bronceado... Las alarmas saltaron cuando la vio sonreír por primera vez en meses, justo antes de irse de viaje. Y, nada más regresar, llegó esa conversación...

Por eso hizo intervenir a Mika, para que fingiera un desgraciado accidente doméstico, pero el muy inútil... En fin. Lo hecho, hecho está.

Por enésima vez, repasa todos los pasos que ha dado estos últimos años en lo que refiere a Verónica. No, no ha dejado ningún cabo suelto. El dinero que ha pagado a Mika ha salido de la productora y en cantidades muy pequeñas. De cara al mundo, él siempre ha sido un amante esposo que no podía adorar y preocuparse más de su mujer. El día del "accidente", él estaba en una reunión con otras diez personas. Y está convencido de que el plan que ha ideado para acabar con ella de una vez por todas es perfecto. Si la policía lo investiga para asegurarse de que no está involucrado en el suicidio de su pobre mujer enferma, no encontrará nada.

Pero debe ponerlo en marcha ya. Por lo que han dicho los médicos, ella podría empezar a recordar en cualquier momento. Y, definitivamente, eso no le conviene. ^[P]_[SEP]

5

Cuatro meses antes

Igual que los últimos tres viernes, Verónica lo esperaba sentada en la misma mesa del restaurante del Club Deportivo Mar Azul. Un club deportivo y de bienestar para pijos, vamos. Él hubiera preferido verse en la discreción de su oficina, pero ella no. Estaba situada en un lugar céntrico, y temía que algún conocido la viera entrar en el edificio y su marido o sus socios descubrieran qué se llevaba entre manos. En cambio, en ese club se sentía segura. Nadie la conocía y garantizaban absoluta discreción. De hecho, la intimidad de todas las mesas del restaurante estaba protegida por discretos biombos y plantas colocados estratégicamente.

Se la encontró sentada de cara al ventanal, con los ojos cerrados, disfrutando del sol

invernal que le acariciaba el rostro.

Durante unos instantes, percibió a una Verónica relajada, incluso risueña. De facciones elegantes, hermosas incluso a pesar de la extrema delgadez.

Pero, en cuanto abrió los ojos asustadizos y desconfiados, el espejismo desapareció.

—Hola, Nacho —dijo, avergonzada de que la hubiera encontrado disfrutando de un pequeño momento de la vida.

—Hola, Verónica —contestó él, sentándose.

En algún momento habían empezado a tutearse.

Mientras él pedía una cerveza y esperaban a que se la sirvieran, los ojos de Verónica se desviaron varias veces a la discreta carpeta que había traído con él.

—¿Tienes algo? —preguntó con nervios y avidez en cuanto el camarero los abandonó por segunda vez.

—Lo mismo que la semana pasada. Pero te he redactado un informe del trabajo hecho las últimas cuatro semanas —informó él, deslizando la carpeta hacia ella por encima de la mesa.

Ella se recostó sobre el respaldo de la silla, decepcionada, e hizo un gesto con la mano, dando a entender que no tenía ningún interés en leer un informe que negaba todas sus sospechas.

Durante el último mes, Nacho había seguido e investigado a los socios de Verónica, sin encontrar nada sospechoso. A ella no se lo había dicho, pero había hecho lo mismo con su marido, un tipo guapo y con mucho estilo que se dedicaba a producir películas que muy poca gente había visto. El tipo no despertaba sus simpatías, pero estaba limpio. También la había seguido a ella sin que se diera cuenta, sin avisarla de cuándo lo haría, y no había visto a nadie acosándola. Incluso había acudido a varios lugares donde ella recordaba claramente haber visto al hombre misterioso y amenazador, pero no había cámaras de vigilancia que hubieran podido grabar el supuesto “encuentro”.

Durante unos instantes, ella paseó la mirada frustrada por el paisaje marítimo que los acompañaba. Cuando volvió a mirarlo, su expresión decía que sabía a qué conclusión había llegado Nacho: que no había acosador, que nadie quería hacerle daño, que estaba enferma y que lo que necesitaba era un psiquiatra.

Sí, esas eran las conclusiones de Nacho. Pero lo eran a su pesar. Había algo... un palpito inquietante, una especie de punto negro, que no le permitía estar tranquilo con esas conclusiones. Quizá era que en los seguimientos a Verónica nunca había visto a alguien enfermo. En su rutina poco variada, que se reducía principalmente a ir al gimnasio, comprar la comida o la cena, y sentarse a leer en cafeterías mientras tomaba un café con leche con una cantidad excesiva de azúcar, solo había visto a una mujer solitaria y triste. También asustadiza y desconfiada. Pero increíblemente amable con los demás. Esa era la parte que más lo había sorprendido, que más lo había... admirado. No le había costado comprender su soledad, su tristeza y su desconfianza. Él también se sentía así. Pero él no lograba ser amable con la gente, lo único que destilaba era amargura y el alcohol con el que intentaba encubrir

la pena.

—Quiero que sigas intentándolo —dijo ella, sacándolo de sus cavilaciones.

Él dudó. Lo inquietaba no saber si dudaba porque su intuición profesional le decía que debía seguir investigando o porque sentía curiosidad por Verónica Damián. No, no lo sabía, y por eso asintió.

Ella no escondió su alivio.

—Gracias —dijo, tras unos instantes de silencio.

—El cliente manda —medio bromeó él para disimular sus dudas y confusión.

Ella le dedicó una especie de sonrisa torcida, una mueca forzada. Le resultaba bastante transparente. Sabía que ella se estaba preguntando si él ya había llegado a la misma conclusión que todos: que estaba loca. Él no apartó la mirada, y ella algo debió de ver que le gustó, porque se relajó y su mueca se transformó en una sonrisa muy tímida pero franca.

Ahora sí, Nacho se vio obligado a apartar la mirada, turbado. Su corazón había hecho algo raro al verla sonreír así. Carraspeó, y decidió plantear una pregunta que sabía que a ella no le gustaría.

—¿Por qué no quieres vender tu parte de la empresa a tus socios?

Tal y como había previsto, ella dejó de sonreír, aunque no parecía molesta. Miró a su alrededor, y cuando vio pasar a un camarero le hizo una señal para llamar su atención.

—¿Te apetece comer? Hoy tengo bastante hambre —dijo.

—Claro —dijo él, desconcertado por el cambio de tema.

—Llevo unos días con mucha hambre —comentó ella. Después pidió la carta al camarero que se había acercado. Y, entonces, lo miró como una niña traviesa—. ¿Sabes que hace unos días te vi mientras me seguías?

—¿Ah, sí? —dijo Nacho, entre divertido e incrédulo.

—En la cafetería, mientras leía. Te vi reflejado en el escaparate de la tienda de ropa que hay al lado. Llevabas unos tejanos y abrigo negro.

—Vaya, y yo que creía que era infalible —bromeó Nacho, que sabía a qué día se refería. Era consciente de que ese día había sido poco cuidadoso, y se maldijo para sus adentros. A ella no parecía importarle, pero así no conseguiría proyectar imagen de profesionalidad.

En ese momento les trajeron las cartas y se quedaron en silencio mientras las estudiaban. Cuando hubieron pedido, ella suspiró.

—Mis padres nunca habrían podido levantar la empresa sin la ayuda de Daniel y Román, sus socios. Pero, con el paso del tiempo, entre ellos empezaron a surgir grandes diferencias en la manera de hacer las cosas —explicó. Nacho observó con fascinación como, mientras hablaba, Verónica perdía esa inseguridad que solía acompañarla y se transformaba en una mujer de negocios. Durante esos instantes, vio a la que antes era la joven directora general de Hogar Damián. Ella continuó hablando—. Mis padres siempre tuvieron las cosas muy claras: sus productos tenían que ser de calidad y fabricados en España. Preferían que el

margen de beneficio fuera un poco inferior con tal de que se hiciera todo aquí. Sin embargo, para Daniel y Román, mantener la producción aquí en vez de llevarla a países donde la mano de obra es mucho más barata, es casi como tirar el dinero.

—Y quieres respetar los deseos de tus padres.

—No es solo eso. Yo estoy completamente de acuerdo con ellos. Y, mientras posea el cincuenta y uno por ciento de la empresa, las cosas se quedarán como están.

Nacho buscó la manera de plantear su siguiente objeción con delicadeza.

—Pero, si crees que están dispuestos a hacerte daño, ¿no te compensa dejar ir la empresa? Al fin y al cabo, tu vida es más importante que cualquier empresa.

Por la mirada que le dedicó, Verónica era plenamente consciente de la reflexión que Nacho no había dicho en voz alta: si la empresa era lo que la desequilibraba, librarse de ella podría ayudarla a recuperarse. Pero negó con la cabeza.

—Cuando decimos “llevar la producción a países donde la mano de obra es más barata”, estamos evitando decir que vamos a usar esclavos. Porque la realidad es esa, una vez deslocalizas la producción a ciertos países, no puedes controlar qué pasa en las fábricas. En cambio, aquí sí.

—Pero, sin entrar a debatir las cuestiones morales, si la empresa ya no es tuya, los actos de Daniel y Román no son tu responsabilidad.

Ella negó con vehemencia.

—Pero si cedo sé que tendrá consecuencias. Y no quiero que la esclavitud pese sobre mi conciencia.

Nacho no se quedó boquiabierto, pero casi. Sentía admiración, remordimientos e inquietud, todo a la vez. Admiración por la mujer que tenía delante, que estaba dispuesta a arriesgar su vida por evitar un mal tan aparentemente lejano como la esclavitud. Remordimientos porque él se había hundido ante un mundo que era un desastre, mientras que existía gente como Verónica que luchaba para que mejorara, o al menos intentaba que no fuera a peor. Se sentía egoísta. E inquietud porque realmente parecía que había motivos para quitar a Verónica de en medio.

Asintió, luchando por controlar el exceso de emociones, y centrarse en su preocupación principal.

—¿Cambiarían mucho las cosas si la producción se hiciera en otro país? —preguntó.

—Ya lo creo. De nadar en la abundancia pasaríamos a ser asquerosamente multimillonarios.

Nacho asintió, disimulando su preocupación. Agradeció que en ese momento les trajeran la comida, porque le dio unos instantes para reflexionar. Era cierto que no tenía los recursos de la policía, pero había investigado a fondo a los socios de Verónica. Los tipos eran inversores y tenían más dinero que la misma Verónica. Ya formaban parte de empresas que producían en otros países y con las que se lucraban mucho. No tenían ninguna necesidad de apropiarse de Hogar Damián.

—¿Tu marido qué opina sobre este tema? ¿Te apoya? — preguntó. Era la única alternativa que tenía sentido para él.

Verónica había empezado a comer con ganas sorprendentes, pero la pregunta la detuvo.

—Preferiría dejar a Carlos al margen... —dijo, sin levantar la vista del plato.

—Solo es una pregunta inocente, mujer.

Ella suspiró.

—Él también quiere que venda... bueno, en realidad él es más partidario de hacer lo que dicen Román y Daniel, pero... en fin, ahí no nos ponemos de acuerdo.

A Nacho no le pasó desapercibida la culpabilidad con la que hablaba Verónica. Parecía que, siempre que hablaba de su marido, se sentía culpable.

—¿Es un punto de conflicto entre vosotros?

—No exactamente. Es solo que, a pesar de todo, él nunca ha dejado de apoyarme. Cuando he estado mal y muy mal, cuando mis amigos me dejaron de lado, él siempre ha estado ahí. No sé qué habría hecho sin él. Sé que él quiere que me olvide de la empresa para que esté mejor, incluso se ofreció a llevar él las riendas, pero sé que él opina como Daniel y Román y... bueno, y además él adora el cine, no creo que fuera feliz llevando la empresa — explicó—. Es muy buena persona, y se preocupa mucho por mí. A veces pienso que no me lo merezco.

Las palabras y, sobre todo, la expresión corporal de Verónica, fueron muy reveladoras.

Ella no amaba a su marido.

Sin embargo, se consideraba en deuda con él por todo lo que había hecho y hacía por ella. Por eso se sentía tan culpable por no seguir su consejo en el tema de la empresa.

La cuestión era, ¿de verdad a Carlos le parecía tan bien la opinión de Verónica sobre la empresa y que lo dejara al margen? ¿Y por qué ella no parecía sentirse querida, sino culpable?

—Es imposible que las parejas estén de acuerdo en todo — dijo, mientras pensaba que pediría un par de favores a amigos policías para que le consiguieran más información sobre Carlos. Con la información que tenía, seguía sin tener claro si debía sospechar de él o no.

—Supongo —admitió ella. Y añadió con una sonrisa débil—: Tampoco nos ponemos de acuerdo con el tema de la medicación.

—¿Y eso?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca he querido tomármela. Me atonta mucho y, no sé, no me gusta dejar de sentir. A pesar de todo.

Nacho observó su copa de vino, que ya había rellenado un par de veces. Ella bebía agua. Volvió a sentir admiración por ella, mientras que él se sintió en evidencia otra vez.

Entonces un camarero tropezó y cayó aparatosamente al suelo junto a los platos de comida que transportaba. Eso llevó a Verónica a hablar sobre su torpeza, pues al parecer tenía tendencia a chocarse contra los marcos de las puertas porque calculaba mal al cruzar

los umbrales, mientras que Nacho pudo presumir de ser muy hábil y capaz. Charlaron de otros temas livianos y agradables, y compartieron con comodidad varios largos silencios.

Cuando, una hora y media más tarde, se despidieron hasta el viernes siguiente, también para comer, Nacho partió con la sensación de que el encuentro había sido demasiado agradable para ser de negocios. Y tenía demasiadas ganas de que llegara el viernes siguiente.

6

En la actualidad

No logra recordar ninguna contraseña. Ni la de su móvil, ni la de tablet, ni del portátil, ni la de su correo electrónico. Nada.

Después de intentar combinaciones aleatorias durante más de dos horas, se rinde, frustrada. Además, está de mal humor.

Esa mañana se ha enfadado con Carlos, aunque no se lo ha dicho.

Él le ha pedido que se tomara la medicación para la ansiedad, la que se tomaba antes del “accidente”. La misma que le dio la tarde anterior, después de la visita de Daniel y Román. En ese momento la ayudó a tranquilizarse, pero esa mañana no se sentía ansiosa.

Tan solo perdida.

No veía la necesidad de tomar una pastilla que la atontaría. Pero Carlos ha insistido y, cuando ella ha seguido negándose, ha adoptado una actitud profundamente herida. Le ha dado a entender que lleva mucho tiempo cuidando de ella y qué él sabe qué le conviene, y que su desconfianza lo hiere.

Ella se ha sentido terriblemente culpable, pero no se ha tomado la medicación. Y se ha enfadado con él, porque no entiende a qué viene hacerla sentir así. Ha tenido un accidente, sí, pero ni se siente enferma ni es una niña pequeña.

Solo de pensar así, vuelve a sentirse culpable. Como si estuviera despreciando todos sus esfuerzos y amor, un amor que ella no logra corresponderle.

Parece que, cuando Carlos está cerca suyo, lo único que logra sentir es culpabilidad. Y tanta culpabilidad la asfixia.

Las paredes de la casa, sin nada que hacer ni recordar, se le caen encima.

Está sola, Carlos ha tenido que acudir a una reunión de trabajo. Antes de salir le ha hecho prometer, con aire preocupado, que se quedaría en casa. Teme que se encuentre mal, o que sufra un ataque de ansiedad.

Pero no se ve capaz de mantener la promesa. Necesita salir.

Empieza a moverse. Se siente culpable con cada paso que da, pero sube a su habitación y se cambia. Se cubre la cabeza con un gorro de lana, para que no se vea la gasa que le cubre los puntos. Después de comprobar qué llave abre cada puerta de la finca, sale al exterior.

Por la amplia calle circulan algunos coches, no muchos. Tampoco hay demasiada gente. Una chica que corre, otra que espera a alguien, un hombre que pasea a su perro. No los reconoce, ni ellos le prestan atención.

Un poco más allá divisa un parque, parece agradable. El cuerpo le pide pasear, moverse. Sin embargo, no llega muy lejos.

—¿Verónica? —dice una voz nada más entrar en el parque.

Una chica, algo más joven que ella, se le acerca. Es la que parecía esperar a alguien. Ella la observa con curiosidad. ¿Será una amiga?

—¿Te conozco?

—¿Te encuentras bien? He oído que...

—No tiene nada que contarte —las interrumpe una voz. No necesita ver el rostro de su propietario, tan solo escucharlo, para que se le retuerzan las entrañas.

El hombre misterioso que la visitó en el hospital está a su lado, aparecido de la nada. La chica ya no parece tan amigable.

—¿Y tú quién eres? —espeta al hombre, contrariada—. No te conozco de nada.

—No soy una periodista carroñera, eso te lo puedo asegurar —responde él, mientras la agarra del brazo y tira de ella para alejarla de la chica.

Está demasiado sorprendida como para resistirse y se deja guiar de regreso a su casa.

—Tienes que ir con cuidado. La prensa rosa no suele perseguirte, pero ahora eres un objetivo tentador —dice el hombre.

—¿Cómo sabes que es periodista?

—Los huelo a la legua.

De repente, se da cuenta de que está haciendo caso a un desconocido.

—Espera —dice, deteniéndose y forcejeando para liberarse. Lo mira con desconfianza—. ¿Quién eres? ¿Por qué estabas aquí?

De nuevo, sus preguntas parecen afectarlo y el aire torturado y preocupado regresa.

—Quería asegurarme de que estás bien. Y necesito hablar contigo.

—¿Por qué? Por lo que yo sé, podrías ser otro periodista. O un timador profesional.

—Creo que podrías estar en peligro.

Ella resopla y se dispone a espetarle que la deje en paz, pero algo la detiene.

Ha visto algo.

No delante suyo, ni por el rabillo del ojo. Ha sido en su cabeza. Como un flash.

Vuelve a repetirse.

El hombre misterioso y ella, desnudos, en el suelo, haciendo el amor.

Retrocede un paso mientras parpadea con fuerza, confusa.

—¿Te encuentras bien? —pregunta él.

El flash, con esa misma imagen, se repite. Por un momento incluso le parece oler el aroma que desprende la piel del hombre.

Se queda sin respiración.

—Tengo que irme.

—Espera, por favor.

Pero ella ya ha sacado las llaves y está abriendo la puerta.

—Verónica.

—¡Si no me dejas en paz, llamaré a la policía!

Cierra la puerta bruscamente detrás suyo y corre a refugiarse en la casa. Una vez dentro, se apoya contra la primera pared que encuentra y resbala hacia el suelo. Las piernas ya no la sujetan. Le cuesta respirar, un sudor frío le cubre la piel.

¿Qué ha sido esa imagen? ¿Una imaginación? ¿Su cerebro amnésico jugándole una mala pasada?

Niega con la cabeza. No puede pretender engañarse así. Se trataba de un recuerdo.

Pero, entonces, eso significa que le era infiel a Carlos.

Algo así no dice mucho de ella.

¿Y qué más ha dicho el hombre? Que creía que estaba en peligro.

Pero, ¿cómo va a estarlo? Lo único sospechoso y fuera de lugar que ha visto es el hombre misterioso. Y pasa casi todas las horas del día con Carlos, y el pobre no podría estar esforzándose más por hacerla sentir bien.

Una idea sombría acude a su cabeza.

¿Y si el hombre y ella tenían una aventura y tramaban algo respecto a Carlos? No se le ocurre de qué podría tratarse, pero no puede ser bueno. Y quizá por eso el hombre teme por ella, por si Carlos lo descubre. Se le escapa un sollozo.

Ya comprende de dónde viene toda esa culpabilidad en lo que refiere a Carlos.

De alguna manera, le estaba haciendo daño, o pretendía hacérselo.

Es una mala persona. Eso es lo que su consciencia le está intentando advertir.

No se merece a Carlos.

Se queda allí, llorando silenciosamente.

Quando Carlos regresa a casa, la encuentra en el mismo lugar. Las lágrimas se han secado, pero sigue destrozada. —Cariño, ¿qué ha pasado?

—Lo siento, Carlos, yo...

Pero no logra acabar la frase, porque el llanto la atrapa otra vez. Él la ayuda a levantarse y la lleva a la cama. Esta vez, se toma la medicación con docilidad. Él se queda a su lado, acariciándola, consolándola. Cuando la ve más tranquila, le dice: —He hablado con tu doctora. Me ha dado permiso para que te lleve a la casita que tenemos en la montaña. Nos iremos mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Es uno de tus lugares preferidos, creo que te ayudará.

Ella asiente.

—Gracias, Carlos.

—No me las des. Te quiero un montón —dice él, dándole un beso en la frente.

Y ella no siente amor, solo culpabilidad. Es culpable, culpable, culpable. Es una mala persona. Culpable.

Por lo que él sabía, un poco antes del mediodía la tienda de Silvia solía estar vacía. Al menos antes era así y, al parecer, las cosas no habían cambiado.

—¡En seguida estoy con usted! —dijo la voz cantarina de Silvia desde la trastienda.

Unos segundos después, su exmujer entró en la tienda cargada con varias blusas. Siempre aprovechaba esas horas muertas para ordenar las prendas que inundaban su almacén.

Cuando lo vio y, más importante, lo reconoció, estuvo a punto de dejarlo caer todo al suelo.

Hacía casi un año que no se veían ni hablaban, y su último encuentro había sido especialmente desagradable. Como siempre, por culpa de Nacho.

—Nacho... —dijo, depositando las blusas en el mostrador mientras le echaba un vistazo disimuladamente. Después, se encaró a él con las manos apoyadas en las caderas, nerviosa. Claramente, no sabía qué esperar de esa visita. ¿Había venido en son de paz o debía prepararse para otra discusión?

—Tienes buen aspecto —dijo él con sinceridad.

Esas palabras la relajaron un poco.

—Tú también, casi no... al principio no te he reconocido — dijo.

Nacho sonrió. Silvia dio un levísimo respingo, como si esa sonrisa fuera algo nunca visto que la había sorprendido desprevenida. Él no pudo evitar sonreír un poco más, porque la entendía. En algunos momentos él también se sentía así, porque no se reconocía a sí mismo.

Llevaba más de cinco semanas sin probar una sola gota de alcohol, y en general no lo echaba de menos. Comía tan sano que daba asco y estaba practicando deporte a diario. Incluso se estaba visitando con un terapeuta.

Y el mundo ya no le parecía un lugar tan horrible, sin remedio.

—Sí que estás mejor —dijo Silvia finalmente, que parecía no salir de su asombro.

—Es cierto, estoy mejor —admitió él.

Nacho no había venido a presumir de su aspecto, sino que había venido a pronunciar unas palabras muy concretas, pero costaba hacerlas salir. Se produjo un silencio incómodo.

—Me alegro... —dijo ella, insegura.

—Miguel me dijo que estás saliendo con alguien —dijo él—.

Y que estás feliz.

Ella asintió, todavía insegura, incómoda.

—Me alegro mucho, de verdad —dijo Nacho.

Cuando ella se dio cuenta de que hablaba con absoluta sinceridad, se relajó del todo.

—Gracias.

—Yo... —Nacho se interrumpió, porque las malditas palabras se resistían a salir. ¿Por qué

era tan difícil?—. Solo quería pedirte perdón por todo lo que pasó. Sé que no te puse las cosas fáciles.

Ya estaba, ya lo había dicho.

Silvia se cubrió la boca con una mano temblorosa, incapaz de esconder la emoción.

—Gracias... —dijo finalmente.

Era cierto que se lo había hecho pasar muy mal. Ella había luchado con todas sus fuerzas, pero él, con su crisis y su comportamiento, la había alejado y prácticamente la había obligado a pasar página, a seguir con su vida bien lejos de él. Lo mínimo que se merecía era una disculpa.

Se produjo otro silencio, aunque esta vez no resultó incómodo. Sin embargo, de repente ella pareció preocupada.

—Nacho, sabes que tú y yo ya no... que yo ya no...

Él reprimió una sonrisa ante la franqueza de Silvia. Siempre había sido así. Y tan preocupada por los demás que ahora incluso temía hacerlo sentir mal si pretendía retomar su relación.

—Lo sé —dijo—. Solo espero que la persona con la que estás ahora te haga feliz.

—Sí que me hace feliz —admitió ella. Tras unos instantes, añadió—: ¿Y tú? ¿Estás con alguien?

—No, no estoy con nadie.

No era una mentira. Pero Nacho sabía que Silvia se preguntaba si había encontrado a alguien que lo había ayudado a salir del pozo. Sin embargo, sobre eso no se pronunció.

Después de despedirse con un abrazo afectuoso, Nacho emprendió el camino para encontrarse con la persona que, sin saberlo ni pretenderlo, lo había empujado a salir de dicho pozo. Una persona que había aparecido en su despacho aparentando vulnerabilidad y fragilidad, pero que era una de las personas más fuertes que nunca había conocido. Ahora, esperaba con impaciencia sus encuentros semanales para comer y, en principio, comentar los avances del caso. Sin embargo, la realidad era que solo dedicaban unos pocos minutos a hablar sobre ese tema. El resto de la comida lo dedicaban a charlar sobre lo que les apetecía.

Ella siempre llegaba antes, pero nunca se quejaba por tener que esperarle.

Ese viernes la encontró especialmente... deslumbrante. A lo largo de las últimas semanas, ella también parecía haber mejorado mucho. Había ganado peso, había empezado a dar largos paseos y su piel tenía mejor color y, sobre todo, ya no parecía permanentemente asustada. Estaba relajada.

Cuando, ese día, lo recibió con una sonrisa y una mirada que transmitían toda su enorme inteligencia e ironía, el corazón de Nacho hizo cosas muy raras. Saltarse varios latidos, amenazar con explotar, cosas por el estilo. Llevaba varias semanas haciéndolo, y era perfectamente consciente de su significado, pero ese día fue peor.

Quizá era por lo que tenía que decirle.

Aunque, cobarde él, fue incapaz de mencionarlo mientras comían. No quería estropear el agradable momento.

Pero la comida pasó demasiado rápido, y ya se dirigían hacia el aparcamiento, donde él había aparcado su coche. Ella siempre lo acompañaba, aunque se movía en taxi. En algún momento había cogido miedo al coche, había dejado de conducir y todavía no se había atrevido a cogerlo de nuevo. Abrió la boca para animarla a intentarlo, pero se contuvo. Estaba evitando el tema otra vez, y ya no podía posponerlo más porque habían alcanzado su vehículo.

—Oye... —dijo—, creo que ya no tiene sentido que siga investigando.

Ella se quedó petrificada.

—Pero todavía no has encontrado nada.

—Estas últimas semanas he usado mis contactos con la policía y Hacienda para acabar de investigar a fondo tus socios. Y están limpios a más no poder —explicó—. Entre tú y yo, Hacienda pronto les requerirá que paguen con intereses muchos más impuestos de los que han abonado los últimos años, pero son perfectamente capaces de afrontarlo. No tienen ninguna necesidad de hacerse con tu empresa.

Lo que no explicó fue que había usado esos mismos contactos para investigar a fondo a Carlos. Las cuentas de su empresa no podían ser más honestas, y las películas no le estaban haciendo multimillonario, pero se apañaba bien. Todo indicaba que, en lo concerniente a la seguridad de Verónica, podía estar tranquilo. Y, después de verlos juntos varias veces, solo podía decir que el cretino era un modelo de amabilidad y dedicación hacia su mujer.

Otra cuestión era su opinión personal sobre el tipo. La verdad era que no le despertaba demasiada simpatía, por no decir ninguna. Quizá él no podía ser del todo objetivo, pero por la actitud de Verónica y algunos comentarios que había hecho, tenía la sensación de que era un hábil manipulador. Verónica creía no merecérselo, y cada vez que le llevaba la contraria se sentía culpable. Incluso parecía creer que sin él no podría salir adelante. Para Nacho, Carlos quería a Verónica tan para sí, que la había manipulado hasta conseguir que dependiera de él, por completo. Incluso sospechaba que quizá había tenido algo que ver en el supuesto abandono que Verónica había sufrido por parte de sus amistades. El caso es que su enfermedad le había venido al dedillo para conseguirlo.

Ella llevaba un rato cavilando sobre sus últimas palabras.

—Es decir, no crees que haya nada —dijo finalmente—. Que me lo inventé todo.

Nacho no apartó la mirada ni pretendió transmitir compasión en su expresión.

—No creo que hubiera ningún acosador, no —admitió—. Pero tampoco creo que te lo inventaras. Tú sí que lo creías.

Sí, su conclusión era que Verónica había enfermado. Pero, bien fuera porque la enfermedad había seguido su curso o porque contratarlo la había hecho sentir segura, ahora estaba muchísimo mejor. Era posible que en el futuro sufriera otro brote, pero a él no le importaría...

Detuvo esa línea de pensamientos. Se obligó a recordar que ella solo era una clienta y a centrarse en la conversación que tenía entre manos. Verónica se estaba angustiando. En un viejo gesto de inseguridad y nervios, ella se alisó el cabello y se lo colocó detrás de la oreja.

—Lo que importa es que tú estés bien. ¿Has vuelto a tener la sensación de que alguien te sigue? —dijo Nacho.

Ella negó con la cabeza. Suspiró y se apoyó contra el coche con aire derrotado.

—Todas estas semanas... al saber que estabas ahí, me sentía más segura. Protegida. —Rio sin ganas—. Supongo que, de manera inconsciente, busqué una manera de dejar de ver fantasmas.

Se frotó las manos en otro gesto nervioso. En sus ojos brilló el miedo.

—¿Y si vuelven?

A Nacho le dolió el pecho de verla sufrir y no tener derecho a abrazarla y consolarla. Pero lo que sí hizo fue cogerle una mano y estrechársela con suavidad, para asegurarse de que lo escuchaba.

—Te propongo algo. Veámonos otra vez la semana que viene y me cuentas cómo ha ido. Pero si antes ves cualquier cosa extraña, me llamas en seguida, ¿de acuerdo?

En realidad, Nacho sabía que no había necesidad de volver a verse, que era suficiente con ofrecerse a ayudar en cuanto hiciera falta. Pero no era capaz de decir adiós.

Su propuesta pareció tranquilizarla. Asintió.

—Gracias Nacho —dijo, y él tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla. Liberó su mano y se despidió con una sonrisa supuestamente despreocupada, pero que en realidad intentaba esconder que tenía el corazón partido por la mitad.

Es cierto que la casa de la montaña es preciosa y está en un lugar privilegiado.

Sin embargo, ella se siente como el día. Nublado, gris, al borde del llanto.

A pesar de la amenaza de lluvia, Carlos ha salido a correr después de que ella se haya negado otra vez a tomarse la medicación. Aunque en ningún momento ha levantado la voz, se ha ido enfadado y herido.

—A veces creo que no quieres ponerte bien —le ha dicho con tristeza.

Pero se equivoca. Sí que quiere ponerse bien. ¿Pero cómo va a hacerlo, cómo va a intentar ser mejor persona para él, si está atontada por esas malditas pastillas?

¿Y por qué él duda tan poco en hacerla sentir mal?

No le gusta que Carlos consiga hacerla sentir culpable tan a menudo. Sin embargo, también piensa que seguramente se lo merece.

Por el hombre misterioso.

Desde su último encuentro, el día anterior, no ha podido dejar de pensar en él. Ese flash de ellos dos haciendo el amor es el único recuerdo que tiene de su vida antes del incidente, y a pesar de que le supone una tortura hacerlo, no deja de acudir a él una y otra vez. Espera que, alguna de esas veces, el recuerdo se amplíe y la lleve a recordar más.

Pero es que hay algo más.

El recuerdo no es solo una imagen. También está impregnado de emociones, y hay dos que destacan por encima de todas las demás.

Felicidad.

Amor.

Un amor como el que no logra sentir por Carlos, que se desvive por ella.

Se inclina y esconde la cabeza entre los brazos. Está hecha un lío.

Se dice que a veces los recuerdos se mezclan los unos con los otros. ¿Y si es eso lo que le sucede? Quizá está mezclando el recuerdo del hombre misterioso con unos sentimientos que experimentó en otro momento con Carlos.

Suspira, porque, para variar, no lo sabe. No sabe nada.

Cuando es capaz de incorporarse, a través de la ventana lo ve. El hombre misterioso.

La está mirando, y ni siquiera pretende esconderse. La lluvia ya lo ha empapado.

Ella aprieta los labios, molesta. No le importa que haya empezado a llover. Sale de la casa y camina decidida hacia él.

—Vete —le espeta, gritando para hacerse escuchar por encima del sonido de la lluvia.

—No puedo.

—¡Si de verdad quieres ayudarme, déjame en paz! Me confundes, así no...

—Verónica, escúchame un momento, por favor —suplica él. Parece realmente desesperado—. Soy detective privado, viniste a verme porque creías que alguien quería hacerte daño...

—Lo sé, Carlos me lo ha contado todo. Que me puse enferma, que estuve ingresada. Incluso he hablado con los doctores que me trataron.

Él niega con la cabeza.

—Yo también lo creí, pero fui un estúpido. No creo que estuvieras enferma, ni que te cayeras por las escaleras.

Ella empieza a comprender qué está intentando decirle. —Carlos nunca me haría daño.

—¡Yo también lo creía! Pero...

—De hecho, creo que fui yo. Me tiré por las escaleras —dice, aferrándose a lo único que sabe y que parece menos horrible.

—¡No! Estabas bien, habías mejorado... Ibas... Ibas a...

Él duda, y ella niega con la cabeza. No quiere escuchar lo que tenga que decir, no quiere saber qué tenía intención de hacer.

Se cubre las orejas con las manos en un gesto infantil. Echa a correr de regreso a la casa. Se asusta cuando se da cuenta de que él la sigue, le grita algo, pero ella no se detiene a escuchar. Corre todavía más y le cierra la puerta en las narices. Teme que él empiece a aporrearla, que intente abrirla, pero no sucede nada de eso.

Sin embargo, unos instantes después alguien introduce una llave en la cerradura.

Grita, asustada, mientras retrocede algunos pasos.

Es Carlos.

—¡Verónica! ¿Qué te ha pasado?

Cuando intenta acercarse a ella, empapado de pies a cabeza, retrocede.

Tiene miedo.

Miedo de Carlos, del hombre misterioso, de sí misma.

Ya no sabe en quién puede confiar.

Él se queda quieto, alza las manos, como si intentara demostrarle que no pretende hacerle daño.

—Te propongo algo —dice, tranquilo pero preocupado—. Iré a prepararte un baño. Creo que te sentará bien. ¿Te parece?

Ella asiente, todavía con la ansiedad por las nubes. Sí, puede que un baño le siente bien. Necesita tranquilizarse. Si no lo hace, no podrá pensar con claridad.

Se queda ahí mismo, de pie. Mientras Carlos sube las escaleras y empieza a llenar la bañera, el agua que la empapa gotea hacia el suelo. A su alrededor se forma un generoso charco, pero no le importa.

Parece que ha pasado una eternidad cuando él le indica que el baño ya está listo.

El baño está caldeado, y la bañera llena de agua templada y una generosa capa de espuma.

Se desnuda y, cuando se introduce en la bañera, suspira y cierra los ojos.

Así está mejor.

Necesita relajarse del todo. Si no, no podrá pensar con claridad.
Intenta poner la mente en blanco. No pensar en nada.

No sabe cuánto rato transcurre, pero en cierto momento Carlos se asoma por la puerta.
Se ha secado y cambiado.

—¿Mejor? —pregunta, casi con timidez.

Ella se esfuerza por sonreír.

—Sí, gracias. Siento lo de antes, no sé qué me ha pasado — miente.

—Te he preparado una copa de vino. ¿Te apetece?

—Será el complemento perfecto al baño —admite ella.

Él acaba de entrar en el baño y deja la copa a su lado. La observa mientras ella toma un pequeño sorbo.

—Está bueno.

—Sí, es de tus preferidos.

Otro sorbo.

—Gracias por todo, Carlos.

—No me las des, por favor —dice él con ternura—. Oye, como veo que estás mejor, ¿te parece bien si me acerco un momento al supermercado a comprar algo para la cena?

—Puedes ir tranquilo.

—Genial, no tardo nada.

Él se va, dejándola sola de nuevo. Lo escucha bajar las escaleras y abandonar la casa.
Fuera todavía llueve.

Vuelve a esforzarse por poner la mente en blanco.

Respira lentamente.

Se siente soñolienta.

Los párpados le pesan.

Y entonces, sucede.

Recuerda.

9

Un mes antes

El primer encuentro, o “visita de control”, tal y como la apodaron en broma, fue

estupendamente. Verónica había pasado una buena semana. No había visto ni sentido nada extraño, y lo único de lo que se quejó fue de aburrirse un poco. Por primera vez en muchísimo tiempo estaba empezando a pensar en volver a trabajar. Pero eso era algo que quería hablar con Carlos, y Carlos estaba inmerso en varios rodajes a la vez y durante unas semanas se verían poco.

Verónica le pidió verse la semana siguiente, por si acaso, y ese segundo encuentro, o “visita de control”, también fue demasiado bien para el corazón de Nacho.

Sin embargo, se vio obligado a cancelar el encuentro de la tercera semana debido al nuevo caso en el que estaba trabajando. Verónica respondió a su mensaje que no pasaba nada, pero él insistió en que no dudara en avisarlo en caso de necesidad. Estuvo pendiente del móvil toda la ajetreada semana siguiente, pero no tuvo noticias suyas. Obviamente era buena señal, pero no logró evitar sentirse decepcionado. La echaba de menos.

Qué demonios, se moría de ganas de verla de nuevo.

Solo para charlar y pasar un rato agradable, se decía.

En el fondo, sabía que estaba siendo un imbécil y que se estaba haciendo daño a sí mismo. Las dos veces que se habían visto, ella estaba de tan buen humor que solo podía suponer, sintiendo que su corazón se agrietaba, que las cosas con su marido iban bien, aunque se vieran poco. Pero era incapaz de dejarla ir.

Dudó con todas sus fuerzas de si proponerle una “visita de control” de la cuarta semana, pero finalmente fue incapaz de resistirse y lo hizo.

“La última vez”, se dijo.

Ella en seguida aceptó, y él se sintió tan feliz que parecía un auténtico idiota. Sí, estaba siendo un auténtico idiota. “Está casada”, se recordó con amargura.

“La última vez”.

Sin embargo, durante esa comida, se preocupó. Ella aseguró que todo seguía bien, pero la notó triste y más callada de lo habitual. Comió con la mirada fija en el plato, y apenas alzó sus ojos grandes e intensos para mirarlo.

Como siempre, se ofreció a acompañarlo hasta su coche.

Caminaron en un silencio ensimismado.

—Bueno, pues... —empezó a decir ella, pero Nacho la interrumpió.

—Verónica, ¿qué pasa? No creerás que me he tragado que todo va bien.

Lo dijo con suavidad, apoyándose contra la puerta del coche. Dejando claro que no tenía ninguna intención de irse hasta que esto estuviera aclarado.

—No he visto nada raro, en serio —dijo ella.

—Me alegro mucho. Pero entonces hay otra cosa que te preocupa.

Ella dudó.

—Es que... —Se recolocó el bolso sobre el hombro, aunque ya lo llevaba bien puesto. Las mejillas se le encendieron un poco. A Nacho le pareció encantador, hasta que escuchó las siguientes palabras—: Carlos y yo hace un montón que no nos acostamos y...

Nacho apretó los dientes y cruzó los brazos por delante del pecho. Definitivamente, ese era un tema del que no quería hablar. Pero mantuvo la boca cerrada. Porque él se había postulado como un buen amigo que quería ayudarla, ¿no? Pues ahora le tocaba apechugar, por gilipollas.

—Pero él no me busca, ¿sabes? —añadió ella.

—¿No se ha dado cuenta de que estás mejor?

Ella negó con la cabeza y con el ceño fruncido.

—Es que cuando estoy en casa... No estoy tan bien, ¿sabes? Las paredes se me caen encima y Carlos... —se interrumpió. Realmente parecía que le estaba costando un gran esfuerzo sacar las palabras. De repente pareció angustiada—. Es que me siento fatal por decir esto, pero no me importa que no me busque para hacer el amor. Con él no me apetece. Y me trata... no sé, hay cosas que no me gustan, me hace sentir mal por cualquier cosa y... Pero ha hecho tanto por mí... Es que estoy hecha un lío, Nacho.

Nacho se moría de ganas de decirle que dejara al cretino de su marido. Que él ya había tenido la sensación de que era un cabronazo manipulador, pero no estaba seguro de que fueran las mejores palabras para ese momento.

—¿Quieres que nos sentemos a hablar de ello? Quizá te ayude a reflexionar —propuso. Definitivamente, se estaba ganando el cielo de los imbéciles enamorados y no correspondidos.

—No, contigo no —recibió como respuesta.

Que fue como una bofetada, por cierto.

—Perdona, eso ha sonado un poco mal —dijo Verónica en seguida—. Es que hay algo más. Yo...

Volvió a interrumpirse, llena de dudas, apurada. Clavó la mirada en el suelo, tensa, con los codos clavados en el cuerpo. Parecía una colegiala asustada a punto de confesar una travesura.

—No puedo hablarlo contigo porque estas dos últimas semanas te he echado mucho de menos. Ha sido... bastante patético, en realidad. Me pasaba el día enganchada al teléfono, a ver si tenía noticias tuyas.

Oh, menuda confesión. Lo pilló tan de sorpresa que dejó caer los brazos a los lados y encontró una respuesta espectacular:

—Ah.

De repente, ella se echó a llorar.

—Estoy hecha un lío, Nacho.

Él ni siquiera intentó contenerse. Se acercó a ella y la abrazó.

—Eh, no llores... Solo necesitas darte un poco de tiempo para pensar —dijo, con el corazón acelerado. Ella se dejó acunar—. Pero es cierto que no puedes hablar esto conmigo, ¿de verdad necesitas que diga en voz alta lo que siento por ti?

La escuchó reírse y se apartó un poco para mirarlo.

—No estaba segura —dijo, secándose las lágrimas.

Se quedaron mirando, los dos sonriendo con los labios y los ojos... y Verónica lo besó.

Nacho era humano y no de piedra, así que solo fue capaz de hacer una cosa: corresponderle.

Al principio fue un beso lento y tierno, casi inocente, pero no tardó en transformarse en una especie de explosión. El deseo reprimido salió de golpe, y Nacho acabó aprisionándola contra el coche, besándola con una intensidad que ella también correspondió. En esos momentos, no existía nada más. Solo Verónica, su piel, sus labios, su lengua.

Pero esa vocecita, esa maldita vocecita que solía tener razón, le recordó que no era una buena idea y que, además, alguien podría verlos.

Apartarse de ella le supuso un esfuerzo sobrehumano.

—Espera —susurró.

Echó un vistazo a su alrededor, pero seguían solos en el aparcamiento. Suspiró, luchando por serenarse. Se quedaron unos instantes así, todavía abrazados, recuperando el aliento. Cuando se sintió capaz de hablar con coherencia, Nacho la miró a los ojos.

—No hay nada que desee más que estar contigo —dijo sin tapujos—, pero no quiero ser el otro.

Ella asintió.

—Dame unos días para aclararme las ideas, ¿vale? —dijo.

—Los que necesites —dijo él, aunque en realidad esperaba que solo necesitara un par. O unas horas.

Les costó separarse, como si estuvieran unidos por pegamento, y todavía se quedaron mirando unos instantes. Nacho se moría de ganas de besarla otra vez, y le parecía que ella se sentía igual, pero los dos se contuvieron.

—Esperaré a que me digas algo —dijo Nacho, dejando claro que no iba a perseguirla. Era ella quien tenía que aclararse y tomar ciertas decisiones.

Ella asintió, se recompuso y se despidió con una sonrisa tan dulce que a Nacho le temblaron las piernas.

Y pasaron dos semanas.

Dos semanas.

Nacho acabó concluyendo que era mejor creerse no correspondido que creer que tenía posibilidades y estar a la expectativa. Esos días el patético fue él, porque comprobaba su teléfono cada diez minutos.

Una mañana, le entró un mensaje.

“¿Te viene bien vernos mañana a las cinco?”.

Para no parecer demasiado desesperado, contestó que sí al cabo de media hora. Patético. Y ella lo citó en la habitación de un hotel, para asegurarse de que nadie los veía. No supo si interpretarlo como una buena o como una mala señal.

El día siguiente, llamó a la puerta de la habitación a las cinco horas y seis minutos. Verónica le abrió en seguida para dejarlo pasar y se alejó unos pasos. Mala señal.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien. ¿Y tú? —contestó ella.

Él se encogió de hombros. Estaba hecho un flan, pero eso no iba a confesarlo.

Al menos ella tuvo el detalle de no andarse por las ramas.

—Siento haber tardado tanto en decirte algo, es que me ha costado un poco decidir qué hacer... —dijo.

Nacho asintió, quitándole importancia. Ella cogió aire.

—Voy a separarme de Carlos —anunció—. Está de viaje hasta la semana que viene, pero hablaré con él en cuanto regrese.

Él volvió a asentir. Quería sonreír para darle su aprobación, pero no lo consiguió.

—Estos días he estado mirando pisos para mudarme, y ya tengo uno apalabrado... Si quieres puedo enseñarte fotos —prosiguió ella.

—Supongo que estaría bien.

La respuesta, desgana, la sorprendió. De repente, pareció insegura.

—Pensaba que te haría ilusión —confesó—. Estos días te he echado mucho de menos...

Nacho se relajó de golpe.

—¿Esto quiere decir que quieres salir conmigo?

—Sí, claro... —dijo, confundida.

—Por Dios, Verónica, haber empezado por ahí. He pensado que no querías estar ni con tu marido ni conmigo.

—Claro que no —dijo ella, extrañada, y sonrió—. ¿Desde cuándo eres tan inseguro?

Se abalanzó sobre él para abrazarlo y besarle, y no tardaron ni tres segundos en fundirse en un beso tan apasionado que Nacho tuvo la sensación de que la temperatura de la habitación subía diez grados de golpe.

—Lo único que quiero es tener mi espacio, que vayamos poco a poco —susurró Verónica en una pausa—. No quiero salir de un matrimonio y empezar otro al día siguiente.

—Me parece bien ir poco a poco, aunque... —dijo Nacho, mirando la cama de reajo. Tener eso allí y a Verónica entre los brazos era una auténtica tortura.

Ella también miró la cama y sonrió con picardía.

—Lo de citarte aquí lo he hecho con toda la intención.

Él fingió escandalizarse.

—Desvergonzada.

—Oh, mira quién fue a hablar.

Lo irónico de la situación fue que ni siquiera llegaron a hacer el amor en la cama. No la alcanzaron, y lo hicieron en el suelo enmoquetado. Y en el baño. Pero el lugar era lo que menos le importó a Nacho. Hubo tanta ternura y pasión que se sintió explotar de felicidad.

10

En la actualidad

Verónica se seca las lágrimas, abrumada por todos los recuerdos que están regresando con demasiada rapidez.

Su infancia.

Sus padres.

El accidente de tráfico.

Carlos.

La culpabilidad.

El acosador.

El miedo.

El hospital psiquiátrico...

Y Nacho, su Nacho. Su detective privado con aspecto de duro y a veces algo bruto, pero con un corazón sensible y algo inseguro...

Ama a Nacho. Con locura. Ni siquiera se lo ha dicho así, con esas palabras.

No quiere estar con Carlos. Carlos...

Se queda paralizada, porque solo ahora se da cuenta. Antes solo lo sospechaba, pero ahora lo ve claramente. A lo largo de todos estos años, Carlos siempre la ha hecho sentir culpable. Ha sido su manera de conseguir que siempre hiciera lo que él quería. A través de la culpabilidad, la ha manipulado como ha querido.

Excepto en una cosa. La empresa.

Y ahora se da cuenta... solo ahora comprende... ¿Cómo ha podido estar tan ciega?

Ahora recuerda y comprende por qué se enfureció tanto cuando le anunció que iba a mudarse, que quería separarse. Nunca lo había visto así. La agarró del cabello, le dijo que nunca se saldría con la suya. Y se fue a su reunión.

Y menos de dos horas después, cuando ya había acabado de hacer la maleta a toda prisa, asustada por su reacción... la sombra y ese empujón salvaje. De reojo, llegó a reconocer al hombre de sus pesadillas, el hombre que la había estado acechando desde las sombras.

Siente que le falta la respiración.

Carlos, siempre ha sido Carlos. ¿Por qué no se dio cuenta? ¿Por qué nadie se dio cuenta?

Nacho se ha dado cuenta. Tarde, pero lo ha hecho. Ha intentado advertirla.

Entonces mira la copa de vino. Solo le faltan los dos sorbos que ha tomado ante Carlos. Siente náuseas.

El vino sabía raro. Ha pensado que estaba picado, pero no ha dicho nada por no herirlo. Y porque quería que la dejara sola para poder tranquilizarse.

Las náuseas aumentan.

Se dice que Carlos no sería capaz de envenenarla, pero la realidad es que, después de tomar esos dos sorbos, no ha tardado en sentirse ligeramente soñolienta. Aún siente el cuerpo algo adormecido.

—Dios mío...

La idea de su propio marido intentando asesinarla es tan aterradora que, por unos instantes, se queda sin respiración. Al final, solo consigue emitir un sollozo falto de aire, desesperado. Pero le sirve para moverse.

Tiene que huir. Seguro que Nacho sigue ahí fuera, él la ayudará.

Apoya las manos en los bordes de la bañera para levantarse, pero entonces escucha a alguien introducir una llave en la cerradura.

Solo puede ser Carlos.

El miedo la paraliza.

La casa solo tiene una puerta y rejas en las ventanas. No puede escapar sin que la descubra. El baño tampoco tiene una ventana desde la que pueda llamar a Nacho.

Quiere echarse a llorar. Las manos le tiemblan de una forma que la horroriza. Está atrapada en casa con el hombre que la quiere matar. Lo escucha moverse silenciosamente por el piso inferior, después empieza a subir las escaleras.

No quiere morir...

En el último momento, el instinto de supervivencia la empuja a moverse. Agarra la copa de vino y la vacía rápidamente en la pila, que tiene cerca. Deja la copa a su lado, cerca, y se acomoda en la bañera. Como si estuviera soñolienta, extrañamente muy soñolienta...

Carlos, su marido, su asesino, entra en el baño.

Ella finge no escucharlo apenas, finge que los párpados le pesan mucho, finge no tener fuerzas para mover la cabeza. Solo logra atisbar una sombra, pero lo reconoce.

—Carlos... —susurra.

—¿Sigues despierta?

—No me... no me encuentro bien...

El corazón le late demasiado deprisa, pero ella se comporta como si se le estuviera deteniendo. Atontada, movimientos lentos, ojos apenas abiertos. Y, mientras tanto, se pregunta cómo saldrá de esta.

No lo sabe.

Él se sienta en el borde de la bañera y ella finge esforzarse por mirarlo. Él la observa con fastidio.

—Hija mía, eres peor que una cucaracha. ¿Por qué te cuesta tanto quitarte de en medio? Verónica frunce el ceño, los ojos se le cierran. —El vino... estaba raro... Carlos suspira.

—Mientras su amante esposo estaba en el supermercado, la empresaria Verónica Damián se quita la vida con un cóctel de drogas mezcladas con vino —dice—. Es un bonito titular, ¿no crees? Con todos tus problemas psicológicos, nadie lo cuestionará.

—No... yo... ¿por qué?

El por qué no podría importarle menos. Ya puede imaginárselo. Pero necesita entretenerlo, necesita que siga hablando mientras ella intenta pensar una manera de escapar. El problema es que solo se tiene a sí misma y una copa de cristal, y en un enfrentamiento con Carlos, sabe que tiene las de perder.

11

Desde el lugar donde ha escondido el coche, que también le permite observar la entrada de la casa, Nacho está usando un sistema muy poco legal para grabar el sonido de todo lo que sucede dentro de la casa de montaña de Verónica. En su casa de la ciudad también lo intentó, pero había demasiados obstáculos físicos y no funcionó.

Aquí sí funciona.

Después de su nuevamente desastrosa charla con ella, desde el coche ha podido escuchar cómo Carlos le preparaba un baño y, después de servirle una copa de vino, la ha dejado sola para irse a comprar al supermercado.

Es la primera vez que el cabronazo hace algo sospechoso. ¿Quién en su sano juicio la dejaría sola en casa después de encontrársela tan alterada como la ha encontrado?

En el momento en que Nacho leyó en las noticias que Verónica había sufrido un grave accidente doméstico, todas sus alarmas se dispararon. Él sabía que esa misma mañana Verónica iba a romper su relación con Carlos y hacer la maleta para mudarse, ¿y justamente entonces sufre un accidente?

El problema era que Carlos estaba en una reunión cuando ella se cayó por las escaleras. La policía se lo confirmó.

Solo entonces se dio cuenta de que eran todos unos imbéciles, unos auténticos inútiles, todos excepto Verónica. Y excepto Carlos, que había logrado engañarlos a todos. No tenía pruebas, pero imaginaba que los temores de Verónica eran ciertos: sí que había alguien que la acosaba. Seguramente era alguien contratado por Carlos, alguien que había sido muy cuidadoso para no quedar registrado en ninguna cámara de vigilancia.

El tipo lleva años buscando la muerte de Verónica, y a este paso lo logrará y se irá de

rositas.

El cuerpo pide a Nacho entrar en la casa y llevarse de allí a Verónica a rastras, pero solo conseguirá que lo encierren por secuestro. Y desde la cárcel no podrá protegerla.

Una sombra.

Es una persona, cubierta por un chubasquero negro.

Reconoce la figura de Carlos. El pulso se le dispara. Se ha ido en coche, ¿por qué regresa caminando a través del bosque? Activa la cámara y graba todas sus acciones.

A través de los auriculares, escucha a Verónica susurrar un “Dios mío” falto de aire. Nacho se pone en tensión.

Carlos cuelga el chubasquero en una lámpara exterior. Se desata los zapatos. Está siendo muy silencioso y cuidadoso.

Mierda, mierda, mierda. Esto no le gusta nada.

Verónica solloza. Nacho no sabe qué puede pasarle, pero está demasiado pendiente de Carlos. Lo graba y observa entrar en la casa.

Durante unos horribles segundos, apenas se escucha nada.

En el baño, Verónica se mueve, hace algo.

Más silencio.

Y entonces, la voz de Carlos:

—¿Sigues despierta?

Ella tarda unos segundos en responder:

—No me... no me encuentro bien...

Y la respuesta de Carlos no se hace esperar:

—Hija mía, eres peor que una cucaracha. ¿Por qué te cuesta tanto quitarte de en medio?

—Joder, joder, joder, mierda.

Sale disparado del coche. Mientras corre hacia la casa, engancha la pequeña cámara a la pinza del pecho. La situación es increíblemente jodida, pero sabe que necesita pruebas.

En la puerta de la casa, que Carlos ha dejado entreabierta, se deshace rápidamente de sus zapatillas para no hacer ruido. Entra y, con todo el sigilo del que es capaz, sube las escaleras siguiendo las voces de Verónica y Carlos.

Se acerca lentamente, y logra escuchar parte de la conversación.

—No... yo... ¿por qué?

—¿En serio, Verónica? ¿Vas a morir y necesitas saber por qué? ¿Ni siquiera intentas suplicar por tu vida? —dice Carlos. Nacho no lo ve, pero le parece que se está moviendo—. Es por la empresa, mujer, ¿por qué va a ser? Al principio me parecías mona, ¿sabes? Pero cuando vi que nunca entrarías en razón sobre cómo llevar los negocios, me di cuenta de que tendría que tomar partida en el asunto. Si me disculpas un momento, tengo que hacer algo.

De repente, Carlos emerge del baño con los brazos en alto y atesta un golpe a Nacho en la cara con algo duro.

Mientras cae al suelo, con el rostro estallándole de dolor, Nacho se pregunta cómo no lo ha visto venir. Y, en el suelo, se da cuenta de que está demasiado atontado como para defenderse. “No”, piensa con desesperación.

Escucha el sonido de un palo de madera cayendo al suelo. Carlos se sienta encima de su pecho y le rodea la garganta con las manos. Empieza a apretar.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta de que andabas por ahí merodeando? ¿Que no me iba a imaginar que tenía que haber alguien más? Hace días que te tengo controlado, cabrón —le espeta. A Nacho le falta el aire, pero no logra liberarse de sus manos. Se desespera, tiene que salvar a Verónica—. Debo admitir que con esto has conseguido sorprenderme, Verónica.

Nunca habría imaginado que te atreverías a contratar un... Un golpe. Fuerte. Desagradable.

Las manos de Carlos se aflojan y él cae encima suyo. Un peso muerto. Lleg a ver a Verónica con un bate de béisbol en las manos, pero en seguida lo deja caer al suelo. El mundo se oscurece por segundos.

—¡Nacho!

Alguien aparta el peso muerto de Carlos de encima suyo y Verónica aparece en su campo de visión.

—Nacho, por favor, quédate conmigo —dice. Ella también parece desesperada. Pero parece estar bien—. Cariño, ya lo he recordado todo. No te duermas, por favor...

Pero Nacho tiene demasiado sueño. Al menos, ella está bien.

Se sume en la oscuridad.

12

De alguna manera, Verónica logra apartarse de Nacho para ir en busca de ropa con la que atar a Carlos, aunque no cree que despierte. La herida de la cabeza le sangra bastante.

Después, corre a por el teléfono y llama a emergencias. Se cubre con lo primero que encuentra, una toalla, y se sienta junto a Nacho. El golpe que Carlos le ha dado con el bate de béisbol le ha dejado media cara hinchada, empieza a ponerse negra. Fingiéndose drogada, no se ha dado cuenta de que Carlos entraba en el baño armado. Había descubierto a Nacho y

esperaba su aparición. Pretendía matarlo... Se le escapa un sollozo.

No sabe cuánto rato pasa así, acunando y acariciando a Nacho, suplicándole que despierte.

En algún momento llegan paramédicos y policías. La apartan de Nacho, aunque ella no quiere, pero le dicen que tienen que llevarse al hospital. Dicen algo de un helicóptero.

Alguien, una mujer, la ayuda a vestirse. Ella y otras personas pronuncian palabras... shock... hospital... pruebas... pero ella solo quiere saber si Nacho está bien.

Siente un pinchazo y después mucho, mucho sueño. Se duerme.

Cuando despierta, reconoce a su doctora. La que la primera vez le pareció que llevaba un vestido blanco.

—Hola, Verónica. Menudo susto —dice con amabilidad, aunque no logra esconder la consternación.

—Ya he recordado —dice Verónica.

—¿Sí?

—Todo. No me caí por las escaleras. ¿Dónde está Nacho? El hombre que...

La doctora asiente.

—Luego hablará con la policía, ¿de acuerdo? En cuanto al señor Hidalgo, lo han llevado a otro hospital —informa. Al ver su decepción, se apresura a añadir—: Pero me han explicado que estaba muy preocupada por él y estoy en contacto con el hospital donde lo han llevado. Por ahora no se sabe nada.

Verónica siente una fuerte opresión en el pecho. Si Nacho no sale de esta... Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Alguien ha venido a verle —dice entonces la doctora con amabilidad.

Se levanta para abrir la puerta y deja pasar a alguien, una mujer. Por culpa de las lágrimas, Verónica tarda un poco en reconocerla.

—¿Elisa?

—Hola, cielo.

Su mejor amiga de la universidad. La que le dio la espalda cuando enfermó...

Un momento. ¿Le dio la espalda o ella la alejó después de ciertos comentarios de Carlos? Visto en la distancia, ahora se da cuenta de que... Oh, Dios mío, ¿cómo pudo estar tan ciega?

—Elisa, lo siento tanto...

Ahora sí, se echa a llorar. No sabe qué hace Elisa ahora aquí, pero no le importa. Se abraza a su amiga, dándose cuenta de cuánto la ha echado de menos. Lloro con desconsuelo, por todo lo que le ha sucedido, por el horror, por Nacho.

Mucho rato después está agotada, pero mucho más tranquila.

—Intenté visitarte cuando tuviste el accidente, pero no me dejaron pasar. Me dijeron que estabas amnésica y que no te ayudaría —explica Elisa.

—¿En serio viniste a visitarme? —pregunta Verónica con nuevas lágrimas en los ojos—. ¿A pesar de todo?

Porque ahora ve que se dejó influenciar por Carlos, como una auténtica idiota.

—Eh, no te tortures —dice Elisa, viendo su expresión—. Carlos es... un auténtico cabronazo. Y muy hábil. A ti te hizo pensar que tus amigos pasábamos de ti y solo éramos unos interesados, y a nosotros que tú ya no querías saber nada de nosotros.

Su amiga también habla con remordimiento. Después añade:

—La otra vez dejé mi teléfono para que me avisaran si podía venir a visitarte. Por eso me han llamado ahora.

—Gracias por venir.

Acaban abrazándose y llorando otra vez.

—A pesar de todo, no sabes cuánto me alegra haberte recuperado —dice Elisa entre lágrimas—. Y Víctor, Sara, Mónica, todos se mueren de ganas de verte.

Verónica sigue llorando cuando la doctora vuelve a entrar en la habitación y anuncia que hay dos policías que quieren hablar con ella. La dejan a solas con ellos y, durante horas, cuenta todo lo sucedido. Lo que ella sabe. Todavía le cuesta asumir que Carlos...

—Cuando ha despertado en el hospital, su marido ha dicho que usted y el señor Hidalgo le habían atacado —informa uno de los policías.

—¡Eso es mentira!

—Lo sabemos —dice el policía, muy tranquilo, y procede a explicarle que han encontrado grabaciones de audio e imagen muy interesantes en el coche de Nacho, así como en una cámara que llevaba enganchada al pecho. También han pedido que le practiquen a ella un análisis de sangre para determinar si quedan restos de algún veneno o narcóticos en su organismo. Asimismo, creen que rastreando las llamadas de teléfono de Carlos quizá podrán encontrar al hombre que la acosó y que la atacó en casa. Para acabar, exponen que creen que Carlos descubrió la existencia de Nacho y que lo vigilaba, y que su intención era

fingir el suicidio de Verónica y hacer desaparecer el cuerpo del detective. En los bosques por donde tienen la casa de montaña no le habría costado.

Esa última información es demasiado para ella, que vuelve a echarse a llorar. Al poco aparecen por allí Daniel y Román, consternados y muy afectados, y le aseguran que ya han contactado con una buena psicóloga que la ayudará a enfrentarse a todo este... follón, por llamarlo de alguna manera. Todavía está hablando con ellos cuando la puerta de la habitación se abre y Elisa entra corriendo, sonriendo de oreja a oreja:

—¡Nacho está fuera de peligro! ¡Y despierto!

Verónica se levanta de un salto. Da un abrazo a Daniel y Román y promete visitarlos de nuevo en breve. Después, le falta tiempo para salir de la habitación y buscar a su doctora:

—¡Me da igual si tengo el alta o no, me voy! —anuncia.

Para su sorpresa, la doctora se echa a reír.

—De acuerdo. Pero mañana tiene que volver, quiero hacerle alguna prueba más.

Verónica lo promete y mira a Elisa:

—He venido en coche, te llevo —dice su amiga. Su amiga.

Veinte minutos después, se detienen ante la puerta del hospital donde han ingresado a Nacho.

—Está en la habitación 305. Te espero en la cafetería —dice—. Ni se te ocurra irte a un hotel esta noche, ¿me oyes? Dormirás en mi casa.

Verónica está a punto de echarse a llorar de agradecimiento otra vez, pero logra contenerse.

—De acuerdo —dice con los ojos brillantes, y se apresura hacia la habitación 305.

En la puerta se encuentra con una pareja de casi setenta años y dos chicas que deben rondar la treintena. Gemelas. Deduce que son sus padres y sus hermanas, aunque nunca había mencionado que fueran gemelas. Al verla aparecer, todos la miran con curiosidad.

—¿Eres Verónica? —pregunta una de las gemelas.

Ella asiente. La mujer mayor resopla con alivio mientras mira hacia el cielo.

—Gracias a Dios. Entra a verle, por favor, está como loco preguntando por ti —dice—. Hemos tenido que dejarle solo de lo malhumorado que se ha puesto.

Verónica duda.

—Lo siento.

—No lo sientas, mujer. Si lo que está es muy preocupado por ti —dice la mujer con una sonrisa amable.

Ella hace un esfuerzo por no disculparse otra vez y entra en la habitación.

Nacho está acostado, con media cara amoratada y expresión lúgubre. A Verónica se le retuercen las entrañas, por la impresión de verlo malherido y por el alivio de verlo vivo. Y porque lo quiere con locura.

Cuando la ve, él intenta incorporarse.

—Joder, gracias a Dios —suelta, sin lograr moverse demasiado. Está demasiado dolorido. No hay necesidad de decir nada más. Verónica se tumba a su lado y se abrazan. Después, ella empieza a cubrirle de besos la parte sana de la cara.

—Mi salvadora —susurra él, dejándose hacer.

—Estaba muy preocupada, creía que... —No puede acabar la frase.

—Ya está, ya ha pasado —dice él. La obliga a mirarlo a los ojos mientras le acaricia el cabello. Eso la ayuda a tranquilizarse—.

Me han contado que has fingido estar drogada, que con eso has logrado engañar a Carlos.

Ella asiente, aunque no le apetece recordar lo sucedido en la casa de la montaña. Ahora no.

Cuando vuelve a mirarlo, él la mira con expresión torturada.

—Verónica, lo siento tanto... Siento haber creído que estabas enferma, yo...

Realmente parece arrepentido, incapaz de perdonarse a sí mismo.

—Nos engañó a todos, Nacho.

—Ya, pero se supone que mi trabajo era descubrirle.

—Ha costado, pero al final lo has hecho.

Él resopla, muy poco convencido. Ella vuelve a abrazarlo y, con mucha delicadeza, deposita un beso en sus labios.

—¿Cómo estás? —pregunta él entonces.

Verónica se lo piensa.

—Estoy... Creo que me va a costar un tiempo asumir todo lo que ha pasado —confiesa.

—Sabes que te apoyaré en todo lo que necesites, ¿verdad?

Ella asiente. Lo sabe.

—A la vez, no puedo sentirme más afortunada de estar aquí contigo.

—Lo mismo digo —dice él con un suspiro—. Creo que no necesitas que te diga lo que siento por ti, ¿verdad?

—Ah, pero me gusta que me lo digas.

—Me muero por tus huesos, Verónica Damián.

Ella sonrío, disfrutando de ese pequeño momento de felicidad, y se acurruca contra él. Por primera vez en mucho tiempo sabe dónde está.

Ya no se siente perdida.

Espero que los relatos te hayan gustado.

¡Y me encantaría escuchar tu opinión sobre ellos!

Así pues, no lo dudes: puedes escribirme respondiendo a la dirección emma@emmacolt.com o desde la sección [Contacto](#) de mi página web.

Si todavía no has leído alguna de mis novelas, te animo a echarles un vistazo en [Amazon](#).

Para que vayas abriendo boca, a continuación puedes leer un fragmento de *Desconocidos* ;-).

¡Un abrazo y hasta pronto!

Emma 

DESCONOCIDOS

- un fragmento -

Carol avanzó con rapidez entre la gente, intentando disimular su agitación y rezando para que nadie se fijara en que iba descalza.

Fue directa hacia la salida, donde casi suplicó que le devolvieran su chaqueta y le llamaran un taxi para regresar a casa. No pensaba despedirse de nadie, ni siquiera avisar a su familia. Ya les enviaría un mensaje desde el vehículo.

—¿Se encuentra bien, señorita Boutella? —preguntó el mayordomo de los O’Sullivan, mirando sus pies descalzos.

Carol forzó una risa despreocupada.

—Sí, me los he quitado para caminar por el césped y no recuerdo dónde los he dejado —dijo procurando, y consiguiendo, parecer una estúpida.

—Espere, enviaré a alguien a buscarlos —dijo el amable mayordomo.

—No se preocupe, de verdad. No me encuentro muy bien y quiero ir a casa. Sólo llame al taxi, por favor —insistió Carol con su mejor sonrisa.

El mayordomo no insistió y se alejó.

Carol prefirió esperar en la calle, donde no había nadie más. Se quedó allí de pie, abrazada a sí misma, tiritando aunque no hacía frío.

No comprendía cómo había podido pasar.

Carol tenía una cualidad que los demás le admiraban y de la que ella se enorgullecía: la primera impresión que se llevaba de una persona era la acertada. Era capaz de detectar al hipócrita más hábil con tan sólo mirarlo a la cara una vez. En cuanto se encontraba con una buena persona, lo sabía al instante. Era su genial intuición, su sexto sentido, y nunca le había fallado.

Hasta esa noche.

El “desconocido” la había engañado por completo. En sus ojos había visto bondad y su cuerpo le había transmitido un deseo sincero, pero sólo se había acercado a ella para intentar sonsacarle información sobre su familia.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo había podido ser tan infinitamente estúpida? Nunca se había sentido tan humillada. Y desamparada.

Miró hacia el final de la calle, deseando que el taxi llegara de una vez.

—Creo que has olvidado algo —dijo una voz grave y ronca detrás suyo.

La piel se le puso de gallina y los pelos de la nuca se le erizaron.

Carol se maldijo a sí misma, porque esa reacción no era por el miedo. De nuevo, esa voz tan especial había sido como una caricia para su piel.

Ignorando las reacciones de su cuerpo traicionero, se giró procurando transmitir tanto desprecio como le fue posible. Se sobresaltó al descubrir al hombre bastante más cerca de lo que esperaba, tendiéndole sus zapatos.

Por algún absurdo y condenado motivo, su expresión entre indiferente y burlona lo hacía parecer todavía más atractivo. Y esos ojos le seguían pareciendo sinceros y bondadosos, maldita sea. Estaba claro que, por lo que a él se refería, Carol no podía fiarse de sí misma. Y tenía que desterrar de su cabeza pensamientos tan inoportunos como “sensual” y “para mojar pan”.

Cogió los zapatos sin mirarle.

—Gracias —dijo con frialdad.

Le dio la espalda de nuevo, apartándose un poco de él. Ese aroma a chocolate amargo no le permitía pensar con claridad.

Miró otra vez hacia el final de la calle. La llegada del taxi empezaba a ser muy urgente.

—¿He hecho algo que te ha molestado? —preguntó él.

No parecía enfadado, casi parecía que la situación lo divertiera.

Menudo cabrón.

—Lo sabes perfectamente —respondió Carol.

Respiró aliviada al ver que un taxi giraba por la esquina. Se acercó rápidamente y se

detuvo an-te ellos. A Carol le faltó tiempo para coger la manilla de la puerta trasera, pero el hombre apoyó la mano en el vehículo, impidiéndole abrirla. —La verdad es que no lo sé —susurró.

A Carol le flaquearon un poco las piernas. Su voz al lado del oído y el brazo fuerte que casi la rozaba le recordaron los besos y las caricias que le había regalado en la penumbra del jardín.

Se enfadó consigo misma. ¿Cómo era posible que, a pesar de lo que sabía, la cercanía del hombre la encendiera así? Lo único que debería sentir era repugnancia.

—Tendrás que exprimirme el cerebro para averiguarlo. Pero ve con cuidado, no vayas a matar a tu única neurona con tanto esfuerzo —espetó sin girarse.

Intentó abrir la puerta otra vez, pero él apoyó la otra mano en el vehículo, atrapándola entre sus brazos.

—Si sólo tengo una neurona, con más motivo necesito tu ayuda —susurró el hombre, todavía junto a su oído.

Carol se giró, enfadada y alterada por el escalofrío que le estaba bajando desde el oído, pasando por los pezones, en dirección a la entrepierna. Miró al hombre, desafiante. Él la observaba con una sonrisa burlona en los labios. La estaba mirando a los ojos, pero después desvió la mirada descaradamente hacia sus labios, recorrió el cuello y siguió bajando hacia su escote, donde la dejó clavada.

—¿Sabes qué nombre reciben las damas que hacen lo que has hecho tú esta noche?

Carol se enfadó todavía más. Ahora encima la estaba llamando calientabraguetas.

—¿Y cómo hay que llamar a los hombres que seducen a damas estúpidas para conseguir información para una investigación, detective? —fue la repuesta de Carol.

Quería sonar enfadada, pero se le rompió la voz y supo que no había conseguido esconder el desconsuelo que sentía.

La sonrisa desapareció del rostro del hombre. Se apartó de ella y la miró con consternación. Parecía sinceramente consternado. “Qué buen actor es”, pensó Carol. Al menos, ahora ya sabía que no debía creerle.

—Ahora vas a decirme que no sabes cómo me llamo, ¿no? —dijo Carol como si se aburriera, y suspiró. De repente, se sentía muy cansada.

—No, no lo sé.

Carol le dedicó una sonrisa desganada.

—Bien, pues si quieres llevar el teatro hasta el final... —dijo. Imitó burlonamente una pequeña reverencia mientras decía—:

Carol Boutella, un placer y vete a la mierda.

Ahora sí, abrió la puerta y entró en el taxi, que en seguida arrancó.

Carol no quería que el taxista la viera llorar. Se concentró en controlar su respiración para intentar distraerse, pero no podía dejar de pensar en las palabras de sus hermanos y en su inexplicable reacción hacia el policía incluso cuando ya sabía quién era.

Acababa de vivir la peor noche de su vida. Y algo le decía que las cosas podían e iban a empeorar más.

Todavía sujetaba la pajarita plateada en la mano.

— [Descubre toda la historia de Carol y Jake aquí](#) — 

Diez corazones. Cinco relatos románticos de Emma Colt:

Una rosa cada semana

© Amèlia Mora, 2017

Nunca se sabe - La noche de los huevos estrellados - El mago y la criada - Perdida entre las sombras

© Amèlia Mora, 2019

Diseño de portada: The Cover Collection

Diseño interior: Amèlia Mora

Todos los derechos reservados. Esto quiere decir que intento ganarme la vida escribiendo obras literarias que te apasionen, así que por favor, no realices ningún tipo reproducción, distribución, comunicación pública o transformación totales o parciales sin mi previa autorización, tal y como establecen las leyes sobre la propiedad intelectual (pero estoy segura de que esto ya lo sabes ;). ¡Gracias por apoyar el trabajo de los autores!